



VOCES ERRANTES

REVISTA LITERARIA

ESPECIAL NAVIDAD

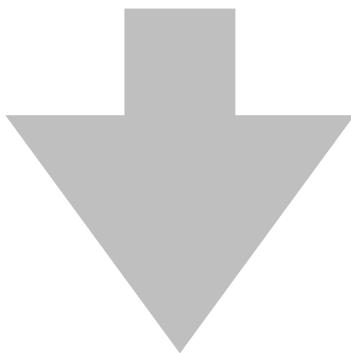
"Cada libro, cada tomo que ves, tiene alma. El alma de quien lo escribió y el alma de quienes lo leyeron, vivieron y soñaron con él."

Carlos Ruiz Zafón



María Cespón Lorenzo
Liseet Mata
Toñi Magdalena
Lucian Thornveil
Alfonso Bolaños
Karla Ron Arévalo
Silvia Salcedo
Jesús Paterna Paterna
Ramiro Álvarez
Alicia Namber
Daniel García Martín
David Sancho
Xavier Sebastià

Dentro



EN ESTA EDICIÓN...

LA AÑORANZA

EL RINCÓN DE SILVIA SALCEDO

ENTREVISTA A GEMMA HERRERO VIRTO

LAS GUARDIANAS DE LO MARAVILLOSO

UNA BOTELLA LANZADA AL MAR

ENTREVISTA A LORENZO DELGADO SANTOS

EL ÚLTIMO SALTO

ENTREVISTA A MONICA STELLER

EL COLOR DE LA VIDA

EL RINCÓN DE LISEET MATA

RELATO ENCADENADO

EL RINCÓN DE ALFONSO BOLAÑOS

LA ESCRITURA DE LO COTIDIANO

EL JARDINERO DE LOS RECUERDOS

EL RINCÓN DE LUCIAN THORNVEIL

¿NO OS VALE LA PAZ?

EL RINCÓN DE TOÑI MAGDALENA

CONCURSO/SORTEO
VERSOS DORMIDOS

RESEÑAS POR ALFONSO BOLAÑOS

EL RINCÓN DE MARÍA CESPÓN LORENZO

RESEÑAS POR MARÍA CESPÓN LORENZO

RECOMENDACIONES LITERARIAS PARA NAVIDAD

EVENTOS DE DICIEMBRE

COLABORA EN LA REVISTA



En esta edición...



MARÍA CESPÓN LORENZO



KARLA RON ARÉVALO



SILVIA SALCEDO



JESÚS PATERNA PATERNA



ALICIA NAMBER



DANIEL GARCÍA MARTÍN



RAMIRO ÁLVAREZ



LISEET MATA MARTÍNEZ



JOSÉ ALFONSO BOLAÑOS
LUQUE



TOÑI MAGDALENA



LUCIAN THORNVEIL



DAVID SANCHO



XAVIER SEBASTIÀ

La Navidad es diferente para cada ser humano. Para algunos supone la dicha de reencontrarse con familiares y amigos. Para otros son vacaciones que se aprovechan para viajar o visitar sus países de origen y a su gente.

Para otros es una fiesta comercial y para otros una época de soledad y añoranza.

Para los más pequeños es un tiempo de magia, de ilusión y de sueños cumplidos. Para mí es un tiempo de luz y de introspección donde hacer un balance del ciclo que se cierra con el cambio de año y el ciclo que comienza con 365 días de magia y de nuevas posibilidades.

En Navidad celebramos la Luz. Tu propia Luz. Estés donde estés, sin importar las circunstancias ni las experiencias, brilla con fuerza y no permitas que nada ni nadie ensombrezca la Luz hermosa que tú eres y que son tus sueños.

Cerramos este hermoso ciclo 2025 con un número especial más extenso que el primero. ¿Por qué? Porque eres nuestro motor para seguir llenando el mundo de palabras e historias.

El equipo de Voces Errantes os desea una feliz navidad llena de luz, amor, abundancia y plenitud.

¡Que tu ciclo 2026 esté lleno de la magia de tu propio Ser!

El equipo de Voces Errantes

Arrancamos con algo muy especial...



Poema encadenado a 8 voces “La Añoranza”

Hace ya tantas primaveras, que la ilusión partió de este lugar;
en mi pecho se marchitaron las azucenas, y la pasión se mudó a la tranquilidad.
La luz que me ilumina no es ajena: es eterna, una suave sinfonía escrita desde la oscuridad.

Ya nada es nuestro, aunque lo fuimos todo,
ni siquiera el recuerdo, "nuestro" no existe:
se marchitó antes que la azucena encendida
y apagada de golpe, solo el silencio parecía tu voz susurrándome algo,
entonces me vuelvo para sonreírte,
y entonces tu ausencia me pone en mi sitio.

La lluvia sobre tu fantasma parece no remitir nunca.
Una pluma, sedosa y blanca,
queda en el alfeizar de la ventana,
el resto las arrastró el viento,
o cayeron al abismo de las aceras grises
cuando migraste allí donde ya no puedo
deleitarme con tu canto.

Y mientras tanto,
desafina el lamento de mi llanto
y lágrimas de sal y vacío
dibujan ondas concéntricas, caóticas,
en el océano que desdibuja
el reflejo del vidrio de mis ojos.

Del silencio soy testigo,
donde habitan las memorias,
se confunden las historias
del dolor que va conmigo.

Cuando me busco, me obligo
a mirar dentro del daño,
y aunque me consuma el año
con su pálida condena,
renace sobre la arena
la semilla de lo extraño.

Si el tiempo borró tu rastro,
no borró lo que dejaste,
pues la herida que sembraste
se volvió mi único astro.
Sigo cargando ese lastro,
más del llanto soy caudal,
y aunque todo suena igual
en la voz de la tormenta,
mi esperanza se alimenta
vertiendo gotas de sal.

Me debato entre lo cuerdo
y lo insensato,
entre huir
o morir amando.

Aferrarme a tu recuerdo o
ahorcararme con la soga de tu olvido.
Vivir del recuerdo salado de tus labios,
o morir en la hel de tus besos.

Me extirparía de la memoria
los trazos que con mi lengua
dibujé en tu cuerpo
para ser infeliz con mis recuerdos,
envejecer, ermitaño y
con mis huesos olvidado,
reconfortado por el desprecio
que me regalaste en tus abrazos.

¡Silencio!, por favor silencio...
Tus palabras son gritos
que atormentan mi alma,
aunque parezca en calma
para mí es todo un rito
que ofrece al dios Eolo
huracanes de tormento.

No es simplemente un viento
lo que de mi vida arrastra,
son amores que no pasan
a pesar de tu abandono.

Y aunque tus palabras griten
no solo sonidos emiten.
Son versos de un poema
que sin esconder la pena
ponen luz en la sombra,
música de silentes melodías,
perfume en naturalezas muertas,
agua en un erial sombrío
¡Ay pobre corazón mío!

Pobre ahora pobre,
de una vida que marchaba, dormida, escondida,
olvidada por campos de barro,
por cauces secos y mares de arena.
Tengo por tarea unos ojos nuevos
que vean sólo aquello que acontece
más arriba del horizonte,
sin empujones, golpes o caídas.

Despedirme sin rencores, besos ni palabras
de estos claroscuros negros,
de las esperas y de las hojas muertas
que viven en el whisky barato de los baretos de coplas
o, simplemente, tachar del almanaque
los días pares que riman con amor de madrugada
cuando llega el Uber de las cuatro.

Tengo por pobre tarea, pobre tender toda la ropa
usada,
la sonrisa inmisericorde y el último latido que me
queda ahora
para andar ahora en una nueva vida entera, plena,
desterrando este recuerdo vacío.

Y el alma se rompió en mil pedazos como frágil
cristal,
mis entrañas se rasgaron y mi corazón se puso a
sangrar.
Mi mundo estaba vacío sin tu sagrada existencia
y en agónica muerte yacía mi quebrada esencia.

Y en mi caminar sombrío y solitario,
mi alma me grito que mi dolor no era tu ausencia,
era mi propio abandono
perdiendo mi propia presencia.

Las sombras de la perdida me ofuscaron
sumergiéndome en la pérdida del amor
y en esa misma tristeza
recordé que me había perdido yo.

Cerré los ojos y vi tus ojos cristalinos,
aquella sonrisa de luz con la que me hechizaste.
“Perdóname, pero alguien tenía que recordarte
que te olvidaste, del mágico arte de amarte”

Abrí los ojos y sonreí.
Comprendí que no había amado, había
necesitado.
“Gracias”, musité...
sabiendo que una parte de ti,
siempre habitaría en mi Ser.



LISEET



ALFONSO



RAMIRO



MAIKEL



DANIEL



PEPA



LUIS MIGUEL



MARÍA

La Estela del Arco Iris

Hace millones de años, en un rincón lejano del firmamento, existía un reino oculto entre montañas de cristal y ríos de plata llamado Estelar. Allí vivían en perfecta armonía duendes trabajadores y hadas talentosas, guiados por la sabiduría de Genius, un hechicero tan antiguo como las estrellas. Su corazón estaba lleno de bondad y su mayor deseo era ver a su tribu florecer en alegría y plenitud. Durante incontables estaciones, todos convivieron en paz. Sin embargo, un día, Genius sintió un leve temblor en el alma del reino. A pesar de la calma y la cooperación, notó que algo faltaba. Las risas eran escasas, los ojos parecían cansados y el aire se había vuelto pesado, como si una sombra gris cubriera el espíritu de Estelar.

Entonces, el mago se retiró a su torre más alta, donde los vientos susurraban secretos del universo. Meditó durante siete lunas y siete soles, y entonces en una de esas noches, mientras contemplaba el reflejo de la luna sobre el lago, comprendió lo que su mundo necesitaba. El color era la esencia de las emociones, la chispa que despierta los sueños dormidos.

Así, con su sabiduría ancestral, Genius comenzó la gran transformación. Alzó sus manos al cielo y pronunció las palabras sagradas: —“Que la luz se vista de alma, y que el alma pinte la vida.”

El primer destello nació del sol, que se tornó amarillo dorado, derramando su calidez sobre los campos. Luego tocó el mar y el cielo, que se tiñeron de un azul profundo, envolviendo el horizonte con calma y serenidad. Al bosque le obsequió el verde, símbolo de esperanza y renacimiento, mientras que a los árboles les otorgó el marrón de la tierra, fuerte y sabio como las raíces que todo lo sostienen. A medida que el hechizo se extendía, el mundo fue despertando. Las flores se pintaron de mil tonos desconocidos, las alas de las hadas resplandecieron con reflejos iridiscentes y los duendes comenzaron a silbar melodías alegres mientras trabajaban. El aire mismo parecía danzar al compás de una nueva energía.

Genius sonrió. Sabía que había devuelto el alma al mundo. Desde aquel día, los habitantes de Estelar ya no se conformaron con el gris del pasado. Experimentaron, mezclaron, soñaron... y así nacieron los colores que aún no existían. Cada amanecer traía un matiz nuevo, cada corazón un tono distinto. El reino, antes llamado Estelar, comenzó a brillar con tanta intensidad que pasó a ser conocido como “La Estela del Arco Iris”, el lugar donde los sueños se pintan y las almas aprenden a sonreír. Y se dice que, cuando un arco iris aparece en nuestro cielo, es porque un soplo de magia de Genius cruza los mundos para recordarnos que la vida, con todos sus matices, merece ser vivida a todo color.

Silvia Salcedo



EL RINCÓN DE SILVIA SALCEDO



EL PODER TRANSFORMADOR DE LA FANTASÍA

Los libros de fantasía tienen un poder especial el de llevarnos más allá del simple entretenimiento. Sumergirse en sus páginas es como abrir un portal hacia lo desconocido, un viaje que no solo nos hace soñar, sino que también toca algo profundo en la mente, el corazón y el alma.

Cada vez que abrimos un libro de este género, la imaginación despierta como un fuego que se niega a apagarse. Mundos mágicos, criaturas imposibles y leyes que desafían la lógica nos invitan a dejar atrás lo cotidiano y a mirar con nuevos ojos. En esa travesía, aprendemos a ver lo imposible como un reto, no como un límite. La fantasía nos enseña a pensar distinto, a cuestionar, a crear... a creer.

Permite la catarsis emocional. Vivir aventuras a través de personajes fantásticos nos ayuda a procesar emociones complejas como la pérdida, el miedo al fracaso, el deseo de pertenecer. En mundos mágicos, esas emociones se amplifican y se vuelven más fáciles de reconocer en nosotros mismos.

Además, cada historia está tejida con un lenguaje que nos envuelve, que amplía nuestra forma de ver y de decir el mundo. Y detrás de los dragones, las profecías y los reinos perdidos, hay fragmentos de mitología, de historia, de ciencia o de filosofía que encienden nuestra curiosidad y nos empujan a aprender más.

Leer fantasía es, de alguna manera, reencontrarse con la niñez, con esa chispa de asombro que hace que todo parezca posible. Es recordar que la magia no desaparece, solo cambia de forma. Nos llena de esperanza, nos impulsa a soñar y nos recuerda que cada uno de nosotros lleva dentro un universo esperando ser descubierto.

En definitiva, la fantasía no solo nos invita a soñar con otros mundos, sino que nos transforma. Nos vuelve más creativos, empáticos y curiosos. Nos recuerda lo que hemos olvidado y nos permite imaginar lo que aún no existe. Es una puerta abierta a infinitas posibilidades, y quien se atreve a cruzarla descubre que lo imposible, a veces, solo necesita ser imaginado.

Silvia Salcedo

Entrevista a Gemma Herrero Virto



Gemma Herrero Virto es una escritora nacida en Vizcaya que escribe novelas de misterio y thriller sobrenatural. Con 31 novelas publicadas sus historias se han leido en más de 60 países y ha quedado finalista dos veces en el Storyteller de Amazon. Gemma nos ha concedido esta entrevista para que podamos conocerla y conocer sus obras.

Si quieres empezar a leer sus novelas, puedes descargar gratuitamente en su web a través del enlace, “La maldición de la casa Cavendish”

www.gemmaherrerovirto.es

Sobre su obra:

¿Qué te inspiró a escribir tu primera novela?

Mi primera novela nació de una necesidad. Llevaba años inventando historias en mi cabeza, pero pensaba que nunca tendría la constancia para terminar algo tan grande como una novela. Empecé casi como un experimento, sin saber si podría terminarla, y descubrí que escribir era lo que me hacía sentir más viva. Desde entonces, no he parado.

¿Cómo describirías tu estilo de escritura y cómo has evolucionado a lo largo de los años?

Mi estilo ha ido madurando conmigo. Al principio escribía desde la pura emoción, sin pensar demasiado en la técnica. Con los años he aprendido a equilibrar el ritmo, la tensión y la profundidad emocional. Creo que mi sello está en la combinación de misterio, emoción y un toque sobrenatural, con una voz cercana y visual, casi cinematográfica.

¿Qué temas recurrentes pueden encontrarse en tus libros?

Siempre vuelvo a los mismos lugares emocionales: la pérdida, la culpa, el poder de la memoria, el más allá y las heridas que nos convierten en quienes somos. También me fascina la idea de que lo sobrenatural no siempre sea algo externo, sino algo que habita dentro de nosotros.

¿Hay algún personaje que hayas creado que te haya sorprendido o impactado particularmente?

Muchos, pero si tengo que elegir, diría Eric Armstrong, el protagonista de Los crímenes del lago. Es un chico normal, tímido y vulnerable, enfrentado a sucesos que le quedan demasiado grandes. Su evolución, su fragilidad y su fortaleza me hacen adorarle como si fuera un hijo.

¿Cuál de tus obras consideras que es la más significativa para ti y por qué?

Todas son importantes, pero Los crímenes del lago tiene un lugar especial. Es el libro que me llevó a ser finalista del Premio Literario Amazon Storyteller 2017, lo que me permitió empezar a vivir de la literatura.

Proceso creativo

¿Puedes compartir un poco sobre tu proceso de escritura? ¿Tienes rutinas o rituales específicos?

Soy bastante caótica. Puedo no escribir en días y después escribir 14 horas en una sola jornada. Escribo sobre todo por las mañanas, con una taza de café y música instrumental o en inglés, siempre que no conozca la letra, porque si no, me pongo a cantar y me distraigo.

¿Cómo manejas los bloqueos creativos cuando se presentan?

Por suerte, no he tenido muchos bloqueos, pero, cuando sucede, me doy permiso para parar. A veces no se trata de escribir más, sino de vivir un poco. Pasear, leer, ver una película, observar. Cuando vuelvo, las palabras regresan solas.

¿Escribes con un esquema previo o prefieres dejar que la historia evolucione naturalmente?

Soy brújula total. Necesito una idea general, pero dejo que los personajes respiren. A menudo me sorprenden, toman decisiones que no había previsto... y ahí es donde ocurre la magia.

¿Hay algún lugar o ambiente específico donde te resulte más fácil escribir?

Mi escritorio, rodeada de silencio. No sé escribir en ninguna otra parte.

Influencias y referencias

¿Qué autores o libros han influido en tu escritura?

Me marcaron Stephen King, Haruki Murakami... De King aprendí a mirar el miedo como una emoción humana, de Murakami a aceptar que lo sobrenatural puede estar tras cada esquina. Otros autores que me gustan son Neil Gaiman, Terry Pratchett, Joe Hill, Grady Hendrix...

¿Hay alguna obra literaria que hayas leído recientemente y que te haya impactado?

Pues de los que he leído este año me gustó mucho El libro de las puertas de Gareth Brown.

¿Has tenido mentores o influencias de otras personas en tu carrera como escritora?

No un mentor en el sentido clásico, pero sí muchos compañeros y lectoras que me han impulsado con su apoyo. El mundo independiente está lleno de autores generosos que comparten su experiencia y su pasión, y eso te ayuda a seguir adelante.

¿Tienes alguna rutina de autocuidado que sigas para mantenerte equilibrada durante el proceso de escritura?

Sí. Paseo cada día, hago ejercicio, escucho música y, cuando puedo, dibujo. Son momentos que me ayudan a reconectar conmigo misma y a volver a la historia con la mente más clara.

Sobre el mundo editorial

¿Cuáles son los mayores desafíos a los que te has enfrentado en la industria editorial?

El mayor reto ha sido visibilizar mi obra como autora independiente. Vivimos en un mar de publicaciones y destacar requiere constancia, paciencia y profesionalidad. Pero también hay libertad: puedo elegir mis historias, mis portadas y mi camino.

¿Qué consejo le darías a un autor novel que está intentando publicar su primer libro?

Que no espere a que sea perfecto para lanzarse. Que escriba, publique, aprenda y mejore con cada historia. Y sobre todo, que no pierda la ilusión: escribir es un acto de fe y de amor.

¿Cómo sientes que ha cambiado la forma en que se publica y se consume la literatura en la era digital?

Muchísimo. Hoy el lector está más cerca del autor que nunca. Las redes, Amazon, Kindle Unlimited... han democratizado la lectura y la publicación. Lo importante ahora es conectar emocionalmente, crear comunidad y cuidar cada detalle del libro.

Reflexiones personales

¿Cómo equilibras tu vida personal con tu carrera como escritora?

No siempre es fácil, pero intento marcar límites y respetar mis tiempos. Escribir es mi trabajo, pero también mi refugio. Aprendí que para poder crear necesito cuidar mi vida fuera de las palabras.

¿Qué significa para ti el éxito en el ámbito literario?

Para mí el éxito es vivir de lo que amo y recibir mensajes de lectores que me dicen que mis historias les han acompañado o emocionado. Nada supera eso.

Mirando hacia el futuro

¿Estás trabajando en algún nuevo proyecto o libro en este momento?

Sí, estoy escribiendo la última parte de La historia de Clarice. Es una saga ambientada durante la Segunda Guerra Mundial que combina espionaje, arqueología y ocultismo. Estoy muy emocionada con hacia dónde me están llevando los personajes.

¿Cómo te gustaría que fuera recordada tu obra en el futuro?

Como una invitación a mirar más allá de lo visible. Me gustaría que mis libros siguieran recordándole a los lectores que el misterio y lo desconocido están más cerca de lo que creemos.

Si quieres añadir algo antes de finalizar

Solo agradecer a quienes siguen creyendo en las historias. Escribir es un diálogo silencioso entre el autor y el lector, y sin ellos, las palabras no tendrían sentido.

Muchísimas gracias por esta entrevista, María.

Ha sido un placer charlar contigo para Voces Errantes.

Muchas gracias a ti, Gemma. Ha sido un placer entrevistarte

Maria Cepaín Lorenzo



Visita su web o su página de Autora

<https://www.amazon.es/stores/Gemma-Herrero-Virto/author/BOOI3LU6YS>

Las guardianas de lo maravilloso

Las mujeres y el realismo mágico

Por Karla Ron Arévalo

“El realismo mágico es la revelación de lo misterioso que late en las cosas cotidianas.”

– Arturo Uslar Pietri. Ensayo: Letras y hombres de Venezuela, 1947



DE DONDE LA MAGIA ES REALIDAD

En Venezuela, la magia no es un género literario: es la manera en que vivimos. Crecí entre santos, vírgenes y cuentos que se mezclaban con el olor a café recién colado, y el sonido de las comedias en la radio como banda sonora. Le pido a San Pascual cuando pierdo las llaves, y le rezo al Dr. José Gregorio Hernández para curar los males del cuerpo y del espíritu. Antes de vivir fuera de mi terruño, esa era mi realidad, por ello, los elementos maravillosos se colaban en mis relatos, pues desde siempre estuvieron allí, agazapados entre mis lecturas, los recuerdos de mi abuela Providencia y las penitencias que me dictaban mis tíos para resolver los imposibles.

Al salir comprendí que no todos viven rodeados de esa energía poderosa, y mis ganas de ser aceptada en los nuevos entornos, volvieron incomodas esas pinceladas, que alimentaban a mi impostor. Pensaba que esos detalles de fantasía que me brotaban de forma natural, no eran “literatura seria”. Hasta que un buen editor, uno de esos que ven profundo en tus textos, me instó a no esconder esa voz. “Déjala salir”, me dijo. Con timidez al principio e in crescendo desde entonces, me he dejado poseer por mi VOZ, y ahora, lo que era pudor, se transformó en orgullo; lo que era duda, se volvió un río creativo. Mi imaginación ha creado hilos depresivos que se vuelven mecales interminables al ser escupidos, orines eternos que delatan la maldad de un agresor, o corazones secos como carcasas.

Mi realidad está hecha de lo visible y lo invisible, de rezos y algoritmos, de papelón y tecnología, de fe y de picardía. Yo no invento magia: simplemente escribo como veo la realidad, esa que vibra conmigo. Porque en el Caribe, lo divino y lo humano no están en orillas distintas, sino que se contonean juntos al ritmo del tambor.

Un poco de teoría

Según la Real Academia Española, “el realismo mágico es un movimiento literario hispanoamericano surgido alrededor de los años 30 del siglo XX, caracterizado por la introducción de elementos fantásticos en una narrativa realista”.

Pero más allá de las definiciones, el realismo mágico es una manera de mirar la vida, una sensibilidad profundamente hispanoamericana que comprende que lo extraordinario se esconde en lo cotidiano, que la maravilla habita en los gestos más simples.

Y aunque su esencia parece surgir de forma natural en quienes vivimos entre mitos, rezos y supersticiones, para que un texto pueda considerarse parte de este universo debe seguir, al menos, cuatro premisas fundamentales:

- Normalización de lo fantástico

En el realismo mágico, lo cotidiano y lo maravilloso conviven sin fronteras. No hay ruptura entre los mundos: lo increíble sucede y nadie se sorprende.

Aprendí de mi madre que, si temía que lloviera, debía poner dos cuchillos en cruz para espantar la lluvia. Y hasta hoy –lo confieso– nunca ha fallado. En el fondo, eso es el realismo mágico: la certeza íntima de que la fe y la costumbre son tan poderosas como la meteorología.

- Descripciones sensoriales que despiertan los sentidos

El famoso consejo literario show, don't tell (muestra, no lo digas), alcanza un nuevo nivel dentro del realismo mágico. Aquí no basta con describir; hay que hacer sentir. Las palabras deben oler, tener temperatura, derretirse en la lengua. Por eso, cuando leemos a Laura Esquivel, no solo imaginamos el chocolate derritiéndose: lo saboreamos, sentimos cómo el calor, el amor y la pena se mezclan en cada plato. El lector no observa desde fuera, sino que entra en la cocina, respira el vapor y deja que las emociones se adhieran al cuerpo.

- El narrador imperturbable

Una de las bellezas más sutiles del realismo mágico es la tranquilidad con que se cuenta lo imposible. El narrador no se asombra, y por eso nosotros, los lectores, tampoco.

La frontera entre lo real y lo sobrenatural se disuelve con naturalidad, pues ambos mundos respiran al mismo ritmo. Por eso aceptamos, sin escándalo, que Remedios la Bella ascienda al cielo tendiendo las sábanas, mientras Úrsula apenas levanta la vista para despedirla.

En ese gesto hay una sabiduría antigua: la de quienes saben que la muerte, el amor y el milagro forman parte del mismo tejido.

- Fusión de tiempos y espacios

En este universo literario, el tiempo no transcurre: se enrosca, se pliega, se repite. El pasado, el presente y el futuro pueden convivir en una misma página, igual que los muertos se sientan a la mesa junto a los vivos.

No hay un orden que lo explique todo, solo la conciencia de que la vida y la memoria son una misma materia en constante movimiento.

Por eso, cuando leemos realismo mágico, sentimos que los límites del reloj se diluyen y que la historia, como la memoria de América Latina, no avanza: respira.

La raíz femenina del realismo mágico

“Mi abuela me contaba las cosas más fantásticas con cara de piedra. Yo me limité a escribirlas.” – García Márquez

El propio “padre” del movimiento confesó que sus historias se originaron en las narraciones que escuchó en su infancia, pues es allí, en el regazo materno, donde se construyen los cimientos de esos relatos maravillosos que luego el estudio y la experiencia van convirtiendo en obras de arte.

Las abuelas crearon con sus narraciones una forma de vida, pero hay escritoras que con sus plumas bordaron el movimiento, las que lo inmortalizaron en sus fogones de tinta. Mujeres que comprendieron que la magia es una manera de resistir, de recordar y de amar. En sus manos, el realismo mágico dejó de ser solo una corriente estética para convertirse en una forma de contar la vida. Las mujeres no inventaron el milagro: lo reconocieron en lo cotidiano.

Las tejedoras de magia

- Isabel Allende, con *La casa de los espíritus*, nos enseñó que las historias familiares y política pueden fundirse en una misma genealogía de dolor, memoria y ternura.
- Elena Garro descubrió que el tiempo femenino no es lineal: Los recuerdos del porvenir respira con la cadencia de las voces que narran sin principio ni fin.
- Laura Esquivel, en *Como agua para chocolate*, elevó la cocina al rango de templo, donde el amor y la tristeza se sirven en cada plato.
- Gioconda Belli escribió sobre mujeres habitadas por la revolución y el deseo.

Ellas, y muchas más, tomaron la herencia de García Márquez, Rulfo y Carpentier, pero la pasaron por el corazón, por el cuerpo, le dieron un hervor en la experiencia de ser mujer en un continente donde lo real y lo mágico se confunden desde la cuna.

Las nuevas herederas

Hoy, el realismo mágico tiene nuevas voces que siguen expandiendo sus fronteras. Autoras como Samanta Schweblin (*Distancia de rescate*), Mónica Ojeda (*Mandibula*), Gabriela Cabezón Cámara (*Las aventuras de la China Iron*), o Valeria Luiselli (*Los ingravidos*) reinventan la magia desde lo psicológico, lo tecnológico o lo social. Aunque no las he leído aún, son mujeres que resisten con sus textos, y que forman parte de mi extensa lista libros pendientes.

Ya no se trata solo de santos y fantasmas, sino también de mujeres que se debaten entre la profesión y el instinto, algoritmos que recuerdan, cuerpos que sienten demasiado, pantallas que hablan con los muertos. La esencia sigue siendo la misma: hacer visible lo invisible, narrar lo que palpita bajo la superficie de lo real.

No es una moda, es una herencia

A menudo se dice que el realismo mágico “ya pasó de moda”, que las editoriales buscan otras tendencias. Pero quienes hemos crecido en esta realidad sabemos que eso es imposible. Porque no puede pasar de moda aquello que somos.

El realismo mágico no es una etiqueta comercial: es el idioma con el que un continente se explica a sí mismo, es la manera en que nuestras mayores nos enseñaron a nombrar lo inexplicable. Es el gesto de una mujer que reza y programa una aplicación; de una madre que enciende una vela y abre un archivo digital; de una escritora que entiende que la fe, la ironía y el amor pueden convivir en una misma página.

Lo que vibra se escribe

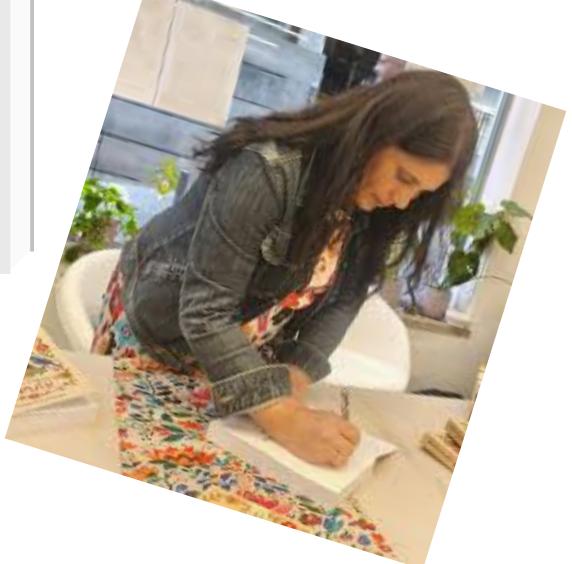
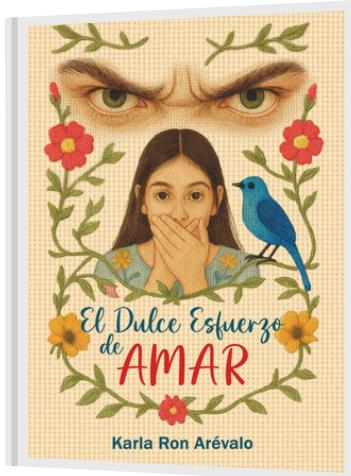
Mis historias comenzaron como un murmullo, un intento tímido por atrapar las voces de mi infancia. Hoy sé que la magia no está en inventar, sino en reconocer.

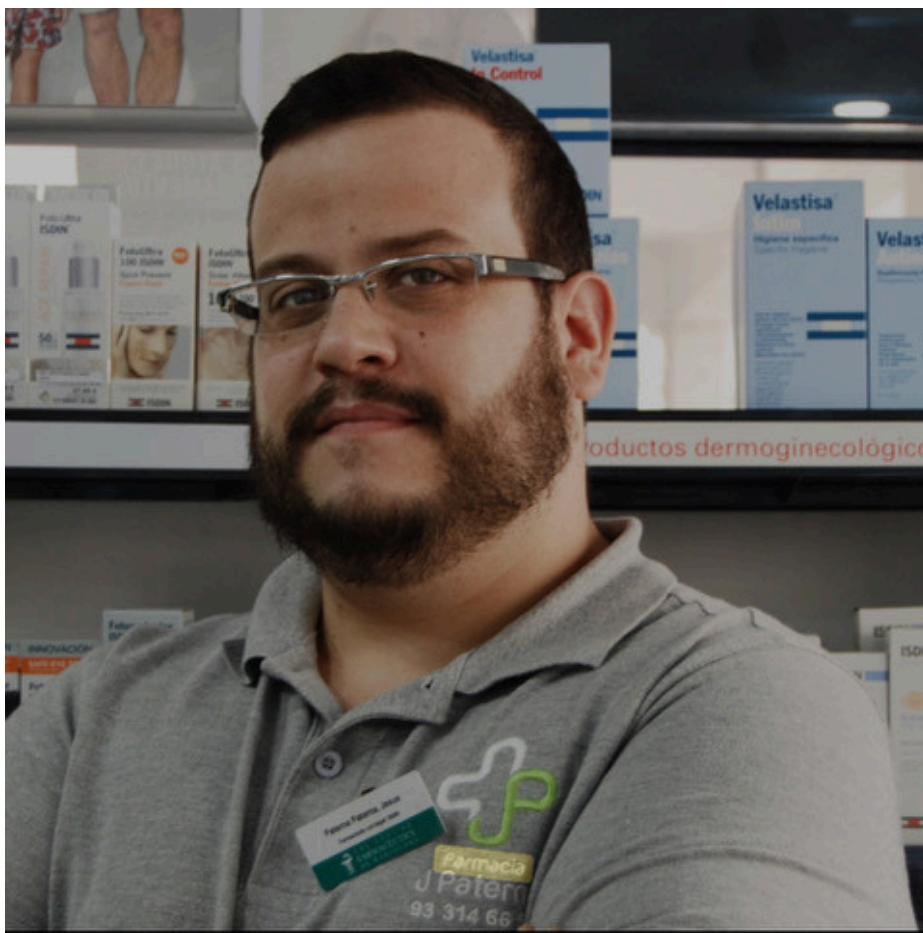
Reconocer la presencia invisible del sol en mi acento, que mi escritura es mestiza, como mi país, dulce y caótica, como la época en la que vivo, espiritual y tecnológica.

Para mí no es una moda, esa es la realidad que corre por mis venas. Escribo lo que vibra, lo que arde, lo que canta y lo que duele. Porque en cada palabra se esconde el eco de mis mujeres, y en cada historia, la certeza de que lo imposible siempre ha sido nuestra manera más honesta de decir la verdad.

En esencia, el realismo mágico es una voz que nos recuerda que lo divino puede habitar en la cocina, que los muertos no se van del todo y que las pequeñas supersticiones –como dos cuchillos cruzados contra la lluvia– son también una forma de poesía.

Karla Ron Arévalo





UNA BOTELLA LANZADA AL MAR

POR JESÚS PATERNA



Hola, ¿cómo estás? ¿Estás disfrutando de esta estupenda revista? Espero que así sea. Sí, por extraño que te parezca, me dirijo a ti. Ya sé que no es habitual que un texto te hable. Así que, ante todo, déjame darte las gracias por leerme y no cambiar de página.

Permitme entonces que te cuente que quizá haya algo en común entre quien escribe estas líneas y tú, mi querido lector/a. Muy posiblemente lo que nos relaciona sea la curiosidad compartida. La curiosidad es, al fin y al cabo, una forma de búsqueda innata en el ser humano. Y toda búsqueda tiene algo de escritura. De esa curiosidad nace una pregunta inevitable: ¿por qué escribimos?

Algunos escriben para entender mejor a su yo interior que a menudo se resiste a dejar salir. Otros para fijar en la memoria lo que se les olvida con el devenir del tiempo. Algunos otros escriben para dar forma al caos de sus mentes o, simplemente, escriben para no desaparecer del todo. Te confieso que yo soy de estos últimos. A algunos nos aterra la idea de abandonar este mundo y dejar de existir. Y, si con nuestros textos somos capaces de dejar una huella, una herencia para ser recordados, eso nos calma, alimenta nuestra alma.

Deseamos o, mejor dicho, ansiamos de algún modo que, en algún punto, alguien nos lea y nos recuerde. Aunque no sepa quiénes seamos o quiénes fuimos si nos leen en un futuro lejano. En el fondo, toda escritura es una carta lanzada al mar dentro de una botella, con la esperanza de que alguien la encuentre y nos lea. Quizá por eso seguimos escribiendo: por miedo al olvido o por pura terquedad.

Pero, mi querido lector/a, no olvides que existen infinidad de motivos distintos por los que el ser humano escribe. Yo te he mostrado unos pocos. Pero todos esos motivos nos conducen, inexorablemente, al mismo destino: la lectura.

¿Y por qué leemos?

Leemos por distintos motivos, tantos como por los que escribimos. Lo hacemos para reconocernos en la voz de otro, para descubrir que no estamos solos en la intemperie de lo humano. Cada libro es un espejo que no refleja nuestro rostro, sino nuestra conciencia. En las líneas de otros aprendemos a descifrarnos, a poner nombre a lo que sentimos sin saber cómo decirlo. Leer es abrir una grieta en el tiempo y dejar que otra vida nos respire.

Leer es entrar en miles de universos distintos que nos permiten evadirnos de nuestra propia conciencia mientras acariciamos tiernamente la cubierta de un libro o el cristal de una pantalla, buscando el mismo latido.

Cuando leemos, podemos ser quien queramos: esa chica que se acaba enamorando de su enemigo, ese chico que recorre ese largo camino ya conocido que postulaba Joseph Campbell para acabar triunfando y descubriendo, al final del camino, su yo interior. O ese detective que acabará descubriendo que el espía era quien menos te esperabas.

Muchos leemos para entretenernos, para no estar sentados frente a esas pantallas, que distraen, pero no acompañan, que nos dan un entretenimiento fútil y vacuo, que apenas durará un instante, un suspiro, hasta el siguiente episodio o el próximo reel.

Sin embargo, cuando leemos parte del alma del escritor a menudo nos acompaña después en nuestro día a día, haciendo que nuestro paso por esta vida sea quizá un tanto más llevadero.

Y así se cierra el círculo. Escribir y leer son, en realidad, dos formas del mismo gesto: tender un hilo entre soledades. Uno escribe para ser leído; el otro lee para no sentirse solo. Y entre ambos, en ese espacio invisible que une la palabra con el silencio, habita nuestra amada literatura.

Porque, no nos engañemos, entre los escritores y los lectores existe, a menudo, una relación simbiótica, preciosa y necesaria que, cuando la descubrimos, ilumina una parte esencial de nuestras vidas.

Así que, una vez más, mi querida/o lector/a, gracias nuevamente por leer estas humildes palabras y mantener encendida, aunque sea un instante, la llama entre quien escribe y quien lee.

Jesús Paterna Paterna



Entrevista a Lorenzo Delgado Santos



Lorenzo Delgado Santos, nacido en Cumbres Mayores pero criado en Valencia desde muy temprana edad. Profesor de secundaria. Licenciado en Geografía e historia en la Universidad de Valencia.

Él mismo recuerda escribir historias desde que recuerda.

Sobre su obra:

¿Qué te inspiró a escribir tu primera novela?

Todas mis novelas, incluida la primera, tienen como objetivo principal la didáctica social. Despertar en mis lectores, en la medida de lo posible, el ejercicio de una ciudadanía reflexiva y crítica, intentando no descuidar, modestamente, la vertiente lúdica del relato. Cosa que podría responder a una exagerada, casi enfermiza, concienciación de mi labor profesional como docente.

¿Cómo describirías tu estilo de escritura y cómo has evolucionado a lo largo de los años?

Nunca me he parado a pensar como es mi estilo de escritura, simplemente escribo. Sí he escuchado a muchos de mis lectores hablar de lo que ellos denominan “descripciones casi cinematográficas”, o bien, apuntarme que la narración estaba “bien hilada”, cosa que modestamente les agradezco. Con todo, en lo que más empeño he puesto, a lo largo de mi evolución, ha sido en la exposición objetiva de los hechos, procurando, de forma argumentada, que los lectores pueda elegir de forma coherente y libre su interpretación. Y, aunque sé que es casi imposible sustraerse al subjetivismo, procuro evitar el adoctrinamiento.

¿Qué temas recurrentes pueden encontrarse en tus libros?

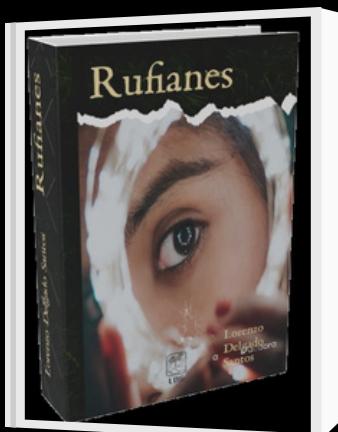
Aunque la diversidad de temas es siempre mi pauta general de trabajo, el predominio de la historia impregna casi toda mi obra como un contenedor donde conviven temas tan diversos como: la economía y su repercusión en la configuración de la sociedad, la “filiación” y la familia como constructores o destructores de la personalidad, la ética, la solidaridad, bien o mal entendida, el amor en todas sus vertientes... y, por encima de todo, el concepto de “justicia”.

¿Hay algún personaje que hayas creado que te haya sorprendido o impactado particularmente?

Varios. Alma, una joven burguesa desclasada a causa de la enfermiza obsesión de su padre, que lucha por buscar su lugar en el mundo. Alberto, el heredero de una saga de especuladores sin escrúpulos, que se enfrenta a la disyuntiva entre respetar una determinada ética o sobrevivir. Tristán, el noble heredero de una casa solariega, convertido por mor del destino en un rufián. Clemencio, el “buen salvaje” roussoniano, víctima de la coyuntura posbética de la Guerra Civil. Purificación, su abnegada esposa.

¿Cuál de tus obras consideras que es la más significativa para ti y por qué?

Rufianes: Es una novela que juega con las concomitancias sociales y personales de dos personajes distantes en la historia alrededor de 300 años. Y... pretende ser el paradigma de la permanencia en el tiempo de comportamientos personales, sociales y políticos, repetidos, que podrían enseñarnos y alertarnos sobre la conveniencia de nunca bajar la guardia.



Proceso creativo

¿Puedes compartir un poco sobre tu proceso de escritura? ¿Tienes rutinas o rituales específicos?

Siempre que he asistido a clubs de lectura, ponencias o actos semejantes se me ha preguntado si yo era un autor “mapa” o “brújula”. Mi respuesta es siempre la misma. Seas brújula o mapa, todo comienza con una exhaustiva investigación previa, a la que yo doy mucha importancia en aras de la veracidad de lo relatado.

Después..., aunque tú tengas un mapa previo, la “topografía” del relato va modificándose, muy a tu pesar y tanto, que acabas descubriendo mundos desconocidos, llevado de la mano de tus propios personajes o de otros que ni siquiera habías imaginado. ¿Rutinas? Silla y teclado. ¿Rituales? Un buen paseo en solitario por la naturaleza es el mejor momento para preguntar a tus personajes que quieren hacer. Aunque..., algunos son tan pesados, que te levantan de la cama para que apunes lo que quieren hacer y no se te olvide.

¿Cómo manejas los bloqueos creativos cuando se presentan?

Con cierto estoicismo. “Si las musas han pasado de ti”, como dice Serrat. No te queda otra que esperar: relájate, lee, investiga sobre el tema, mira la tele o sal con los amigos. Todos los días no llueve, aprovecha el agua almacenada para regar y espera. Si nadie te exige, si no vives de la literatura, disfrútala. Lo otro... es un trabajo.

¿Escribes con un esquema previo o prefieres dejar que la historia evolucione naturalmente?

Ya lo dije antes, me dejo llevar, hasta cierto punto, por la dinámica del relato. No obstante, nunca viene mal saber en qué lugar estas, con qué gentes y en qué idioma debes hablar. Si voy a comprar ideas, mejor me hago una lista de la compra. Lo que no quita para que, cuando vaya a hacerlo, como ocurre en el supermercado con las provisiones, te lleves algo que no habías pensado o te olvides de lo que habías apuntado. En fin...

¿Hay algún lugar o ambiente específico donde te resulte más fácil escribir?

No, no tengo preferencias. Tengo por costumbre hacerlo en el despacho; pero no le hago ascos a escribir bajo una sombrilla en la playa, en la mesa de la cocina o en el coche mientras espero a alguien, por ejemplo. No es lo normal, incluso, a veces, incómodo, pero...

Influencias y referencias

¿Qué autores o libros han influido en tu escritura?

Esta pregunta puede conducirnos al equívoco; si ingenuamente elegimos a un autor, tenemos una gran probabilidad de que la gente pueda creer que mi obra es una burda imitación del referido autor consagrado. Nada más lejos de la realidad, todo lo que desde la infancia he leído, escuchado, visto o vivido es lo que ha influido en mi forma de escribir. De no ser así, mentiría. Mentiría yo, y todos y cada uno de los escritores que pueblan el orbe.

Y al hilo de lo que antes he dicho, me declaro en contra de esa nueva costumbre que tienen algunos novelistas de colocar en un aparte todas y cada una de las publicaciones que han gastado para la investigación. Eso fuera bueno, imprescindible, para un ensayo histórico o científico, pero nada aporta a una novela, sino el incrementar el número de páginas y el coste consecuente. Nuestro acervo cultural individual se nutre de infinidad de autores antecedentes y coetáneos.

Si fuéramos estrictos haciendo lo que antes critiqué, las novelas superarían el millón de páginas, reseñándose en ellas desde la Santa Biblia hasta la mismísima Constitución Española. En el tema de los apartes y las autorías, abracemos la cordura. Una novela no es más que una novela. Nada que demostrar. Sobre plagios, los tribunales. Si me permitís el dislate, los primeros autores a tener en cuenta por mí serían los evangelistas, hablamos del “libro de los libros”, que mayor categoría, y después, mi profesor de primaria, un excelente cuentista.

En fin... Como antes expuse, todos y de todo tipo de géneros.

Tan pronto me veo inmerso en la lectura de farragosas tesis doctorales, como ligeras novelas románticas muy cercanas al folletín. Pero... a cada cual su importancia. Al Cesar... Sí bien, tengo por norma, evitar transitar por los caminos marcados por el marketing y fiarme más de los empedernidos y sesudos lectores con los que me relaciono. A estos no les mueve ningún interés económico, ni participan de los beneficios de las posibles ediciones, tan solo son apasionados de la comunicación y la empatía que destila el blanco sobre negro. Yo les llamo, cariñosamente, los "viajeros pobres". Recorren cientos de países y épocas, vestidos con los trajes o metidos en la piel de infinidad de personajes. Y... lo disfrutan. Con eso me basta.

¿Hay alguna obra literaria que hayas leído recientemente y que te haya impactado?

Una relectura de Ulises de Joyce. Sigo inmerso en la estupefacción. Creí que con la madurez llegaría a profundizar más en su mensaje y no ha sido así. Es mi propósito insistir en descubrir la fascinación que obra tan singular ha provocado en tantos.

¿Has tenido mentores o influencias de otras personas en tu carrera como escritor?

No, no he tenido mentores, ni ha existido influencia relevante que impulsase mi carrera, si a esta humilde afición mía se puede llamar así. Si algo debo a alguien, es a mis incondicionales lectores, a mi testarudez por seguir escribiendo y a una serie de golpes de fortuna en forma de premios literarios que desde el anonimato de sus jurados han creído en que lo que yo hago tiene algún valor para alguien. A pesar de lo revuelto que está el mundo de las letras, desde mi ingenuidad, sigo pensando que el libro puede ser un buen medio para solidarizarse con los otros: con los que sufren y con los que ríen.

Sobre el mundo editorial

¿Cuáles son los mayores desafíos a los que te has enfrentado en la industria editorial?

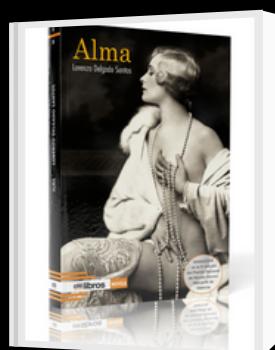
La rentabilidad de la inversión. El mercado está tan saturado que no queda lejos el día en que haya más escritores que lectores. Respecto de la calidad, eso ya... Si alguien espera hacerse rico escribiendo, hoy lo tiene difícil. A no ser por aquello del “golpe de suerte”. Cosa que, insisto, poco dice de la calidad, pues son otros los parámetros que rigen al mundo de las ventas. Si, por el contrario, no se quiere hacer negocio, sino disfrutar escribiendo, tiempo tenemos para experimentar. Y todo esto a pesar de los mal llamados “editores freelances”.

¿Qué consejo le darías a un autor novel que está intentando publicar su primer libro?

Que no tenga prisa, que depure bien su obra y se la dé a leer a varias personas.

¿Cómo sientes que ha cambiado la forma en que se publica y se consume la literatura en la era digital?

Como ya anticipé, existe un exceso de oferta en todos los medios: papel, digital, audiolibro, lo que supone, muchas veces, que el libro, como producto, siga los patrones de otros objetos, “usar y tirar”. O bien, su demanda se rija por los consabidos mecanismos del marketing. Entonces, el autor se convierte en “vendedor” y, abandonando su papel de artesano de la imaginación, se sacrifica en pro de la publicación, que de otra manera no sería factible.



Reflexiones personales

¿Cómo equilibras tu vida personal con tu carrera como escritor?

Las horas que dedico a la escritura suelen ser siempre vacíos en la cotidianeidad. Y, muchas veces, escapadas hacia uno mismo, a la soledad. Si queremos entenderlo de otra manera, una huida de la asfixiante realidad para vivir otras vidas, las de tus personajes, por momentos. Es evidente que cuanto más tiempo libre tengas y menos preocupaciones te asalten, más podrás escribir y mejor. Pero, sobre todo, debes contar con la complicidad de la familia, es imprescindible.

¿Qué significa para ti el éxito en el ámbito literario?

El éxito suelo medirlo por la calidad de los comentarios de mis lectores, sean positivos o negativos, y no me paro a contar el número de ejemplares vendidos. Para alguien que no tiene una carrera de escritor, o, al menos, no vive de ello, las ventas quizás sea lo menos importante. Aunque, obrando así, se corre el peligro de que no te publiquen. Ya lo dije, la rentabilidad es importante para el editor, y para ello ha de tenerse disponibilidad absoluta, sacrificarse al “dios” marketing. En nuestras manos queda entonces el disfrutar de nuestro tiempo libre o vendérselo a nuestro “éxito”.

¿Tienes alguna rutina de autocuidado que sigas para mantenerte equilibrado durante el proceso de escritura?

Sí. Me marco unas horas de trabajo diario, flexibles, claro está, y dejo sin efecto el “horario”, cuando lo creo conveniente. Mi máxima es no sacrificar la vida personal por la escritura; mejor involucrar a mi entorno en ella, hacerle partícipe. Y, paralelamente, cuidar el cuerpo con ejercicio regular. Momento que también puede servir al escritor para “pensar” en su labor.

Mirando hacia el futuro

¿Estás trabajando en algún nuevo proyecto o libro en este momento?

Sí. Ando metido en la preparación de una novela histórica sobre la sociedad valenciana del siglo XVII. Época poco conocida y que da buen juego en materia de transiciones sociales. La antesala de la Ilustración. Espero salir del atolladero lo mejor que pueda y sepa.

¿Cómo te gustaría que fuera recordada tu obra en el futuro?

No es mi intención escribir para que se me recuerde; todo el mundo sabe que la vanidad suele ser mala consejera. Mi propósito al escribir es compartir anhelos e inquietudes, transmitir los pocos conocimientos que juzgue personalmente importantes y, por encima de todo, usar la escritura en su función catártica: una medicina para el desasosiego. Con eso me conformo. Que, después, me recuerdan... pues bien; poco me importará ya a mí.

Si quieres añadir algo antes de finalizar

Sí. Quiero señalar que la labor que llevan a cabo las páginas y revistas literarias, como esta, los foros, los clubs de lectura y otras entidades sin ánimo de lucro son, ciertamente, la red que salva de las caídas a los invisibles escritores “no consagrados” y el trampolín para muchos “noveles”. Al igual que en la canción, los sellos independientes salvaron, o salvan, la buena música, aquí se exponen las nuevas ideas literarias de forma altruista, desinteresada, trabajo encomiable, repito, que las instituciones públicas debían apoyar y complementar. Enhorabuena por tan colosal artesanía y mis deseos de “buenos vientos para Ítaca”. Gracias María, gracias Voces Errantes, por acercaros hasta mi humilde persona o, mejor, acercar mi humilde persona a vuestros seguidores.

Gracias a ti, Lorenzo, por concederme la entrevista

Maria Cesarín Lorenzo





EL ÚLTIMO SALTO

Por Ramiro Álvarez

La historia que quiero contar dio comienzo un verano cualquiera a finales de los años ochenta durante lo que comúnmente se conoce como «sagrada hora de la siesta». Mi abuelo Teodosio, tras una mañana trajinando con el agotador trabajo que brinda el campo, dormitaba en el sofá, con el sonido de fondo de una corrida de toros en el estridente televisor de tubo y el zumbido de las moscas revoloteando alrededor de sus oídos.

Quizás mi percepción de tales ratos haya variado con el pasar de los años, pero, en aquella época, eran para mí los más aburridos del día ya que no podía hacer ni el más mínimo ruido para no despertar a los bellos durmientes, y las zonas interesantes como el ático, lleno de telarañas y trastos viejos, o el sótano, con su misteriosas galerías en penumbra, ya las había explorado lo suficiente como para conocer de memoria todos sus recovecos y secretos, por lo que, aquel año, me acostumbré a escapar a hurtadillas recorriendo las inhóspitas y angostas calles y callejas de Cadalso, para buscar a Antonio, mi mejor amigo del pueblo, e ir a jugar a algún rincón perdido durante las horas más tediosas y calurosas del día.

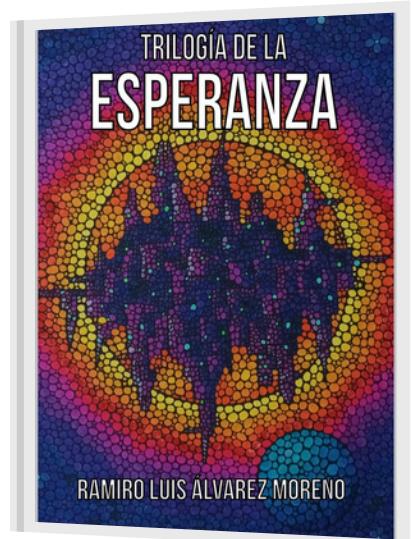
Como de costumbre la puerta de su casa estaba abierta y entré sin llamar. El interior estaba fresco y en penumbra, y arriba, en la cocina, donde solían comer, se oía trajín.

—¡Antonio! —llamé desde la entrada — ¡Te dejan salir un rato a jugar?

«Abu, ¿puedo ir a jugar con Ramiro?». Escuché suplicar tras el ruido de la loza recogiéndose, y, pocos instantes después, llegó la respuesta:

—¡Ya bajo!

—Nos pillaste justo en la sobremesa. Tío, ¿a qué hora coméis vosotros? —A la del desayuno? —dijo burlón mientras caminábamos de sombra en sombra sorteando los abrasadores rayos del sol de mediodía.



No tardamos mucho en abandonar las lindes del pueblo hacia los pinos que lo circundaban. Allí, con el incesable cantar de las chicharras como banda sonora, corrimos sobre las agujas y cortezas secas que alfombraban el suelo hacia nuestra base secreta: un tosco chamizo abandonado que habíamos ido «reformando» con barro y ramas secas.

Luchamos un rato entre las danzantes sombras de los pinos con ramas secas a modo de espadas contra las fuerzas del mal que representaban los restos de maleza que crecían sin control en el pinar, hasta que, agotados, nos sentamos en silencio sobre una roca; la gran roca cubierta de musgo en la que descansábamos siempre. Poco después, Antonio, pensativo y mirando absorto las hileras de troncos que se perdían en la distancia, rompió el silencio maldiciendo:

—¡Joder! ¡menuda mierda! ¡Ya terminan las vacas! ¡Mañana toca dejar todo esto! Regresar a la ciudad, al cole, a la mierda de siempre... ¡Ojalá el verano durase para siempre!

—Ya ves tío, ¡menudo rollo! Pero oye, no nos amarguemos y vamos a aprovechar estos últimos ratos de libertad que nos quedan. ¿Y si bajamos al río a darnos un último baño? —propuse, consciente de que mi gran amigo tenía razón—. Podemos incluso... No, no creo que te atrevas con lo gallinita que eres...

—¿Gallinita? ¡Serásgilipollas! Dilo, idiota.

—Como quieras...—Tardé unos instantes en responder para generar algo de expectación con mi propuesta—. Podríamos saltar al agua desde el puente como hacen los mayores... ¡Así sí que nos llevaremos un recuerdo de los guapos!

Al escuchar mi propuesta Antonio tragó saliva. Tenía motivos para sentir miedo: Un salto a siete metros de altura, agarrarse a una soga deshilachada atada a la rama alta de un árbol que nadie recuerda quien ni cómo amarró ahí y balancearse para caer al agua en una zona profunda. A pesar de la inconsciente valentía intrínseca de la niñez, no cualquier niño de diez años se atrevía a hacer algo así.

—Como se enteren nuestros padres de que hacemos algo así se nos va a caer el pelo.

—Clo, clo, clo, clo...—imité de mala manera a una gallina moviendo los brazos recogidos como si fuesen alas.

— Gilipollas, jte vas a enterar! —bajó de un salto de la roca y continuó hablando, nervioso y herido en su orgullo, mientras tomaba dirección al pueblo—. ¡Venga! Vamos a casa a por unas toallas. ¡Vamos a descubrir quién es aquí el único gallinita!

Reí mientras corría tras él.

—¡Nos vemos en la esquina de la casa de Agapito dentro de quince minutos!

Corré siguiendo el curso de canalón lateral, por el que tantas veces había fletado corriente abajo barquitas de corteza de pino hasta que se perdían por un desagüe, hasta llegar exhausto al portón del caserón; la «casa grande» como lo llamaban los lugareños. Contaban muchas historias acerca de la casa familiar, cómo, por ejemplo, que en una ocasión el mismísimo rey Alfonso XIII se alojó una noche allí, o que Miguel de Unamuno, que al parecer fue gran amigo de mi bisabuelo Augusto Pérez (¿Casualidad que el protagonista de su obra «Niebla» adopte su nombre?), también la visitó en numerosas ocasiones. Fuesen tales anécdotas ciertas o meras habladurías locales, lo cierto es que la edificación había vivido tiempos mejores. Debido a la escasez de mantenimiento, la estructura de madera carcomida daba muestra de su fragilidad, crujiendo aquí y allá cuando todo parecía en silencio.

Subí las escaleras y me dirigí raudo al patio donde estaban tendidas en una cuerda las toallas.

Teodosio se asomó desde las tinieblas al otro lado de la puerta de la bodega y me dijo echando al aire una densa bocanada de humo de «ducados»:

—Chico, ¿a dónde vas con tanta prisa?

—Me voy un rato con Antonio al río. ¡Tenemos que aprovechar que ya se acaban las vacaciones!

El abuelo hizo resaltar todas las arrugas de su rostro con una inmensa sonrisa.

—Tener cuidado. ¡Y no hágais demasiado el burro!

—¡Lo tendremos! —contesté mientras para mis adentros decía: «no lo sabes tu bien».

Cuando llegué al punto de encuentro Antonio ya estaba allí. ¿Cómo podía ser tan rápido?

—¡Vamos tortuga reumática! —dijo propinándome una colleja, emulando uno de los hilarantes insultos que se profesaban Mortadelo y Filemón en sus tebeos, y nos dirigimos por el arcén de la carretera hacia el río, comiendo durante el trayecto moras de las zarzas que circundaban la vía, y que en esa época del año brillaban oscuras, hinchadas y dulces.

El entorno del Arrago, pues ese es el río que discurre por Cadalso, es ubérmino: frondosos bosques lo rodean, los helechos crecen sin límite, y, mariposas y libélulas revolotean sobre la vegetación, dando aspecto de idílico paisaje extraído de alguna fábula, y Antonio y yo corrimos hacia sus aguas por senderos casi borrados por designio de la naturaleza desatada.

Al llegar no dejamos perder ni un instante: tiramos de cualquier manera las toallas sobre la hierba que crecía cerca de la orilla y saltamos desde la roca que siempre utilizábamos como trampolín.

—¡Joder tío! ¡Hoy el agua está especialmente gélida! —exclamé.

Antonio sacó la cabeza y se burló de mí:

—Así te regará bien la sangre el cerebro ¡Qué buena falta te hace!

—¡Gilipollas! —corrí hacia él, empecé a hacerle una aguadilla y dos chicas que estaban tranquilamente sentadas en la orilla, fumando «fortunas», bebiendo «kalimotxo» y hablando de lo que sea que hablan las chicas cuando se encuentran en la intimidad, no pudieron evitar abandonar durante unos instantes tales tareas y echarse a reír a carcajadas con nuestras absurdas riñas.

Tras la «contienda», como siempre que uno se está divirtiendo, el tiempo comenzó a correr a toda prisa, y, antes de que reparásemos en ello, el sol apenas dejaba escapar ya sus rayos entre las hojas y ramas de los árboles. Cuando caí en la cuenta di un toque a Antonio:

—Qué pasa, tío, ¿saltamos ya? Se nos acaba el tiempo y en nada, cuando se vaya el sol nos tenemos que pirar... ¿O acaso estás pensando en echarte atrás, gallinita? ¡Venga! El que consiga que su piedra de más saltos sobre el agua brinca desde lo alto del puente el segundo— Salí del agua, cogí una piedra, una lo más plano posible, y la lancé lo más paralela que permitió mi habilidad a la corriente de las cristalinas aguas. Cuando contactó, comenzó a saltar en su superficie como una rana—. Uno, dos, tres, cuatro y... ¡Cinco! ¡Supera eso, «pringao»!

Antonio, que de alguna manera pensaba que se había librado de saltar, se puso a buscar en la orilla una piedra lisa. Cuando la halló, miró con los ojos entrecerrados, concentrándose, hacia la corriente.

Pude escucharle murmurar: «¡Te vas a enterar!». Y la arrojó hacia el río con una trayectoria perfecta. ¡Tan perfecta que logró humillar mi lanzamiento con once saltos sobre la superficie de las aguas!

—Venga «valiente», ¡saltas primero! —dijo pronunciando con un toque de recochino, intentando mofarse. Pero no hacía ninguna falta. De alguna manera estaba deseando hacerlo, así que cuando terminó de pronunciar la frase, yo ya corría haciendo equilibrios por el borde del puente de piedra que cruzaba de lado a lado el río, y, sin pensarlo mucho, para que dar la oportunidad al arrepentimiento, al llegar a lo más alto pegué un bote desde el borde hacia la cuerda para agarrarme. No voy a mentir, me raspé las manos con la soga, pero la adrenalina del momento hizo que tal nimiedad no me importara. ¡Fue la hostia! Me balanceé torpemente unos instantes y, cuando me vi sobre la zona más profunda de aquel tramo del Arrago, me solté para caer al agua mientras pegaba un grito emulando a Tarzán.

Después de zambullirme, cuando pude salir a la superficie y respiré, miré hacia arriba; hacia el puente donde Antonio, siete metros sobre mí, miraba a quien sabe dónde; debatiéndose entre saltar o no hacerlo. Le grité:

—Vamos tío, ¡deja de remolonear y salta ya de una vez! ¡Mola mogollón!

Parece que mi grito le sacó del ensimismamiento. Me miró desde las alturas, me mostró el dedo corazón y flexionando las rodillas pegó un brinco hacia la soga que aún se retorcía tras mi propio salto.

Fue en esos instantes cuando el tiempo y mi corazón parecieron detenerse. De alguna manera Antonio realizó mal el brinco y solo pudo agarrarse de mala manera a la soga con su mano «mala»; la izquierda. El grito de dolor que emitió hizo que bandadas de pájaros salieran en desbandada desde sus escondrijos en la espesura de los árboles, y, con su eco como acompañamiento, se soltó y cayó como si fuese un pelele azuzado por el viento a una zona donde el río cubría menos.

—¡Antonio! —exclamé, poniendo en marcha todos mis músculos para nadar hacia donde había aterrizado mi amigo. Desde la orilla las dos chicas, de pie, observaban preocupadas por lo impactante de la caída que habían presenciado.

«¡Joder, Antonio! ¡Muévete o algo para poder ver donde narices estás!», pensé mientras peinaba la zona, pues las aguas, normalmente cristalinas, con el trajín se habían enturbiado y no se veía con claridad lo que ocultaban. Los segundos se me antojaron eternos mientras buscaba, y una opresora sensación de desasosiego comenzó a formarse en mis entrañas. Casi me daban ganas de llorar de la angustia. Fue entonces cuando lo noté. Algo, por sorpresa, me agarró la pierna y tiró de mí hacia el fondo, y mientras me sumergía, Antonio emergió a mis espaldas, me agarró de la cabeza y me hizo una terrible aguadilla.

—¡Toma!, ¡por listo! —dijo, y riéndose de mi chapoteo para intentar zafarme de su ataque a traición continuó hablando—. ¡Menuda hostia que me he pegado! Aun con el frescor del agua me escuece un huevo la palma de la mano, y me da a mí que me va a salir un buen moretón en el costado por el golpe.

—¡Serás gilipollas! ¡Menudo susto me has dado! —Intenté darle una buena colleja, pero Antonio se zafó con inusitada agilidad.

«¡Qué cabrón el niñato! Por un momento pensé que no salía de esta», me pareció escuchar que decía una de las chicas mientras regresaban a donde tenían sus bártulos, y en nada nos vimos inmiscuidos en una nueva persecución por la corriente del río que nos hizo olvidar el incidente que acababa de suceder, mientras la luz de la tarde poco a poco se iba atenuando para dar paso a una de esas clásicas noches estrelladas que ofrece la sierra de Gata.

Cuando el sol se fue del todo regresamos al pueblo; llegó el momento de la despedida. De forma oficial finalizaba nuestro verano.

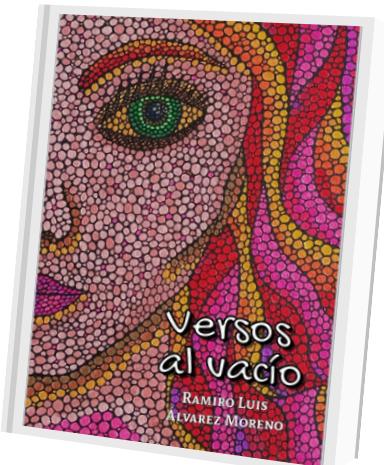
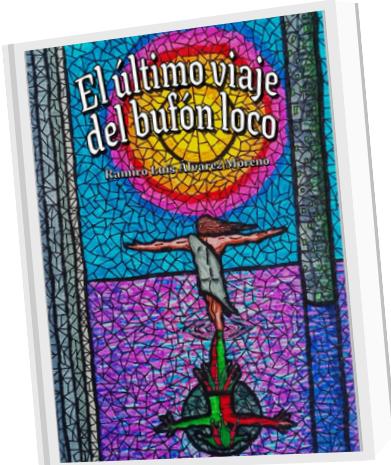
—¡Qué!, ¿entonces nos vemos el próximo año? —preguntó Antonio.

—¡Claro tío! ¡Y espero que para entonces hayas aprendido a saltar!

Reímos, nos abrazamos y nos alejamos cabizbajos cada uno hacia nuestro lado.

Aquella fue la última vez que vi a Antonio, pues, tras la muerte de mi abuelo por cáncer de pulmón aquel mismo año, no volvimos a pasar las vacaciones en Cadalso nunca más, pero aquel último día, y, en concreto, aquel último salto, se convirtieron en uno de esos recuerdos que regresan para no olvidar por qué merece la pena vivir.

Ramiro Luis Álvarez Moreno



Entrevista a Mónica Steller

Sobre su obra:

¿Qué te inspiró a escribir tu primera novela?

Es una historia curiosa, leí un libro con una premisa que me encantó, pero hasta ahí, todo lo demás fue decepcionante. así que decidí con una premisa muy parecida crear mi propia historia, con una esencia diferente. Esta novela, aun no la he publicado.



¿Cómo describirías tu estilo de escritura y cómo has evolucionado a lo largo de los años?

Mi recorrido no es tan largo, no creo que haya evolucionado mucho. En cuanto a estilo, pues los describiría como divertido y directo. Cuando escribo romance histórico, quizá si use un tono un poco más serio y distante, ya que escribo en tercera persona, pero en contemporánea con la primera persona los capítulos reflejaran la personalidad los protagonistas.

¿Qué temas recurrentes pueden encontrarse en tus libros?

El romance por supuesto, los diferentes tipos de relaciones (desde un enemies to lovers hasta un friend to lovers), y la influencia de la sociedad del momento (importancia de la familia y amigos, apariencias, mundo profesional). Me gusta que mis protagonistas sean reales con un entorno, problemas, pasados y una proyección de futuro.

¿Hay algún personaje que hayas creado que te haya sorprendido o impactado particularmente?

Las gemelas Blackwood, cuando las cree eran idénticas de físico, pero muy diferente en personalidad, de alguna forma ambas han acabado en el lado opuesto al que en un principio parecían estar predispuestas. Me explico, a Eleanor le fascina la moda, los bailes, pero su destino ha resultado estar muy lejos de Londres, sin embargo, a su gemela, Heida, que por el contrario todo eso le parece tedioso, ha terminado siendo duquesa. Y no, no es algo que haya hecho yo a propósito.



¿Cuál de tus obras consideras que es la más significativa para ti y por qué?

Creo que la primera, esa con la que me arriesgué a dar el salto, a atreverme y probarme a mí misma.

Aunque todas son igual de importantes para mí, todas en mayor o menor medida llevan un poquito de mí.

Proceso creativo

¿Puedes compartir un poco sobre tu proceso de escritura? ¿Tienes rutinas o rituales específicos?

No tengo una rutina, escribo cuando tengo un hueco o lo que es lo mismo cuando mis dos torbellinos están durmiendo.

Me siento más inspirada por la noche, más de una me he levantado de madrugada para escribir una escena o tomar notas.

¿Cómo manejas los bloqueos creativos cuando se presentan?

Hasta ahora no los he tenido, lo que sí me ha pasado es estar con una historia y mi cabeza irse a otra. Lo bueno de autopublicar en KDP es tener mis propios tiempos, me puedo permitir dejarla aparcada, que mis manos fluyan, sin presión ni prisas, y volver más tarde.

¿Escribes con un esquema previo o prefieres dejar que la historia evolucione naturalmente?

Pues sí que suelo hacer un esquema, pero la mayoría de veces mis protas se revelan, toman el mando y la historia toma un rumbo diferente.

¿Hay algún lugar o ambiente específico donde te resulte más fácil escribir?

No, aunque me concentro más cuando reina la calma a mi alrededor

Influencias y referencias

¿Qué autores o libros han influido en tu escritura?

Lisa Kleypas me encantan todas sus obras, me hacen viajar e introducirme tanto en la época que me resulta mucho más fácil conectar con la regencia y las letras fluyen con agilidad.

¿Hay alguna obra literaria que hayas leído recientemente y que te haya impactado?

Últimamente no estoy leyendo tanto como me gustaría y no he leído nada que me haya impactado como tal, pero sí he descubierto un par de autoras de romance histórico que me han sorprendido y encantado, Mary Fort (palabra de capitán) y Carolina MacLeod (el beso de la rosa escocesa).

¿Has tenido mentores o influencias de otras personas en tu carrera como escritora?
No, aunque me hubiera encantado tener a unas de mis autoras favoritas como mentora.

Sobre el mundo editorial

¿Cuáles son los mayores desafíos a los que te has enfrentado en la industria editorial?
Como autopublicada hago todo yo pero necesito de profesionales para la corrección o creación de la portada (a veces). Encontrar personal cualificado ha sido muy complicado, si buscas en internet encuentras un montón pero me generaba mucha desconfianza mandar mi manuscrito a un completo desconocido.

¿Qué consejo le darías a un autor novel que está intentando publicar su primer libro?
Paciencia, y corregir con profesional, yo publiqué mi primer libro corregido por la IA y fue una cagada. He tenido algunos comentarios negativos por la ortografía.

¿Cómo sientes que ha cambiado la forma en que se publica y se consume la literatura en la era digital?

Creo que da muchas más oportunidades a autores noveles. Yo crecí leyendo Harry Potter y escuchando que J K Rowling fue rechazada hasta doce veces, saber esto era muy desmotivador, pero con la era digital y Amazon, publicar ya no era un sueño imposible sino un reto.

Hay quienes creen que al no pasar por un proceso editorial estos libros no son tan buenos, yo no opino igual, he leído auténticas obras de arte en KU y me he decepcionado con libros de editoriales de renombre que me han costado casi veinte euros.

Reflexiones personales

¿Cómo equilibras tu vida personal con tu carrera como escritora?

No hay mucho equilibrio, escribo en mi tiempo libre, aunque mi meta es poder dedicarme a escribir exclusivamente.

Por mi situación, ahora no puedo implicarme mucho más, espero que en un futuro (cercano) esto cambie y pueda asistir a ferias y presentaciones.



¿Qué significa para ti el éxito en el ámbito literario?

Un éxito literario sería ver tu novela convertida en bestseller, situada en el top ten, pero para mí son más importantes las valoraciones que las ventas.

Que mi historia haga disfrutar a mis lectoras, ya sean muchas o pocas, es un triunfo.

¿Tienes alguna rutina de autocuidado que sigas para mantenerte equilibrada durante el proceso de escritura?

No tengo ninguna rutina especial, aunque sí que pongo el móvil en modo concentración para que no me interrumpan.

Mirando hacia el futuro

¿Estás trabajando en algún nuevo proyecto o libro en este momento?

Sí, siempre tengo algo entre manos. Acabo de mandar una novela a corrección y la siguiente ya la llevo por la mitad aproximadamente. Llevo unos meses en modo regencia y soy incapaz de abandonar a mis personajes.

¿Cómo te gustaría que fuera recordada tu obra en el futuro?

No espero reconocimiento ni fama, solo me gustaría que mis lectoras al recordar mis obras sonrián.

Que se convierta en esa historia que te hace sonreír, que te deja el corazón calentito y con ganas de más.

Si hablamos de futuro más lejano, pues es algo que no me lo he planteado, pero no creo que mis historias vayan a aparecer en los libros de lengua y literatura del próximo siglo, al menos por ahora, quizá en unos años escriba algo revolucionario y digno de mencionar.

Si quieres añadir algo antes de finalizar

Me costó lanzarme y dar el paso, y aunque haya días un tanto desmoralizadores, estoy muy contenta, escribir me hace entrar en sintonía con una parte de mí con la que no conecto de otro modo. Me gusta pensar que mis libros ayudan a las lectoras a sintonizar con una parte de ellas, a soñar, a reflexionar y por supuesto a disfrutar.

Si alguna lectora se anima a leerme, todos mis libros están en Amazon, tapa blanda y digital y gratis en Kindle Unlimited.

Muchas gracias por la oportunidad.

Muchas gracias por concederme esta entrevista para Voces Errantes, Monica.



EL COLOR DE LA VIDA

Por Daniel García Martín



—¿Dónde estás?

—Junto a la ventana de la alcoba.

—¿Qué haces?

—Nada, sólo estoy mirando por la ventana.

—Eso ya es hacer mucho. Ja, ja, ja. ¿Y qué ves?

—Pues estaba mirando sin ver, pero ahora que me fijo, veo una colina redondeada. Parece una alfombra amarilla, reventando de girasoles. Y hay un viejo roble coronando el penacho de la colina.

—¿Y qué más?. Dímelo, yo no puedo verlo.

—Hay un camino que parte la colina en dos, y que llega hasta el roble y se dirige hacia el bosque que está detrás de los girasoles. Es un camino un poco empinado por la colina, pero parece un paseo de lo más agradable. Está atardeciendo. El Sol está cayendo por detrás de la colina, e intensifica con rabia el amarillo de las flores. El cielo tiene un color malva y anaranjado, provocado por las nubes que han dejado unas gotas de lluvia en el suelo. Debe de oler estupendamente ahí fuera.

—¿Y si abres la ventana?. Desde aquí no puedo olerlo.

—Ahora que he abierto la ventana me llega un crisol de aromas. Por una parte me llega el suave olor de la tierra mojada. A ráfagas me llegan los aromas de las jaras que tengo enfrente de la casa, y que se entremezclan con el olor del romero y de la lavanda que tengo plantadas en la entrada del jardín y que acompañan hasta la puerta a cada persona que me quiere visitar.

—Todo eso pinta muy bien.

—Pues hablando de pintar, lo que veo es un paisaje precioso para ser pintado. Lástima no saber pintar las cosas tal como existen.

—Bueno, si haces la impresión en la retina, tu mente siempre recordará ese cuadro como el paisaje que estás viendo.

—Entonces, voy a pintar un poco más los detalles.

—Mejor, cuantos más detalles tengas, más hermoso será el cuadro, y el recuerdo.

—La otra orilla del camino está sembrada de trigo. Aún está verde. Hace un poco de aire, y agita las espigas. Ese movimiento hace parecer al campo un mar esmeralda. Hay amapolas entre el trigo, y hay unos niños metidos en el trigal, jugando a esconderse. Su madre les llama para cenar, y corren a su casa como si hubiesen salido al recreo del colegio. El movimiento del mar es dulce y asíncrono. Por el camino, de regreso, baja un carro azul, tirado por dos bueyes negros, con movimiento cansino pero acompañado, y el carretero, delante de la yunta, va corrigiendo su camino. Han estado segando hierba para alimentar al ganado en el verano que se echa en ciernes. También me llega viajando entre el aire de la tarde el olor a hierba recién segada.

—Parece muy hermoso. ¿Y no se oye nada?

—Las chicharras de hace unas horas dieron paso a los jilgueros y a las abubillas. Hace un rato se rompió el silencio con la risa de los niños. Ahora, con los niños recogidos, y con la noche cayendo sobre la colina son los grillos los que cortan la noche. Se oyen lejanos unos sapos cantarines de alguna charca y un autillo silba su presencia cadenciosamente en algún aljistre del camino.

Está cayendo la noche. Las estrellas empiezan a apuntar la oscuridad, y el primer cuarto creciente tras la luna nueva de ayer, aún amarillento, dibuja en el cielo la transición entre la luz y la oscuridad. He apagado la luz de la alcoba, y aquí, en las afueras del pueblo, apenas la luz de las farolas contaminan la oscuridad de la noche. Los graciosos murciélagos se alimentan a la luz de estas farolas, con su volar nervioso e impulsivo, histriónico, casi histérico.

Una sombra blanquecina cruza la noche, es una lechuza que cambia de atalaya. El autillo y los sapos han callado. Solamente algún grillo sigue acuchillando el susurro del entrechocar ciego de las espigas en la oscuridad. Un ulular furtivo y lejano, va haciendo la noche más profunda, más seria, más serena.

—¿Estás ahí?. Te has dormido. Te he debido aburrir con mi paisaje.

—No, sigo aquí. Estaba viendo, oliendo y oyendo tu paisaje, lleno de colores, olores y sonidos, aún en la oscuridad de la noche. Casi he podido sentirlo.

—Gracias.

—¿Por qué no has bajado a sentirlo, tú que podías?.

—Porque no existe en realidad.

—¿Cómo?, ¿cómo que no existe?

—Porque la ventana de mi alcoba está en el centro de la ciudad, y da a una fábrica textil.

—¿Y dónde está tu paisaje?

—En mi cabeza. De niño solía jugar en el pueblo de mi madre, y veía todo eso. Todo se quedó grabado en mi mente. Pero sí que lo siento. Cada noche, cuando estoy intranquilo o me siento solo, veo este cuadro que tengo en mi mente, me llegan los colores, los olores, los sonidos. Incluso rememoro el sabor de los granos de trigo o las pipas de los girasoles. El cosquilleo del tacto de las espigas en las palmas de las manos, o el picor de los pelillos de los tallos de los girasoles en los brazos y las piernas. La sombra del roble, el sabor de sus bellotas... El olor de las jaras y la sabia pegajosa que rezuma entre sus brillantes hojas, el olor de la lavanda y el cantueso... la tierra mojada. El olor de la hierba recién cortada que dejó el carro al paso bajo mi ficticia ventana.

Todo son retazos de una vida, y todos juntos forman una única imagen vívida y permanente.

—¿De qué pueblo es tu madre?

—Era, de un pueblo casi perdido de Salamanca, en el campo de Argañán. Campillo de Azaba. Esos paisajes de la España vacía que se estamos dinamitando poco a poco.

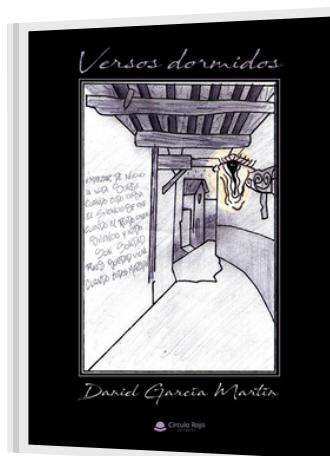
—Muchas gracias por dejarnos vivir un poco de tu vida, y por este cuadro que nos has pintado.

—A vosotros por escucharme.

—Seguimos con nuestro programa de radio...

Si quieras releerlo, en cada párrafo cierra los ojos e intenta ver lo que te cuentan, aunque lo ideal es que se lo leas a alguien y, éste, con los ojos cerrados pueda ver lo que le estás contando.

Daniel García Martín





EL RINCÓN DE LISET MATA

COMO VIVIR DE LA ESCRITURA Y NO MORIR EN EL INTENTO



Vivir de la escritura es, para muchos, un sueño romántico que se disuelve al contacto con la realidad del mercado editorial. Sin embargo, también es una posibilidad tangible cuando se comprende que escribir no solo implica talento, sino visión, estrategia y una enorme dosis de perseverancia.

Hoy en día, el panorama literario ha cambiado de manera drástica. Las editoriales tradicionales, que antes eran la puerta dorada hacia el reconocimiento, han convertido su labor en una especie de industria mediática. Ya no basta con escribir bien; ahora buscan nombres que garanticen ventas. Periodistas, influencers o figuras públicas con grandes comunidades en redes sociales son las apuestas seguras para muchas casas editoriales. Ellos aportan visibilidad, marketing y público asegurado, aunque no siempre calidad literaria.

Mientras tanto, cientos de escritores talentosos –autopublicados o copublicados– luchan contra la corriente. Sus obras, muchas veces de un valor artístico y narrativo excepcional, quedan ocultas bajo el ruido mediático. No por falta de calidad, sino por falta de escaparates. En un mundo donde los algoritmos deciden qué leemos, el escritor independiente debe convertirse también en su propio gestor cultural, su propio publicista, su propio motor de difusión.

La autopublicación ha venido a democratizar el acceso al lector, pero también ha dejado al escritor frente a una gran responsabilidad: la de aprender a comunicar, a vender, a promocionar, sin perder su esencia creativa. La constancia, más que el talento, se convierte en la clave. Constancia para seguir escribiendo incluso cuando las ventas no acompañan. Constancia para construir una comunidad lectora. Constancia para no rendirse cuando las puertas parecen cerradas.

La realidad es que hoy vivir de la escritura exige más que inspiración: requiere una mentalidad de creador integral. No basta con tener una historia poderosa, hay que saber contarla, editarla, posicionarla y defenderla en un mundo que se mueve por la inmediatez.

Pero si algo distingue al verdadero escritor es su capacidad de transformación. Porque cada palabra escrita es una forma de alquimia, un acto de fe. Y si mantienes la fe, la disciplina y la autenticidad, ese sueño de vivir de la escritura deja de ser utopía y se convierte en destino.

La única manera de sobrevivir en este oficio es entender que la escritura no se trata solo de publicar, sino de persistir. De seguir creando incluso cuando nadie te mira. Porque, al final, los best seller también nacen de los sueños que se negaron a morir.

Liseet Mata

EL RINCÓN DE LISEET MATA

APATÍA CRÓNICA



Y ahí estás, como despierto,
viviendo a tu mínima expresión,
con una cuota inicial de alegría,
con el abandono que te dejó tu inspiración.

Sueñas con la rebeldía,
con causas altruistas que revivan
tu decadente espontaneidad;
preferiste mil veces la apatía...
pues bien, este poema te hará resucitar.

Nadie puede exigirte compromiso,
nada puede mover tu motivación.
¿Conociste alguna vez el libre albedrío?
¿Sabes lo que significa la libertad del corazón?

No, no lo sabes, estás dormido,
pero no en sueños de ignorancia,
sino en decisiones de mezquindad,
recorriendo un círculo infinito,
escribiendo historias de mediocridad.

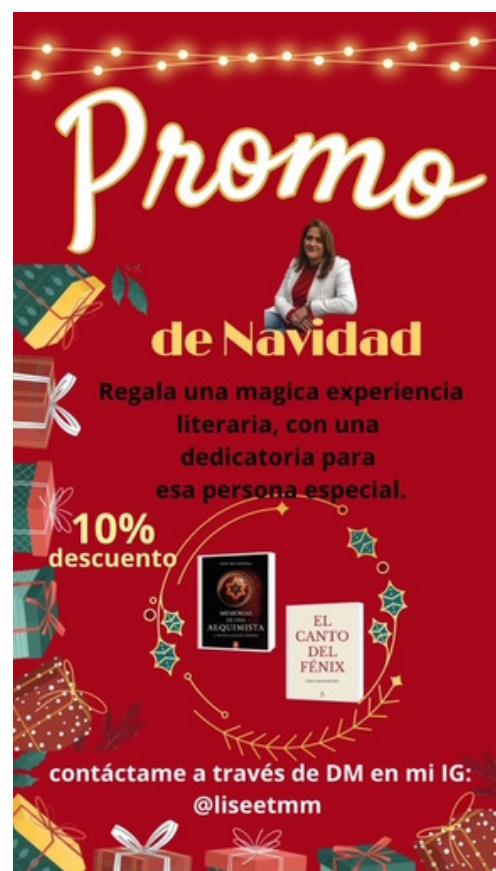
Esta es la vida que escogiste,
nadie más intervino:
eres tú único destino,
aunque te guste culpar a los demás.

Ni siquiera respetas tu esencia,
vives tan lejano de tu humanidad.
Sé que te duelen mis palabras
este escrito va dirigido a tu evolución.

¡Despierta! Hay alguien más en este planeta,
proyecciones de ti mismo,
pero repletas de confusión.

Quizás te estoy mostrando el camino...
o tal vez no,
y todo esto sea
la retórica de mi interior.

Todos somos uno, no lo olvides,
poetas intuitivos que persisten
a pesar del desaliento
de todos aquellos
que solo aspiran a su ego,
que solo saben decir: "No puedo, lo siento",
aislándose de la luz
que genera la filantropía,
un concepto olvidado por la sociedad.



Liseet Mata



Relato encadenado a 6 voces “El Legado de Alayne”

El humo olía a fe y a miedo. Desde lo alto del castillo de Montsegur, Alayne observaba cómo el sol moría tras las montañas de los Pirineos. Allí, donde el mundo parecía detenerse, los últimos perfectos cátaros aguardaban su destino. Abajo, el campamento de la Inquisición levantaba cruces, no para rezar, sino para quemar. Alayne había nacido en secreto, hija de una curandera y de un caballero templario que jamás conoció. Creció entre pergaminos y susurros prohibidos, aprendiendo que la verdad tiene muchos nombres y que la fe, cuando se impone por la espada, deja de ser luz.

A sus veinte años, la joven ya sabía demasiado. Sabía que los templarios ocultaban algo en las montañas. Sabía que la Inquisición no buscaba solo erradicar la herejía, sino borrar todo vestigio de un conocimiento que podía liberar al alma humana. Y sabía, sobre todo, que esa sabiduría estaba escrita en un código que solo una mujer podía leer.

El sonido de los tambores anunció el comienzo de los juicios. -Que arda la mentira- gritó un fraile, mientras el viento arrancaba de la hoguera una chispa que subió hasta los ojos de Alayne. Ella no apartó la mirada. Porque sabía que, en el corazón del fuego, empezaba su destino.

El amanecer llegó sin pájaros. Solo el crujir de las antorchas y el rumor de los soldados rompiendo la quietud. Alayne, bajo sus ropas, ocultaba un pequeño rollo de pergamino envuelto en lino, fragmentos de los Evangelios del Amor, los textos prohibidos que su maestro le había confiado antes de morir. “Guárdalos, hija. Si los cátaros caemos, que al menos no se pierda la verdad.”

Esa mañana, un mensajero llegó al campamento, traía la orden de rendición. A cambio de la vida de los que aún resistían, entregarían los libros y nombres de los que huían por las montañas. Alayne lo supo antes de oírlo, la traición ya había empezado.

Cuando la noche cayó, descendió por un sendero oculto, con el pergamino pegado al pecho y una daga templaria en la cintura. En el valle, el fuego de las hogueras iluminaba el cielo. Cada chispa que subía era un alma.

Sabía que la Inquisición no perdonaría a nadie que hubiera compartido la mesa con esos puritanos. Ni a los templarios que los habían protegido, ni a las mujeres que curaban con hierbas y rezos distintos, y, sin embargo, no podía mirar atrás.

A cada paso, la nieve le mordía los pies y el viento traía el eco de los cánticos: Credo in unum Deum... Alayne no rezó. Solo pensó en sobrevivir. En llegar al norte. En encontrar a los caballeros que, decían, habían escapado a través de túneles secretos para guardar su tesoro más valioso, la libertad de creer.

El bosque nocturno no ofrecía refugio, solo más sombras. Cada crujido de una rama bajo la nieve era el sonido de un verdugo acercándose. El frío ya no mordía, era una garra de hielo que se le clavaba en los huesos, y el hambre, un nudo de espinas en el vientre. El olor a humo la perseguía, un fantasma pegado a su piel. Ya no era el humo de la leña, sino el hedor dulzón de la carne quemada, un aroma que jamás la abandonaría. A lo lejos, el Credo de los soldados se había extinguido, reemplazado por un silencio aún más aterrador.

De pronto, se detuvo. Delante de ella, en un pequeño claro iluminado por la luna pálida, vio movimiento. Eran tres soldados de la Inquisición, sus siluetas negras recortadas contra la nieve blanca. No estaban solos. Arrodillado ante ellos había un hombre, apenas un muchacho, con la ropa de un simple pastor. No era un perfecto, solo un alma culpable de haber ofrecido pan a los sitiados. Uno de los soldados levantó una ballesta. No hubo juicio, ni preguntas. Solo el silbido mortal de un virote y el golpe sordo de un cuerpo cayendo sobre la nieve.

Alayne ahogó un grito contra la palma de su mano, con el sabor a tierra y a bilis llenando su boca. Los vio reír mientras registraban el cadáver. Le robaron las botas gastadas y lo dejaron allí, con los ojos abiertos mirando a un cielo sin estrellas. El dolor que sintió no fue solo por aquel desconocido, fue por todos ellos. El pergamo bajo su ropa ya no era solo una promesa, era una deuda escrita con sangre. El mundo ya no era un lugar de verdades ocultas, sino una tumba abierta. Y ella debía seguir caminando sobre los muertos para que algo, cualquier cosa, pudiera seguir con vida.

Siguió avanzando, cada paso hundiéndose en la nieve como si el bosque intentara devorarla lentamente. El silencio era tan espeso que podía escuchar el latido de su propio corazón, irregular y torpe, un tambor de miedo en medio del vacío. El pergamo le rozaba la piel con cada movimiento, como si tuviera pulso propio. Era cálido, un calor tenue, imposible en medio de aquel invierno. Alayne no sabía si aquello era consuelo o advertencia. El viento cambió de dirección, arrastrando el eco distante de una campana. No pertenecía a ninguna iglesia que conociera. Sonaba demasiado lento, demasiado pesado, como si anunciara un entierro que aún no había ocurrido. Se detuvo. No debía haber campanas en aquel valle; el último templo había sido reducido a cenizas hacía tres inviernos.

El bosque parecía escuchar con ella. Las ramas desnudas se inclinaron, crujieron, y el aire trajo un murmullo –sin palabras, sino un ritmo–, el mismo que los perfectos recitaban en susurros antes de ser llevados a las hogueras. Alayne apretó los dientes. Aquello no podía ser real. Pero entonces, entre los árboles, una figura se movió. No llevaba armadura ni antorcha. Caminaba despacio, con el rostro cubierto por una capucha gris. –No temas, hija del invierno –dijo una voz grave, casi quebrada–. El fuego no consume a todos. Alayne retrocedió un paso. –¿Quién eres? –susurró, con la mano ya sobre el mango de la daga oculta en su capa. El desconocido alzó las manos, mostrándolas vacías. –Un sobreviviente –respondió–. Uno que aún recuerda el nombre que tú llevas. El corazón de Alayne se detuvo un instante. Nadie debía conocer su nombre. Había quemado los registros, borrado las huellas, enterrado hasta los recuerdos.

No lo digas –le advirtió con un hilo de voz. El hombre asintió. –Lo guardaré. Pero el pergamo que llevas... no es solo una deuda. Es la última palabra de los que fueron silenciados y están esperándote. El viento se alzó de nuevo, y la luna se ocultó detrás de una nube espesa. En la oscuridad, la figura desapareció, dejando tras de sí una huella apenas visible que brillaba débilmente sobre la nieve, como una marca escrita con ceniza y luz. Alayne cayó de rodillas. Por un momento, quiso romper el pergamo, liberarse del peso que la había condenado a huir y a enterrar su nombre. Pero sus manos temblaron. Lo apretó contra su pecho y comprendió que ya no había retorno: el sendero que seguía no era hacia la salvación, sino hacia la revelación. Y al levantarse, con el bosque cerrándose a su alrededor, juró que, si el mundo debía arder, sería ella quien encendiera la primera llama.

Reconocer que formaba parte de una gran historia fue quizás lo que mantuvo la fuerza que necesitaba, la energía que había perdido durante el camino. Recordó las palabras de su madre, la curandera que trabajaba con las hierbas del campo y arreglaba las enfermedades del alma. "Una buena hierbera protege todo del mal, no decaigas ante el desánimo, lo que más cuesta conseguir es lo que más hace crecer tu espíritu" Alayne tenía mucho frío, pero el pergamo seguía pegado a su cuerpo transmitiendo el calor que necesitaba. Educada en la libertad de creer y también en la de amar no se iba a rendir fácilmente. Se consideró una mujer buena y, como mujer, curandera también, era la apropiada para llevar a cabo la misión de la última profecía. Reverdecer sobre las cenizas de los mártires, ese era su destino, ya a pesar de la dureza, seguro que lo iba a conseguir. El tesoro que todos iban a buscar no se encontró en las cuevas llenas de oro sino en la belleza de la vida que ahora llevaba en sus entrañas y que era la que mantenía con el calor del amor. Era su hija, una nueva generación, otra forma de mantener la revelación. Llegaba el momento de la perfección espiritual fuera de cualquier regla o método, una nueva forma de creencia apoyada en la libertad.

Caminó y caminó por la gruesa capa de nieve hasta que todos los músculos de su cuerpo dolieron y la mortecina luz de aquel día invernal comenzó a atenuarse. Reparó en que con la noche la temperatura caería de forma drástica. Apenas tenía tiempo para buscar un lugar donde resguardarse del frío antes de que la oscuridad fuese absoluta. El lejano aullido de un lobo y su posterior eco la hizo estremecer. ¿Y si no llegaba a ver la luz de un nuevo día? Todo por lo que había luchado se acabaría.

Se apresuró y se resguardó bajo una enorme roca que asomaba, inclinada como la enorme costilla de un gigante, en la nívea capa que parecía cubrir todo. Allí halló los restos de una hoguera que alguien debió prender siguiendo su misma lógica. Se apresuró a recoger algunas ramas y amontonarlas para conseguir calor. Sacó de su zurrón una pequeña botella de aceite y vertió sus últimas gotas sobre la madera. «Creo que con esto bastará», pensó y comenzó a chocar 2 rocas con la esperanza de provocar la chispa que hiciese surgir la ancestral magia del fuego. Alayne no era novata en tales menesteres, por lo que no tardó mucho en sentir la caricia de las llamas en sus entumecidas manos y su agradable calidez bajo la gruesa capa de pieles que la cubría.

A su alrededor reinaba el más absoluto silencio y ante tal escenario de absoluta calma quedó ensimismada mirando las oscilantes llamas bailar ante las tinieblas de la montaña. Pensando en lo que depararía el futuro cuando el viaje llegase a su fin. Pero la calma no dura para siempre, y su misión no estaba destinada a ser un camino de rosas.

Un crujido seco a su espalda sacó a Alayne de su ensoñación. Palpó el pergamino y, movida por el instinto de supervivencia, apoyó su diestra en la empuñadura de la daga.

—¡Vaya, vaya! Chicos, creo que esta va a ser nuestra noche de suerte— la desagradable voz que pronunció tales palabras surgió del que parecía el jefe de los tres soldados que había visto saquear a aquel muchacho hacía unas horas. Los tres personajes reían mientras avanzaban trastabillando, con claras muestras de estar ebrios, hacia la hoguera donde la peregrina se encontraba sentada.

Al ver cómo se aproximaban a ella aquellos hombres, Alayne sintió miedo y asco. Ya había visto el tipo de ojos vidriosos con el que la observaban muchas veces antes y siempre llevaban consigo la depravación del ser humano. Tomó una gran bocanada del aire de las montañas. Se irguió. Sintió cómo en el interior de su pecho el corazón comenzó a bombear sin control. Supo que esa gélida noche, bajo esa roca, ante las llamas de la hoguera, habría derramamiento de sangre, y se preparó para que esta no fuese la suya...

Me desperté sobresaltada y empapada en sudor. El pequeño pueblo de Montsegur con su mágico silencio había removido memorias ancestrales que de algún modo me pertenecían. Me asomé al pequeño balcón que me brindaba una imagen fantasmal de las ruinas del castillo teñido de los colores del amanecer... En mi pecho latía la certeza de que allí encontraría las respuestas que tanto había estado buscando.

Me vestí con ropa cómoda y conduje ensimismada hasta el pie de la montaña desde la que tenía acceso al castillo. Empecé mi ascensión sintiendo en mi pecho la sangre derramada tiempo atrás. Oí los gritos, los lamentos, el dolor... Tuve que detenerme presa de un llanto incontrolable y limpiar las memorias de dolor impregnadas en aquellos muros sostenidos por la sangre de los inocentes.

Oí la voz de Alayne... Tú eres el legado y no puedes huir eternamente de él. Recordé que mi abuela y mi madre nunca me hablaron de mis ancestrales. Fue al morir mi madre cuando encontré aquel pequeño cofre antiguo en el altillo de su armario. Dentro encontré un diario antiguo y una daga templaria...

Recorrió las ruinas dejándose abrazar por aquel silencio estremecedor. En el diario encontré la ubicación de donde había sido ocultado el pergamo y la historia de Alayne. Tenía que encontrarlo...

La Torre del Homenaje me dio la bienvenida dejándose iluminar por los rayos del sol. Aquel sol que anunciaba que la luz física y la espiritual podían cohabitar en perfecta armonía. Espere a que la luz atravesara los cuatro arcos e iluminara las paredes del donjon. Entonces vi la piedra que, iluminada, tenía grabado un símbolo antiguo. ¿Sería la piedra que ocultaba el pergamo?

Saqué la daga de mi bolsa y me acerqué con sumo respeto. Solo tuve que introducir la punta de la daga y un pequeño crujido fue el preludio de que la piedra se había soltado. Retiré la piedra con cuidado y en su interior, encontré un porta pergaminos. Lo saqué y me apresuré a colocar de nuevo la piedra en su lugar.

Bajé de nuevo todo lo rápido que me fue posible y busqué un lugar oculto donde poder descubrir lo que allí se ocultaba. Con las manos temblorosas saqué aquel pergamo conservado en aquel útero de luz sagrada y lo leí.

Los Evangelios del Amor...

Sentí que mi respiración se detenía al leer lo que había escrito al final de los evangelios... "Si estás leyendo el pergamo es que los ciclos se han cerrado para iniciar un ciclo nuevo de ministerio sagrado. ¡Bienvenida a una nueva vida Alayne!"





MERMELADA DE ROSAS

POR ALICIA NAMBER

13:00

A las trece en punto, el mar estaba en calma. No del todo sereno, pero parecía respirar a mi propio ritmo. En mi lado del mundo, el aire olía a sal y a olivos. La tetera silbaba en la cocina. Había dejado el agua a hervir. Abrí las ventanas de la habitación y salí al balcón. Necesitaba mirar el mar y perderme en él. Dejé el teléfono sobre la mesita, por si acaso. Llevaba semanas con la misma rutina: tomar el té frente al mar, con el pensamiento anclado en otro lugar, como si mi mirada y mi oído vivieran en países distintos.

Sobre la mesita, tres objetos se habían convertido en un ritual absurdo: la taza que ella me regaló en su última visita, el cuaderno donde tachaba los días sin noticias y un tarro de mermelada de pétalos de rosa que me envió antes de que todo comenzara. En un papelito había escrito: «Por si tardas en volver». Nunca lo abrí. Era mi manera silenciosa de convencerme de que aún podía regresar.

13:20.

La luz se inclinaba sobre los edificios como si fuera verano, aunque aún estábamos en marzo. Hojeaba un libro sin leerlo, solo para fingir ante mí misma esa normalidad ilusoria. Había aprendido a tragarme el miedo como se tragan las pastillas amargas: rápido y en silencio.

13:43.

Sonó el teléfono.

El sonido me sacó de golpe de mis pensamientos. Miré la pantalla: su nombre. Al alargar la mano para cogerlo, las piernas me temblaron.

—¿Mamá?

—Hija...

Su voz no era la de las preguntas cotidianas —«¿has comido?», «vi una falda que te gustaría»—. Sonaba a una mezcla extraña de alegría por oírme, emoción, miedo, angustia y una esperanza que se negaba a ceder. Yo misma no sabría cómo describirla; solo sé que, al escucharla, se me fue el aire durante unos segundos.

Su voz me llegó amortiguada, interrumpida, como si intentara atravesar un muro impenetrable que nos había separado apenas un mes atrás. No solo era una mala conexión; era otra cosa. Reconocí ese tono: el de «estoy aquí, pero no sé hasta cuándo».

—Te escucho —alcancé a decir, con la voz quebrada.

Me di cuenta de que estaba de pie, descalza, con el mar a mi espalda, como si necesitara mostrarle, aunque ella no pudiera verlo, que todavía quedaba un rincón de paz en ese absurdo mundo. Nuestros mares, el mar de Azov y el Mediterráneo, vivían mareas distintas.

—No tengo mucho tiempo —dijo con prisa—. Se va la luz, regresa, se vuelve a ir...

Hablaban rápido, midiendo las palabras, como si en cualquier momento la voz pudiera desaparecer. Desde mi lado del mar solo llegaba el rumor lento de las olas. Allí, donde ella estaba, los sonidos eran otros: podía casi sentir cómo se sacudía el aire y cómo olía a humo.

Llevábamos más de un mes intentando llamarlos, ella desde allí y yo desde aquí. Cada día. Cada hora. Sin conexión. Silencio. En la pantalla, siempre lo mismo: «sin servicio». Poco a poco, la desesperanza se volvió rutina: intentar y no conseguirlo, imaginar lo peor. Esa llamada parecía casi un error del sistema, un pequeño milagro técnico que no sabíamos cuánto duraría.

No hablamos de cómo estaba yo. Eso era irrelevante. Lo único que importaba era si ella y mi hermano seguían vivos. Era un bucle de intentos interminables por localizarlos, por tener alguna noticia, por si alguien, en algún momento, lograba enviar un mensaje, una llamada, una señal mínima de vida.

—¿Estáis bien? —pregunté al fin.

Hubo un silencio breve, denso.

—Estamos vivos —dijo por fin—. De momento, eso es lo que importa.

Las palabras se me quedaron flotando en la cabeza: «estamos vivos». Nada más. Nada menos. No había lugar para detalles, ni para quejas, ni para desahogos. Solo ese parte mínimo.

Me apoyé en la barandilla. El paisaje seguía igual: el mar con su vaivén lento, el cielo limpio, los olivos quietos detrás de la casa. Ella tenía humo, apagones y un mapa que de repente se había vuelto inhabitable. Pensé en lo obsceno que resultaba, en ese mismo minuto, poder distinguir el ritmo lento de las olas.

—Mamá... —dije al fin. Era lo único que se me ocurrió en aquel momento, aunque sabía que podía sonar a tontería.

Busqué algo que nos uniera a las dos, algo que no fuera ni humo ni sirenas.

—Tengo aquí la mermelada que me mandaste —añadí—. La de pétalos de rosa. Aún no la he abierto.

—La de pétalos de rosa... —repitió, y pude sentir que estaba sonriendo al decirlo.

Su risa salió baja, contenida, como si tuviera que abrirse paso entre muchas otras cosas que no podía nombrar.

—La hice con las rosas de mi jardín, ya sabes, las rosas del té —dijo.

Hubo un pequeño silencio.

—No sé cuándo podremos volver a hacerlo... —añadió.

No dijó «porque no sé cómo estará esto mañana» ni «porque no sé si seguiremos aquí», pero yo lo escuché igual, en el hueco entre sus palabras.

—La tengo delante —dije entonces—. Está en la mesa de fuera. Aún no la he abierto.

—Pues ábrela hoy, mi niña —respondió—. Hazte un té. Y tómalo despacio.

Algo se rompió dentro de mí. Empecé a llorar sin parar, como nunca antes había llorado. No eran lágrimas discretas, eran ondas, sacudidas, un llanto que por fin encontraba una grieta por donde salir.

—Mamá, mamá... —repetía sin poder decir nada más.

Al otro lado, ella guardó silencio un segundo. Escuché cómo tomaba aire, hondo, como si se sujetara por dentro.

—Ya está, ya está, mi niña... —dijo al fin, muy despacio—. Estoy aquí. No tengas miedo.

Su voz tenía un temblor contenido, pero no se dejó caer. Era ella quien me sostenía a mí, como si la que estuviera en peligro fuera yo.

Durante un rato lo único que se oía era mi llanto y su respiración al otro extremo de la llamada, intentando darme calma en medio de todo aquello. Mis lágrimas hacían más ruido que la guerra.

Quise decirle tantas cosas, pero la llamada terminó antes de que encontrara las palabras. La pantalla mostró «llamada finalizada». Me quedé con el teléfono en la mano. La tetera ya no silbaba.

Fui a la cocina. Puse de nuevo el agua a hervir. Tomé el bote de mermelada de rosas de la mesa.

Lo sostuve un momento entre las manos. Dentro, la mezcla rojiza se pegaba al vidrio, espesa, translúcida como el verano.

Lo abrí.

El aroma me golpeó al instante: rosas del té, azúcar, su cocina, su jardín, la mesa donde dejaba los frascos boca abajo sobre un paño limpio. Todo eso guardado en un tarro de cristal.

Probé una cucharadita de pie, junto a la ventana. Después, dejé caer otra en la taza. El té se tiñó de un tono ámbar rosado. Sentí aquella fragancia y la brisa en mi cara. La taza seguía caliente entre mis manos y disfrutaba despacio del sabor de la mermelada. Era un remedio perfecto para quitar el sabor a miedo.

Abrí el cuaderno donde llevaba semanas tachando los días sin noticias. Miré la fecha y tracé una línea sobre ella con el bolígrafo, despacio. Esa marca era la prueba de que la llamada había existido, de que mi madre, mi hermano y yo seguíamos vivos.

Me quedé un momento en la quietud absoluta, la mano aún apoyada sobre la página. Luego dejé que las palabras empezaran a caer, una detrás de otra. Quería dejar constancia de que hubo un momento en que la guerra se redujo a dos palabras —«estamos vivos»— y el resto cabía en la cucharadita de mermelada de rosas. Desde entonces tengo un pequeño rincón de rosas del té en mi jardín. Nunca falta un frasco de esa mermelada en casa: no es un capricho, es mi manera de tener preparado el reencuentro, por si algún día ella puede venir o yo consigo volver.

Nota de la autora: Este cuento está basado en un episodio real de mi vida.

Alicia Namber





EL RINCÓN DE ALFONSO BOLÁNOS

HISTORIA DEL MALHADADO VÍCTOR DE SALEZÁN

Apagó la luz del flexo y solo después de haberse quedado a oscuras tapó su pluma con el capuchón. Era un escritor moderno con técnicas de la antigua usanza y, por tanto, tenía la necesidad del tacto. Por supuesto, tardó tiempo en quedarse dormido: en la cama, le venían escenas de su propio relato recién acabado. Se puso enfermo del esfuerzo.

*

Tres horas y media para su final. Después, minuto arriba, minuto abajo, Víctor de Salezán moriría. Él lo sabe. En su semiconsciencia lo advirtió. Cuando se vio rodeado, no se resistió. Buscaban a uno y lo encontraron a él. La paliza era para reducirle, dejarlo grogui y darle fin después en un lugar más deserto. Víctor de Salezán Izquierdo es un tipo inteligente: es por eso que recibe cada golpe con agradecimiento. "Esta va a ser mi anestesia. Me dejarán inconsciente y no veré mi fin", se dijo, pero la incompetencia de los hombres del gran Julio de Zúñiga-Infantes de Arce solo lo anestesió a medias.

A ellos, claro está, les daba igual si Víctor iba o no con su luz apagada del todo. Tampoco eran sádicos que disfrutases viendo sufrir a otros seres humanos. (Esta característica de los matones del gran Julio Z.-I. de A. se ve a la legua, tipos insensibles, aempáticos pero al mismo tiempo asépticos, es decir, autoconsiderados "profesionales". Ya que nuestro Víctor es inteligente, se dio cuenta de ello nada más observarlos. Iban dispuestos. Le iban a matar, de ello no había duda. Pero no lo iban a abandonar en cualquier sitio para que se desangrase, ni lo machacarían a martillazos, por ejemplo, ni escucharía risas mientras acababa de finar. Posiblemente le dieran un solo tiro certero, algo limpio y, al fin y a la postre, lo mejor para todos, y lo más barato). Simplemente intentaban cumplir con su más estricto deber: dar muerte inequívoca y discreta a un tal Víctor de Salezán, un señor que se ocupaba de molestar al gran Julio Zúñiga-Infantes de Arce en sus negocios.

Eran tres. De los mejores, en principio, y tal como parecía: localizaron al sujeto (efectivamente, era Víctor de Salezán), lo atraparon en un lugar sin testigos (rotonda a las afueras, una gasolinera, un lado de esta, en la oscuridad), lograron reducirle y aturdirle lo suficiente como para meterlo en el maletero del coche y alejarse al fin tres horas y media de aquel lugar, a otra ciudad, a un descampado muy cercano a otra rotonda de otras afueras. Y allí... ¡pum!, un tiro, y listo de papeles.

Sin embargo, como ya ha quedado dicho, fueron auténticos incompetentes, puesto que:

a) La víctima que atraparon no era Víctor de Salezán Recuero, sino Víctor de Salezán Izquierdo. Jamás creyeron importante recordar el segundo apellido: ¿es que iba a haber en La Coruña más de un Víctor de Salezán? ¡Imposible! ¡Demasiada casualidad! Así que, además de perder el tiempo y cargar con un crimen inútil, Víctor de Salezán Recuero iba a estar de sobre aviso con solo leer los sucesos de cualquier periódico del día siguiente.

- a)Sí hubo un testigo, un mudo pervertido entre los matorrales. Sin embargo, nunca denunció, quizás por miedo.
- b)No para el gran Julio, pero sí para Víctor, fue incompetencia no golpearle un poco más, para dejarle en coma (les faltó muy poco).

Así que las cosas quedan de este modo: hay tres tipos que viajan de madrugada con un señor apalizado en el maletero. Este señor se llama Víctor, sabe que va a morir y es muy inteligente. La luna llena brilla con cálida palidez, llueve de forma pausada, lenta y suave y, aunque no la pueden ver, hay realmente vida a ambos lados de la carretera.

*

Agazapado en la oscuridad, extremadamente dolorido y aturdido, Víctor abrió los ojos. Supo entonces, de nuevo, que le quedaba ya poco tiempo de vida. No sabía si horas, minutos o ya mismo, pero poco. Así que debía aprovecharlo. "No es cuestión de cantidad", sabía él, "sino de intensidad; no es cuestión de éxito, sino de honestidad. Igual de grandioso, o más, que una novela en tres volúmenes puede ser un poema, abarcando en pocas sílabas un cosmos, tocando muchas fibras, "siendo ser, siguiendo siendo a la vez", como cantaba El cazador de elefantes invisibles, y estremeciéndolo en un instante infinito con ambigüedad intencionada. Un instante infinito..."

Víctor, entonces, se forzó a sí mismo a pasar lo más presto que pudo por todas las fases que él suponía obligatorias en ese trance: se forzó a sentir miedo, porque lo iban a matar; a sentir rabia, puesto que se le robaba la vida injustamente; a sentir pena, recordando a su esposa, sus hijos; a esforzarse inútilmente por intentar huir y clamar venganza al cielo, con maldiciones y súplicas. Todo rápido, para agotar el menor tiempo del poco ya que le quedaba. Cuando terminó, se concentró entonces en alcanzar un instante infinito.

*

Simplemente, dejó ir sus pensamientos. El ruido del motor le pareció plácido y el maletero un nuevo útero acogedor. Como un bebé, se hizo ignorante del parto.

Escuchaba música: era real, parecía muy al vivo que procedía del exterior. Sonaba... una guitarra acústica, una eléctrica, ..., batería y bajo, claro, ..., un melotróne muy dulce..., voces de fondo haciendo coros..., y una voz partida y constante que se sinceraba. No había efectos sorprendentes ni cambios bruscos del ritmo. Pero le colmaba, porque era una melodía melancólica. En el umbral de la tristeza, pero sin alcanzarla.

Vio unos ojos sonrientes. Parpadean. Parpadean. Una mano le ha untado sus lágrimas por sus mejillas hasta hacerlas desaparecer. Las mejillas han llegado a la sequedad del consuelo.

Se acaba de despertar. Ha pasado un buen rato hasta que ha conseguido llegar a estar consciente. No lo manifiesta, ni siquiera se da cuenta, pero está sintiendo un enorme gozo pausado al contemplar empañado el cristal de la ventana del dormitorio. Se levanta de la cama, va hacia esa misma ventana, limpia parte con la mano y... ¡allí está! No se ve el verde del césped: todo es blanco de escarcha, y contempla más allá charcos. Él sabe, o espera al menos, que les cubran finas capas de hielo, para poder romperlas con su pie y chapotear. No es consciente, pero ese sentimiento le está calando hondo, muy hondo. El frío que ve contrasta con el calorcito agradable que siente en su habitación. Escucha pasos: viene mamá a vestirle y mandarle al colegio.

Acaba de pisar un caracol. ¡No! ¿Por qué? ¡Pobrecito! ¿Qué sufrimiento debe de estar padeciendo y cuán larga será su agonía? Una terrible agonía sin grito, sin voz ahogada. ¡Cuánto se arrepiente! No, un momento: ha visto al caracol, lo ha esquivado (menos mal).

¿Quién es esa? ¡Es Ángela! ¡Su hija! Víctor está viviendo todo el embarazo de Marta, día a día, el parto, la cuarentena, las noches sin dormir, los besos en los suaves mofletes blandos de su Ángela, sonrosados como un albaricoque: todos y cada uno de sus besos.

Ha reducido a medio segundo un año y medio completo; pero no aquel exacto año y medio, sino otro nuevo, con siestas placenteras, sin las discusiones amargas con Marta, que tantos llantos provocaron, sin la inquietud por perder su trabajo. Sonrisas le dan, sonrisas da. Ya no tiene Víctor treinta y dos años, sino treinta y tres y medio, más una infancia, cuarenta y uno y medio.

Siente un calor natural que le reconforta. El sol no le deja ver venir a Marta... ¡tan joven! Ve una silueta que se acerca, casi como un hermoso fantasma, una ensueño. Por eso, por un instante dentro de ese instante, ha descubierto la redondez de sus senos tras la transparencia de un vestido más erótico aún que aquellos. ¡Cómo ama a Marta! Ya está cerca. No lleva ese vestido, claro, va con vaqueros, una camiseta verde y siente su respiración cercana a él. ¿Por qué? ¡Ah! Le ha dado un abrazo de bienvenida. ¡Estupendo! Ahora se irán a besar. Ella quiere arrimar los labios. El cuerpo de Víctor tiembla de emoción: siente como si se elevase. Va a besarla, pero se cae. ¡Qué tontería! ¡Pero qué golpe tan doloroso! Un ruido muy fuerte. La sangre surte cálida, aborbotonada por el orificio de la bala. En la sien. El cuerpo de Víctor queda tendido en el suelo.

Alfonso Boláñez



PROMOCIÓN NAVIDEÑA

Quiero celebrar estas Navidades contigo con una promoción irresistible. Durante este mes de diciembre y hasta el 7 de enero de 2026, si adquieres *Amae pop blue* a través del correo amaepopblue@gmail.com, indicando el código VOCES ERRANTES, tienes:

- El ejemplar firmado con un 5% de descuento (gastos de envío incluidos en España).
- Un capítulo navideño extra.
- Si envías a ese mismo correo un pequeño texto de creación propia, narración o poesía, entras en un sorteo de mi poemario ¡Ah! - Novela lírica (las bases se indican por correo electrónico).

EL RINCÓN DE ALFONSO BOLANOS



DOS BAMBÚES

Verdes y anillados,
dos plantas de bambú
miradas frente a frente
y en medio una flor blanca.

Se cruzan en su base,
se enredan sus raíces,
se entrelazan, y se unen
y en medio una flor blanca.

Al fin se espiralizan,
zambullen en el aire
sus hojas, su respiro,
y en medio una flor blanca.

Estrella blanca en medio,
dio luz en su agonía,
agónico destino
en agua bendecida,
inmenso verde y blanco,
y anillos enfrentados:
bambú-es-en-uno,
novedad descubierta:
arraigados uno en otro,
y en medio una flor blanca.

SUEÑO INCONFESABLE

Sueño un muslo acariciante,
pálido rosáceo transparente
que acaece como inicio de una gloria,
y sobrepuja más allá, hacia la suavidad final.
Yo no sé si lamerlo o si llorarlo,
o si esperar su roce en tiempo eterno:
se me hace sólo piel, es superficie, -
es de textura inteligente.

MÁS ALLÁ

Más allá,
donde has ido
tú,
al que no hemos conocido.
Te viertes en eco,
te has hecho leve agitación que nos
conmueve.
Te viertes en eco
breve.

Allí queremos ir.
Nuestra jornada
se llena de derrumbes y finales.
(Bocanada mermada, hondonada).
Allí queremos ir.

SI...

Si escribir otra vez
por serme otra vez yo
(recuperar mi paciencia,
mis ojos alumbrados).

Si serme otra vez yo,
por entregarme entero:
así como era antes,
cómo era yo, pequeño.

Si entregarme entero,
por verte reluciente:
para acercarme a ti
completamente...

Alfonso Bolanos



LA ESCRITURA DE LO COTIDIANO

Por Xavier Sebastià



Ocurre que cuando nos proponemos escribir buscamos en el horizonte un tema original, una cuestión transcendental, una idea tal vez estafalaria o un planteamiento que se salga de lo que podríamos considerar como más común. Es posible que si algún experto escritor lee estas pocas palabras, se lleve las manos a la cabeza y planee incluso, espero que no sea el caso, abandonar esta lectura. Si tal suceso se produjera, no temáis; no es mi intención cabrarme lo más mínimo. La única condición, como diría mi querida abuela, es decir las cosas con educación. Al menos en eso quiero creer que estaremos todos de acuerdo; aunque ya sabéis que esto del consenso y también de la cortesía se está poniendo cada día más caro...

Mi currículum literario es humilde, ¿para qué os voy a engañar? Y tal vez una de las consecuencias positivas de ello es que no me avergüenza reconocer errores, falta de originalidad, o incluso ausencia de gancho literario. No voy a seguir con esta lista. Entenderéis que tampoco pretendo hundirme a mí mismo en la miseria; se trata de un derecho que doy por sentado que todos tenemos.

Pues bien, atendiendo a todo lo expresado, digamos que he reflexionado sobre la cuestión de que la mano que pretende escribir es algo así como el inventor que sueña con dar el campanazo con algo que nunca antes se le hubiera ocurrido a nadie. Aunque esto ya se encontraría más bien en la categoría de un bombazo, un cañonazo o un petardazo. Imagino que habréis podido comprobar que la carga bélica reinante es tan elevada que nuestro lenguaje, obligado a soportar nuestros ataques y bombardeos, se rearma también a base de sufijos poco amigables. Seguro que la violencia exterior, tal vez por efecto de la ósmosis cultural, termina por penetrar en nuestros poros, venas, arterias y, claro, al final también en nuestras mentes que dirigen nuestras manos escritoras.

Sucede que en esa búsqueda de la piedra filosofal con la que convertir nuestro texto en algo deslumbrante, enfocamos nuestra mirada a una distancia excesiva. Bueno, es una simple conjeta que estoy comenzando a construir... Tampoco se trata de ninguna teoría científica; no os vayáis a creer. Y claro, cuando dirigimos la vista a lo lejos, ocurre que aquello que nos rodea se pone borroso y nuestra mirada ya no es capaz de captarlo. Sería algo así como alguien que pretendiera observar el horizonte con las gafas de leer puestas. ¡Claro, un auténtico desastre!

Lo mismo ocurre, sigo de nuevo con mi hipótesis, si deseamos los temas cotidianos cuando se trata de permitirles el "ascenso" a la categoría de tema-sobre-el-que-expresarnos-sobre-todo-si-es-por-escrito.

Parece que a la hora de escribir no sea de lo más elegante hacerlo sobre el gato que veo desde mi ventana, o acerca de la florecilla que termina de caer a mis pies bajo el árbol en el que me cobijo, o acaso del niño que llora desconsoladamente porque el helado, lo más importante de su corta y en ese preciso instante trágica vida, se le ha resbalado de las manos.

El gran Joan Manuel Serrat en su canción "No hago otra cosa que pensar en ti" dice:

♩ Busqué, mirando al cielo, inspiración
y me quedé colgado en las alturas.
Por cierto, al techo no le iría nada mal
una mano de pintura ♩

Pues eso, que a veces tampoco es necesario volar a una gran distancia en el cielo para de pronto descubrir que podemos hablar sobre algo que nos queda mucho más cerca y, eso sí, que necesita como mínimo de unas palabras para que no pase desapercibido. Así que, he encontrado mi piedra filosofal. Y he comprendido que tan solo se trata de seguir, de persistir, de partirnos los brazos para no dejar de escribir. Serrat no dejó de hacerlo mientras buscaba su inspiración porque sin lugar a dudas si lo hubiera hecho, no la habría alcanzado y por consiguiente nosotros no habríamos disfrutado de su música.

La importancia de lo que expresemos la darán o quitarán nuestros lectores si en algún momento se deciden a detenerse frente a nuestras palabras.

Xavier Sebastià

EL JARDINERO DE RECUERDOS

Por David Sancho



Elías llamaba a su invernadero "el sanatorio de la memoria". Era una construcción modesta, un esqueleto de aluminio y cristal adosado al lateral de su casa de campo, pero dentro albergaba un tesoro que desafiaba la lógica botánica. En el centro exacto, sobre un pedestal de roble que él mismo había tallado, crecía la Memoriae vivens, o como prefería llamarla en la intimidad de sus pensamientos: "Sara".

No era una planta espectacular. Sus hojas eran de un verde ceroso y sus tallos se entrelazaban en una espiral perezosa. Elías, un botánico jubilado, había dedicado la última década a su creación: un híbrido imposible que no se alimentaba solo de luz y agua, sino de recuerdos. Su funcionamiento era tan delicado como extraordinario: la planta absorbía una impresión neuronal a través del tacto y, durante las siguientes veinticuatro horas, una de sus yemas se abría en una flor fosforescente. La flor no tenía pétalos, sino que proyectaba en su corola una imagen tridimensional, silenciosa y etérea: el recuerdo más vívido de la última persona que la había tocado.

Desde que su esposa Meritxell falleció hacía dos años, Elías solo tocaba la planta una vez a la semana. Cada domingo, al atardecer, entraba con la solemnidad de un cirujano y posaba la yema de su dedo índice sobre una hoja. Y cada lunes, la planta le devolvía el mismo regalo: la imagen de Meritxell, veinte años más joven, riendo a carcajadas en la playa de Bolonia, con el pelo alborotado por el viento y los ojos brillantes de sol y vida. Era un recuerdo tan nítido que casi podía oler el salitre. Para él, esa flor no era una imagen; era un ancla.

Aquella mañana de martes, sin embargo, la rutina se hizo añicos. Elías entró en el invernadero con su regadera y se detuvo en seco. Sobre el pedestal, una nueva flor se había abierto. No era su flor. No era su recuerdo.

El corazón le dio un vuelco sordo. Se acercó con un temor reverencial. La imagen que flotaba en el corazón de la flor era de una nitidez sobrecogedora: las manos de un niño pequeño, regordetas y con hoyuelos en los nudillos, tratando de atrapar una mota de polvo que bailaba en un haz de luz. Era un instante de una pureza absoluta, un momento tan íntimo y universal que dolía. Pero no era su recuerdo. Meritxell y él nunca habían tenido hijos.

Un escalofrío le recorrió la espalda. Alguien había entrado en su santuario. Su primer instinto fue el de un hombre invadido. Salió y examinó la puerta: el simple pestillo de hierro estaba intacto. La lluvia nocturna había borrado cualquier huella. La invasión no había sido violenta, sino sigilosa como la niebla.

Volvió a entrar, incapaz de apartar la vista de la flor. La palabra "profanación" le arañaba la mente. Aquella planta era la última conversación que le quedaba con Meritxell, y ahora una voz extraña se había colado en la línea. Sin embargo, mientras observaba la imagen, no podía odiarla. Había una belleza sobrecogedora en la escena, en la concentración absoluta de un ser que aún tenía la capacidad de asombrarse por lo minúsculo.

Un ruido metálico le sacó de su trance. Por los cristales empañados vio un camión de mudanzas junto a la casa de los Miller, vacía desde hacía años. En el porche, una mujer joven de pelo oscuro gesticulaba. Y entonces lo vio. Un niño pequeño, que no tendría más de cuatro, correteaba por el jardín descuidado persiguiendo una mariposa.

La conexión fue instantánea. Tenía que haber sido él. Se lo imaginó, escapando de la supervisión de su madre, atraído por el invernadero, empujando la puerta que a veces olvidaba cerrar... y tocando lo único que no debía ser tocado.

La rabia inicial se transformó en algo más complejo. Observó a la mujer llamar al niño por su nombre, "Leo", y vio cómo este corría a abrazarse a su pierna. Una familia joven, un nuevo comienzo. Y ellos, sin saberlo, habían llegado para perturbar el final del suyo. Elías se retiró de la ventana y volvió a mirar la flor de Leo. Fue entonces cuando lo comprendió: había convertido su invernadero en un mausoleo, y a la Memoriae vivens en la guardiana de una reliquia.

Había pasado los últimos dos años cuidando un solo momento congelado en el tiempo, mientras la vida, ruidosa y caótica, seguía fluyendo justo al otro lado de la valla. Quizás un recuerdo no está hecho para ser embalsamado, sino para ser reemplazado por una nueva vida. No se puede vivir para siempre en los recuerdos.

Con una lentitud que le sorprendió, extendió una mano temblorosa y, con la punta de los dedos, rozó la flor del niño. La imagen se desvaneció en una suave lluvia de luz. El pedestal quedó vacío. Por primera vez en dos años, no había ningún recuerdo floreciendo en el invernadero. Y en lugar de pánico, Elías sintió una extraña paz, una resignación que era casi un alivio.

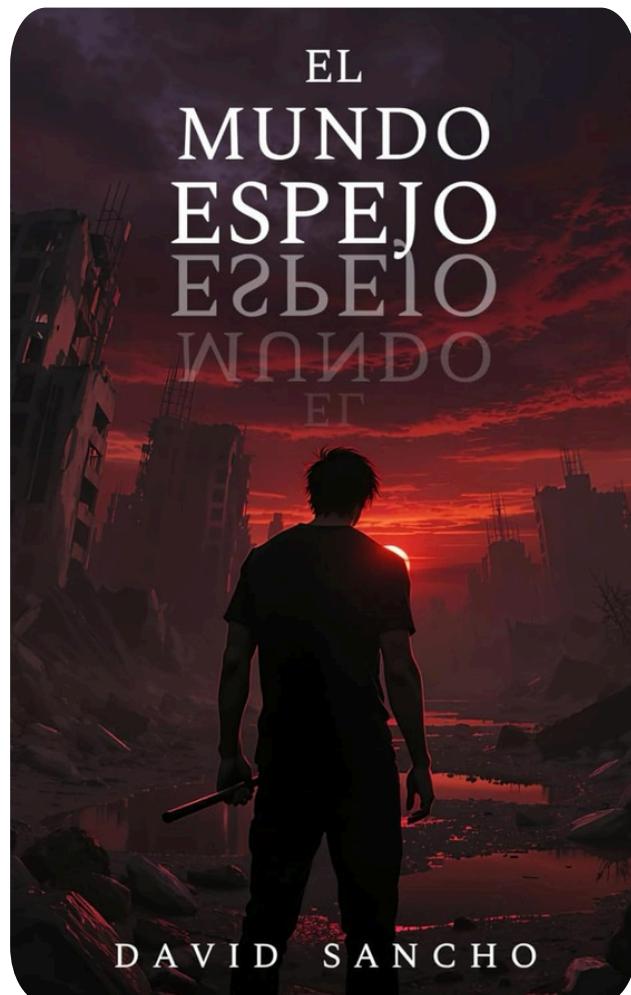
Esa noche, la cena se le quedó fría. Sentía una opresión sorda en el pecho, un cansancio antiguo que no tenía que ver con el esfuerzo, sino con el peso del tiempo. Comprendió, sin miedo, que algo dentro de él había decidido que ya era suficiente.

Se acostó sin oponer resistencia a esa fatiga que le reclamaba, cerrando los ojos al mundo. Y entonces, soñó.

No fue la imagen silenciosa y etérea del invernadero. Era la playa de Bolonia, pero esta vez podía sentir la arena caliente bajo sus pies y el sabor a sal en sus labios. Meritxell estaba allí, de pie junto a la orilla, y su risa no era un eco mudo, sino un sonido vibrante que llenaba el aire. Se giró hacia él, con los ojos brillantes, y le tendió la mano. No la imagen de una mano, sino la suya, cálida y real.

Y Elías la tomó, sintiendo cómo el peso de los años, del invernadero y de la soledad se disolvía como la niebla al amanecer. Había recuperado su recuerdo. Y esta vez, florecía en un lugar donde nadie, nunca más, podría arrebatarlo.

David Sancho





EL RINCÓN DE LUCIAN THORNVEIL

Las luces del número 24

La nieve caía lenta, hipnótica, sobre las casas del vecindario de Brooksville. Eran las siete de la tarde del 24 de diciembre de 1986, y casi todas las ventanas de la calle Green Street resplandecían con luces de colores, árboles cargados de adornos y villancicos que se colaban por las rendijas.

Todas, menos una.

La casa número 24.

No era que estuviera abandonada. Tenía cortinas, un buzón, y un coche Ford azul oscuro estacionado frente al garaje. Pero las luces navideñas del porche permanecían apagadas.

Y, según los vecinos, nunca nadie había visto entrar o salir a sus ocupantes.

1. Una llamada fuera de lugar

Margaret Hughes se frotó los brazos, tiritando. Había estado colgando las guirnaldas en la ventana del salón cuando el teléfono sonó. Su esposo, Daniel, aún no regresaba del turno en la emisora de radio, y su hijo Brian estaba en la habitación, absorto en su videoconsola Atari.

—¿Hola? —respondió ella, con la voz temblorosa, mientras el viento golpeaba los cristales.

Al otro lado, una respiración. Lenta. Cercana.

—¿Quién habla? —insistió, con una mezcla de enfado y nervios.

—...Están encendidas otra vez —dijo una voz masculina, apagada, como si hablara desde el fondo de un túnel.

—¿Perdón?

—Las luces. Las del número 24.

Y colgó.

Margaret se quedó quieta, con el auricular en la mano. Miró por la ventana. Frente a su casa, el número 24 estaba tan oscuro como siempre.

“Algún bromista”, pensó, aunque su estómago se encogió. Volvió a colgar, pero no pudo apartar la vista de aquella fachada sin vida.

2. El pasado que vuelve

Daniel llegó poco después, con los mofletes rojos del frío y una bolsa de pan bajo el brazo. Cuando ella le contó lo de la llamada, él soltó una risa seca.

—Debe de ser Jim, del trabajo. Tiene un sentido del humor enfermizo.

—No sonaba como él. —Margaret lo observó mientras se quitaba el abrigo—. Decía algo de las luces... del número 24.

Daniel se detuvo un segundo. Muy breve. Pero ella lo notó.

—¿Qué pasa? —preguntó, frunciendo el ceño.

—Nada. Solo... no sabía que esa casa tenía luz.

—Ni yo. Siempre está apagada.

Daniel cambió de tema enseguida, se acercó al tocadiscos y puso un vinilo de “White Christmas”. Pero mientras la canción llenaba la habitación, Margaret notó algo distinto en su marido: una rigidez en los hombros, un tic en la mandíbula.

Como si hubiera recordado algo.

3. El resplandor azul

A medianoche, cuando el reloj del pasillo marcó las doce, Margaret despertó sobresaltada.

Una luz azulada parpadeaba detrás de las cortinas del dormitorio.

Se levantó y se asomó.

El número 24 brillaba con una cadena de luces navideñas que danzaban en la oscuridad, intermitentes, perfectamente alineadas a lo largo del tejado y las ventanas. Pero no había nadie afuera. Ningún coche, ninguna silueta. Solo el resplandor artificial sobre la nieve recién caída.

Sintió un escalofrío y bajó las escaleras para asegurarse de que la puerta estuviera cerrada.

Entonces lo oyó.

Un leve clic.

El teléfono.

Temblando, descolgó.

Silencio.

Y luego, una voz femenina, apenas un susurro:

—Margaret... apaga las luces.

La línea murió.

Cuando volvió a mirar por la ventana, el número 24 estaba otra vez a oscuras.

4. El nombre prohibido

A la mañana siguiente, Daniel negó haber visto nada. Pero el cansancio en su mirada lo delataba.

—Marge, te estás dejando llevar por el estrés. —Intentó sonreír—. Esta época del año siempre te pone nerviosa.

—¿Y qué hay del teléfono? ¿De las luces?

—Tal vez fueron unos chicos. —Se encogió de hombros—. O una interferencia.

Ella no insistió. Pero mientras él hablaba, su vista se desvió hacia una fotografía sobre la repisa de la chimenea: Daniel, sonriente, junto a un hombre de cabello oscuro. Ambos con uniformes de bomberos.

La foto estaba algo borrosa, pero el nombre en la insignia del compañero se leía con claridad: "G. LEE".

Margaret frunció el ceño. Ese apellido le sonaba. Lo había escuchado hace años, en una conversación entre vecinos.

El número 24 había pertenecido a una familia Lee. Hasta aquella Navidad de 1978. La noche del incendio.

5. El eco de las llamas

Esa tarde, Margaret se acercó a la biblioteca municipal, disimulando su curiosidad. Buscó los periódicos antiguos.

Y ahí estaba: "Tragedia en Green Street. Familia muere en incendio la noche de Navidad."

La nota mencionaba a George Lee, bombero retirado, su esposa Carol, y su hija pequeña, Emily.

El fuego había comenzado, según el informe, por un cortocircuito en las luces del árbol.

La única persona que había llegado antes de los demás bomberos, según los registros: Daniel Hughes.

Margaret sintió que la garganta se le cerraba.

El artículo decía que el fuego fue tan intenso que apenas quedaron restos. Pero lo que la heló fue el último párrafo:

"Se reportan testigos que aseguran haber visto luces intermitentes en la casa incluso días después del incendio, aunque el lugar estaba vacío y sin conexión eléctrica."

6. Confesiones a medias

Esa noche, mientras Brian dormía, Margaret interrogó a Daniel.

—Tú estuviste allí. —Su voz era un susurro contenido—. La noche del incendio. La casa del número 24.

Daniel se quedó inmóvil. Luego, muy despacio, asintió.

—Sí. Pero no fui el culpable, Marge. Ya estaba en llamas cuando llegué.

—¿Por qué nunca lo dijiste?

—Porque no serviría de nada remover eso. —Se sirvió un trago de whisky—. George era mi compañero... y también mi amigo. Pero lo que pasó esa noche fue... raro. El fuego no se comportaba como un incendio normal. Las luces... seguían encendidas, incluso cuando las paredes ya se caían.

—¿Y la familia?

Daniel bajó la mirada.

—No encontramos los cuerpos.

Margaret retrocedió un paso.

La música del tocadiscos, olvidada, empezó a sonar sola, repitiendo el estribillo: “I’m dreaming of a white Christmas...”

Pero la aguja saltaba, una y otra vez, sobre la palabra “white”, convirtiéndola en un zumbido mecánico.

7. Voces entre las luces

A medianoche volvió a suceder.

Las luces del número 24 parpadearon otra vez, más brillantes que nunca.

Margaret se asomó con el corazón golpeándole las costillas. Entre los destellos creyó ver sombras moviéndose dentro, como figuras que se desplazaban por un salón invisible.

Daniel corrió hacia la ventana.

—¡Apártate! —gritó, pálido.
—¿Qué es eso?
—No mires, por Dios. No mires.

Pero ella ya lo había visto.
Una silueta infantil, pequeña, de cabello corto, se dibujaba en el marco de una ventana del número 24.
Y sonreía.

8. El visitante

Al día siguiente, Daniel desapareció.

Margaret llamó a la emisora de radio, a la policía, incluso a los hospitales. Nadie sabía nada.
En la mesita del teléfono, solo halló una nota escrita con su letra apresurada:

“Si llaman otra vez, no contestes.
Si ves las luces, no salgas.
Cuida de Brian.
D.”

Esa noche, la nieve cubrió la calle entera. El silencio era absoluto.
Hasta que el teléfono volvió a sonar.

Con la garganta seca, Margaret descolgó.
—Daniel... ¿eres tú?
Del otro lado, una voz infantil, dulce, distorsionada por la electricidad estática:
—Señora Hughes... mi papá dice que venga por nosotros.
—¿Quién habla?
—Emily.

El corazón de Margaret se detuvo un segundo.
El nombre.
Emily Lee.

La línea se llenó de un chasquido, y luego de un sonido eléctrico, como un zumbido de luces fundiéndose.

9. El cruce

Al amanecer, los vecinos de Green Street vieron humo salir del número 24.

La policía llegó rápido, pero no hallaron fuego alguno. Solo un olor a cable quemado y a pino chamuscado.

En el suelo del salón, hallaron una cadena de luces navideñas, perfectamente enrollada... y un trozo de papel carbonizado. Apenas se distinguían las letras, pero se alcanzaba a leer:

“...no debí volver...”

Esa misma tarde, el coche azul de los Hughes apareció vacío, estacionado frente a la casa. Nadie vio salir a nadie.

Margaret y Brian nunca regresaron.

10. Epílogo

Pasaron los años. Green Street cambió, pero el número 24 siguió igual: una casa apagada, intacta, con un aire de quietud imposible.

Cada Nochebuena, algunos vecinos dicen ver un resplandor azul filtrándose entre las rendijas, y juran escuchar risas de niño mezcladas con los villancicos que vienen del viento.

Y, a veces, cuando el teléfono suena en mitad de la noche, una voz calma, casi familiar, susurra:

—No olvides apagar las luces.



Lucian Thornveil



¿No os vale la paz? por Daniel García Martín

Se viene la oscuridad.
Resisten los resquicios de los fuegos,
ensordece el reventar de los obuses
en mil esquirlas asesinas.

Aún se oye el crujir
de los edificios en ruinas,
el crepitar del fuego
en los escombros de las casas,
los gemidos de los heridos,
el silencio de los muertos,
los llantos de los padres,
los llantos de los hijos,
llantos, sólo llantos.

Huele la pólvora en el aire,
se revuelve con la sangre,
los pútridos cuerpos
con el hedor de la muerte,
de las vísceras al aire,
y moscas, miles de moscas
como escualos que flotan
en busca de carnaza.

Un disparo furtivo
silba entre el silencio sepulcral
que invade el crepúsculo.
Alguien habrá caído
fulminado por ese proyectil
asesino del 7,62.

Es contradictorio,
pero la oscuridad es reposo,
es descanso en la intensidad
que se revuelve en las mañanas.

Despertaré mañana,
o no, puede que no,
pero si despierto mañana,
volverá el frenesí de la muerte
a sobrevolar las cabezas,
las de todos.
La muerte es democrática,
no distingue, no vacila,
Viene con su guadaña
y no pregunta,
no hay catálogo a elegir.
Es la muerte la que te elige.

Curiosa distinción disléxica
muerte por suerte.
Hoy la suerte elige,
eres muerte o eres vida.

Y el enemigo a lo suyo.
Más obuses, más drones,
más proyectiles, más cohetes.
Y los vivos, resistiendo.

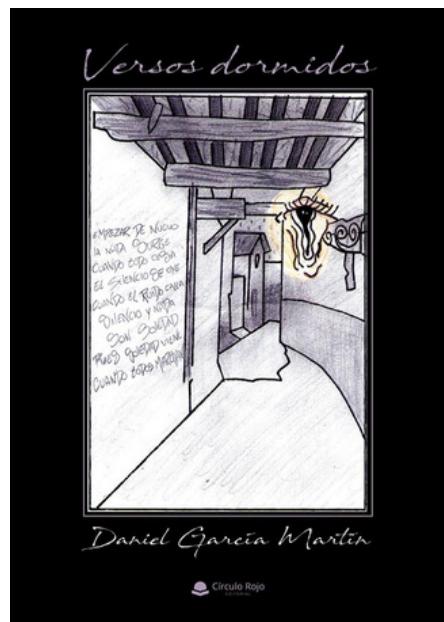
¿Y la paz?, ¿qué es de ella?
La paz viene como la felicidad.
Fugaces momentos,
lucí fugos segundos,
en los que sentir
que el corazón se reconforta,
abrazarnos, amarnos,
sentirnos, vivirnos.
¿Y la paz?.

Hoy no está,
no se la espera.
Somos peones en manos
de locos que la desprecian,
ansiosos de poder y muerte.
Maníacos inmundos
que manejan el tablero
al antojo de los fuertes.

Paz, invádenos, entiérranos
en tu abrazo de misericordia.
Sopórtanos, élévanos
y danos el descanso que merecemos.
Ven, quédate,
apaga los fuegos de la guerra,
disipa los hedores que dejaste.
Devuélvenos a los muertos...
No, ipobre!, no puedes,
eso no puedes.
Ha sido el precio pagado
a los locos infames que vinieron.

Y a los que vendrán,
¿no os vale sólo la PAZ?

Daniel García Martín





El rincón de Toñi Magdalena

Este cuento forma parte de la antología "Palabras al aire" cuyos beneficios de la venta irán íntegramente para la asociación Espartinas Ciudad Abierta (ECA), asociación creada para defender y promover la inclusión de las personas con diversidad funcional.

El Acecho

Según el diccionario de la RAE acechar es observar, aguardar cautelosamente con algún propósito. Cuando una persona repetidamente observa, sigue, o acosa a alguien, haciéndole sentir temor o inseguridad, también es acecho. Esto puede ser por alguien que conoces, una expareja, un vecino o un extraño.

El acecho es el contacto repetido que te hace sentir acosada o con miedo. Alguien te puede acechar si te sigue o te llama con frecuencia. Pueden acecharte o puedes acechar.

Esas eran las definiciones reglamentarias pero si yo tuviera que explicar la mía sería definiendo acecho con un nombre propio: Jacinto Miralles de la Cruz.

Vecino del bloque de edificios que se situaba frente al mío, nos separaba poco más que una piscina de 10 metros cuadrados y una pequeña cancha de pádel enmarcados sigilosamente por un parque infantil aún poco frecuentado pero que prometía estar utilizado en unos años.

Es lo que tienen las modernas urbanizaciones, te aíslan del mundo exterior para que vivas otro paralelo dentro de la muralla construida con pisos perfectos.

Familias acomodadas que pagan una verdadera fortuna por vivir en un piso de 80 metros cuadrados y vistas a zonas comunes ajardinadas.

Me había costado emplearme a fondo en el ahorro, pedir un préstamo que tendría de por vida y arruinar a mis padres que ya habían conseguido situarse en el universo de la tranquilidad burguesa. A pesar de todo eso yo estaba emocionada, formaba parte del pequeño grupo privilegiado que tenía piso en propiedad.

El problema de todo esto es cuando al gran socavón económico le sumas que tu terraza de 2 m de espacio, esa que te iba a permitir relajarte mirando como juegan al pádel en la urbanización se sitúa muy enfrente de otra cuyo propietario tiene como hobby principal observar a los vecinos.

Al principio fue casi como un juego, comprobaba sonriendo a través de los visillos de la cocina como un hombre joven y atractivo miraba sin disimulo mis ventanas pero me atraía su interés y misterio y eso no dejaba paso a ningún tipo de sospecha.

Guapo, morenazo de pelo largo que a veces se recogía con un moño alto muy tirante. Eso le dejaba ver unos ojos verdes que abrumaban y mareaban al mismo tiempo. La mandíbula pronunciada, muy masculina, muy definida. Se notaba a distancia una maravillosa piel cuidada y bronceada que envolvía una espalda y hombros anchos. No excesivamente musculoso pero con un cuerpo que mareaba solo con mirar a través de la ventana.

Sus abdominales marcaban un antes y un después en mis sueños lujuriosos pensando en descifrar minuciosamente con mi dedo meñique cada pliegue de su torso y algo más.

Él disfrutaba observando el vecindario, yo moría de placer observándole a él.

Siempre al acecho, me escondía detrás de las cortinas del salón para poder controlar sus movimientos incluso jugaba con mi mano y hacía un pequeño prismático que aliviaba los síntomas incipientes de astigmatismo para distinguir todo mejor.

No soportaba cuando veía como sus nuevas conquistas irrumpían en su vida, menos mal que duraban poco y enseguida, después de tres o cuatro meses de aventura apasionada, desaparecían de su vida casi tan rápido como entraban.

Mi mundo se estaba convirtiendo en el suyo, el aún no lo sabía pero yo era la mujer de su vida y la futura madre de sus hijos.

Me producía cierta ansiedad cuando mi trabajo no me permitía estar en casa y controlar al espía ahora espiado. Por eso, y gracias a un primo experto en seguridad, conseguí unas cámaras que situadas estratégicamente, desde mi cocina y terraza, podían vigilar todos los movimientos de mi queridísimo y adorado vecino.

Conectadas a mi móvil podía, aun no estando en casa, disfrutar del baño de sol en su terraza y cómo no de las veces que apoyaba sus musculosos antebrazos en la barandilla para poder observar mejor todo el vecindario que se situaba justo enfrente de sus ojos. ¿Os he hablado ya de sus ojos?

Recuerdo la primera vez que le vi muy cerca, en el supermercado de la esquina, justo detrás de mí en la fila de la caja 2. Algo de mi compra se juntaba con la suya y él muy amablemente la movió y acercó, yo miré hacia arriba para comprobar quién era el portentoso y alto dueño del brazo que facilitó el acercamiento y descubrí los ojos verdes más profundos que nadie podía imaginar. Me puse tan nerviosa y acalorada que el yogur de coco se quedó aplastado en mi mano, rompiendo la tapa y el envase haciendo que algo ya poco utilizable, mientras yo seguía ensimismada dejándome llevar por la profundidad de esa mirada.

Lo remató con una sonrisa amable de medio lado por lo que el calor que noté en mi cara sonrojada comenzó su camino de bajada hasta esos lugares de los que muy pocos aún habían disfrutado. Dije muy pocos cuando tenía que haber dicho que era una zona inexplorada todavía, con ganas de recibir pero sin ningún visitante.

Eso me obsesionó lo suficiente como para no dejar de estar pendiente ya el resto de mi vida de todo lo que rodeaba a ese adonis de la manzana 3 de esta nueva urbanización.

El problema vino algo después, dejó de acechar al vecindario, se olvidó de mirar desde su terraza a todos los demás y empezó a controlar su propio yo y la rubia que había conocido en la piscina, esa del atico2 que llegó la última semana de enero.

No la soportaba, algo me dijo que no me iba a gustar, esa especie de sexto sentido que nos avisa a veces. No soportaba su olor a jazmín, a limpio, odiaba su olor a ropa recién lavada sin suavizante como los buenos ecologistas. El pelo siempre impoluto y perfectamente peinado como si de una estilista de categoría dispusiera todos los días en su casa.

La forma de vestir me descomponía, siempre perfecta, hasta para bajar a la sala de gimnasio de la urba.

Creo que la empecé a odiar ya antes de conocerla. Pero él no, él la adoraba. Mi adorable vecino de enfrente, el gran mirador, del que yo me escondía tras los visillos de la cocina, ese guapo y dueño de mis sueños lujuriosos, se había enamorado.

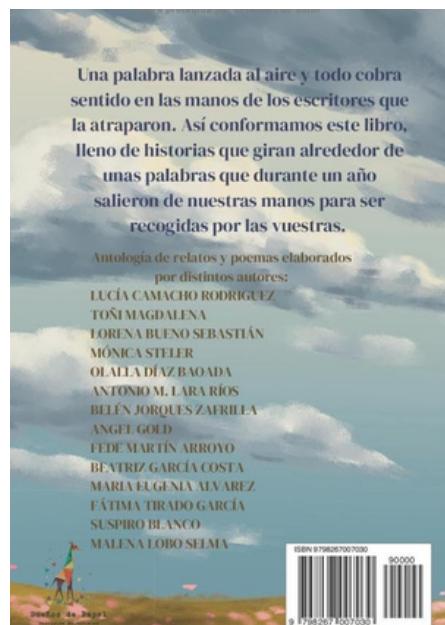
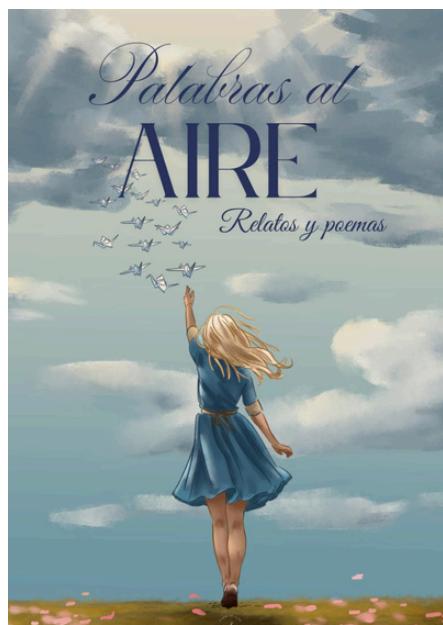
¿Y yo? ¿Qué pasaba conmigo? ¿Dónde quedaba mi sueño de esa familia juntos? ¿Dónde quedaba el acecho constante al que le estaba sometiendo desde hace un par de años? ¿Dónde quedaba yo?

Me estaba afectando mucho todo esto y repercutía en mi forma de vivir, no conseguía dormir lo que producía una obsesión por seguir buscando formas fáciles o no de espiar su casa y el entorno. También, por qué no, a la rubia productora de todo mi desasosiego.

Estuve buscando maneras para espiar a distancia, más cámaras también para la rubita me salía demasiado caro, imposible ese presupuesto. La solución sería mantenerme despierta todo el tiempo y vigilar el momento exacto de la salida de la pareja. Comprar una pistola pequeña CZ salía más barato, esperar tranquila, siempre al acecho y disparar sin contemplaciones a la parejita para acabar con la preocupación.

Salía más barata una pistola que un nuevo equipo de espionaje.

Toni Magdalena



<https://www.amazon.es/Palabras-aire-Antolog%C3%A3Da-relatos-poemas/dp/B0FSZV7585>

El rincón de Toñi Magdalena

Cuentos y relatos
"Te lo cuento bajito"



Pastelería Elisa

El rótulo y sus letras corpóreas dejaban adivinar toda una vida a la intemperie. «Pastelería Elisa», decía. La puerta de entrada dividía en dos un pequeño escaparate que seguía, como siempre, lleno de bollos recién hechos: suizos, palmeras de chocolate (negras y blancas), tejas, milhojas con su merengue creciendo aún entre sus capas de hojaldre, bayonesas y ya, también por la época, polvorones o fruta escarchada. El marido de Elisa, un señor entrado en años tanto como en carnes, saludaba con entusiasmo a la entrada. —¿Qué desea la señora? —Entre uno de los mostradores y parte de una vitrina forjada en madera, decapada por las lijas del tiempo, servía con amabilidad los caprichos típicos de una tarde de compras.

Elisa permanecía a un lado del mostrador contiguo, ya muy cerca de la escalera, que daba entrada a su vivienda, la zona más privada que ella siempre ocultaba. Se adivinaba el horno donde cocinaba a diario desde hacía mucho, mucho tiempo, las maravillas que se mostraban. Casi sin esperarlo, se acercó a nosotras y nos ofreció una guinda con licor.

—Tómense una guinda, aquí conmigo, van a ver el sabor tan increíble y fresco.

Y probamos todo lo que nos ofrecía, degustando placeres anclados en una niñez feliz, sonriendo con el corazón todo lo vivido hasta entonces y agradeciendo con gestos y amabilidad todas las atenciones. Además, compramos algunos dulces más para los chicos, como esos lacitos de hojaldre que tantos recuerdos nos traían a todos, y las frutas escarchadas que parecían sacadas de un gran arco iris con sus colores brillantes.

Salimos felices con nuestra maravillosa compra, quisimos guardar las bolsas en el maletero y, justo al acercarnos al coche aparcado, recordamos que no nos habían dado las vueltas del pago y al volver la vista hacia la tienda... estaba, sí, pero abandonada, cerrada hacía años, medio derruida con escombros. No había dulces en sus escaparates sucios con cristales rotos, y la puerta de acceso, tapada con periódicos viejos, dejaba solo libres los manillares oxidados por el tiempo. Ante nuestro asombro, sí seguían en nuestras manos los maravillosos dulces y aún teníamos en la boca el fuerte sabor de las guindas.



Jimena

Jimena no deseaba volver a casa demasiado pronto. El sitio donde vivía ahora no era cómodo ni un lugar que le transmitiera la tranquilidad que necesitaba después de todo lo sucedido. Como todas las noches, después del trabajo, esperaba con impaciencia el autobús, pero no para llegar temprano a su destino, sino para dar vueltas y vueltas por el largo trayecto de ese 145; era la línea que más recorrido hacía y la que llevaba casi a cualquier rincón de la ciudad. Además, ese diciembre habían financiado con el doble de presupuesto la colocación de las luces navideñas y la ciudad se llenaba de esa claridad que a Jimena le venía tan bien ahora.

El frío cada vez se notaba más y la parada no tenía ningún rincón donde poder resguardarse, así que esperaba encogida dentro de su abrigo sin que pudiera nadie ver ni, con mucha imaginación, adivinar sus ojos bajo el gorrito de lana, o sus manos dentro de los gigantes bolsillos, esos que ayudaban con su gran capacidad a esconder unas manos desgastadas por la vida.

Por fin apareció el bus y, rápida, subió las escaleras para ser la primera en sentarse justo detrás de la persona que lo conducía. Era él de nuevo y pudo confirmar que no eran las luces de Navidad las que daban brillo a su existencia en ese momento; era él, disfrazado de ilusión, el que conseguía que todo tuviera de nuevo un bonito sentido manejando el vehículo, pero también, desde hacía un tiempo, su vida y las ganas de vivirla.

Mateo, el plancha

Mateo el Plancha no madrugaba en exceso, pero jamás faltaba a su cita en la ferretería familiar. La señal inequívoca de su establecimiento abierto no era un frío cartel, él ponía su cesto de mimbre colgado de la escarpia que sobresalía en la viga de entrada. Con el cesto colgado, sabíamos que estaba abierta la tienda donde el Plancha tenía todo lo que se pudiera necesitar. Estantes e infinitos cajones se encontraban distribuidos por todo el frontal de la tienda, detrás de ese enorme mostrador de madera de pino envejecido. Las irregularidades de sus vetas seguían transmitiendo ese olor especial a nostalgia. Ahí tenía de todo, y si no es que no existía.

Mateo se clasificaba como un inventor especial, podía con algo inservible elaborar un utensilio que justo era el que necesitabas en ese momento. Su mujer era conocida por «una lleva y trae»: tú le contabas cualquier cosa y ella ya se encargaba de proclamarlo.

Felisa y el Plancha no tuvieron hijos, pero les encantaban los niños, por eso llenaban el famoso cesto de mimbre – ese que situaban como señal a su entrada– con muchas chuches, y cuando el cesto era descolgado para indicar el cierre de la tienda, lo dejaba sobre el banquito de la entrada.

Allí, mientras él recogía y Felisa colocaba las fundas de protección en el enorme mostrador, se acercaban muchos niños del pueblo a recoger su dulce especial.

El espacio fue cambiando, pero no la ferretería del Plancha que ahí seguía siempre.

Y a él lo vimos pasar, de ágil y dispuesto, a anciano maduro que, lento, colocaba ahora en soledad las fundas con las que Felisa protegía sus ensueños. A Felisa le llegó su hora, pero Mateo nunca olvidaba colocar alta la cesta de mimbre al abrir la tienda y descolgarla cuando la cerraba, siempre llena de caramelos y dulces. Él siempre decía que era Felisa que, desde el cielo, llenaba el cesto con mimos y abrazos que al llegar a la Tierra se convertían en chuches especiales.

El Plancha ya ha cerrado definitivamente su ferretería, pero todas las Navidades encontramos el cesto de mimbre apoyado en el banco de madera de la entrada y llenito de dulces y chocolates, ahora ya duplicado de amor y cariño.

Toni Magdalena

Concurso/Sorteo “Versos Dormidos”

Ya tenemos ganador del concurso/sorteo de Daniel García Martín.

Nuestro ganador es: Alexis González Páez



Travesía

Caminé las mañanas enquistadas
en la búsqueda esquiva
de las pretensiones y las ramas,
intentando subirme en cada lápiz.

Dejando atrás la queja equivocada
en el intento sinuoso
de tachar las palabras del atraso,
vistiendo mi pena en cada hoja.



Seguí cosechando tinta y borrones
en la obstinación sana
de que la letra arropa cada desvelo
protegiendo las rayas de tus piernas.

Llegué al final de cada noche
complacido con el desorden de las rimas
y el lenguaje sucio de los cuadernos,
bebiendo de tus huesos, mientras escribía.

Quedé en paz con los garabatos
que hablan de sudores,
declarando la guerra al tiempo
con el único manuscrito de tu risa.



Entrevista a Alexis González Páez



Cuéntanos un poco sobre ti. ¿Cuándo descubriste tu pasión por la escritura y la poesía?

Tengo la convicción que con esa pasión se nace, al desandar el camino descubrimos, cuándo somos capaces de escribir con «descaro». La adolescencia más temprana marca los primeros vaivenes a que nos enfrentamos, fue en ese instante que mi poesía -muy mala, en aquel entonces- me sobrevino como un bálsamo de expresión. Disfrazada de pena fue cogiendo forma y ganando espacio a la timidez. No en balde, suelo repetir en mi último poemario «Hacer el mal» aquello que la define según mis cánones, «La poesía es el alma de las cenizas silentes».

¿Te dedicas exclusivamente a escribir o lo combinás con otra actividad?

Suelo combinarlo con mi profesión, trabajo hace casi treinta años de médico, siendo Especialista en Anestesiología, Reanimación y Tratamiento del Dolor. La escritura es la esencia de mis propias fascinaciones.

¿Planificas las temáticas de tus poesías/libros (mapa) o te dejas llevar y escribes lo que te fluye (brújula)?

Indistintamente. Los dos últimos poemarios han sido temáticos. En «La Habana maltratada» el título habla por sí solo, mientras que en «Hacer el mal» intento desmitificar todos esos versos edulcorados que, en ocasiones, no reflejan las penurias del día a día. Sin embargo, en mis primeros poemarios «Una tarde con Bukowski» e «Historia de una erección» la anarquía se apoderó de ellos y marcó sus propios destinos. Digamos que mi escritura lleva esa estructura necesaria, pero también la suficiente cuerda para que personajes e historias, se rebelen sin desentonar.

¿Cuánto tiempo llevas escribiendo?

Pudiera decirse, en el mismo instante que aprendí a escribir. Cosas sueltas e inconexas en los inicios y algo más «presentable» en los últimos tiempos. Me recuerdo desde siempre, con un lápiz y un folio en la mano, una libreta de apuntes o cualquier trozo de papel.

¿En qué te inspiras a la hora de escribir? ¿Qué te mueve?

Esta es la pregunta del millón, no creo que muchos podamos identificar una fórmula. Mi poesía es desenfadada, contradictoria y maloliente, muy bukowskeana en su concepción, pero un verdadero crucigrama en la elaboración. Mi narrativa es un thriller que se acerca a la novela negra, pero con importante denuncia social.

¿Tienes algún libro publicado? Háblanos un poquito sobre él.

STengo publicados dos poemarios «Una tarde con Bukowski» e «Historia de una erección» y participado en varias antologías poéticas «Poesía en acción» o «Dis-Par». En el caso de «Una tarde con Bukowski» estamos en presencia de unos versos irredentos y mundanos, rozando el sacrilegio. Un balance justo entre lo erótico y el morbo, un murmullo de realidad. Mientras que «Historia de una erecciónn» es una recopilación más intimista y enrevesada. No son escritos de bar, manchados de alcohol rancio, pero bien pudieran serlo.

Tengo, además, un libro de relatos policíacos «Cuentos incompletos de Sophie van der Hammen» y una novela de género negro «El dinero al revés».

¿Qué deseas transmitir a través de la magia de tus palabras a tus lectores?

Reflexión, es lo primero que se me ocurre. Partiendo de esa premisa, el resto es un acompañamiento de vida, donde el lector se sienta partícipe. No estaría complacido si un poema, cuento o novela que escriba, nadie pudiera reconocerse o reconocerlo como algo real. Una reflexión verídica y nada amable de la vida, de eso escribo.

¿Cuál es tu mayor sueño o propósito dentro del mundo de la escritura?

Poder seguir escribiendo, no perder el aura que me lleva a desnudar mis contradicciones, inquietudes y desafecciones en un trozo de folio, sea digital o físico. El resto de los propósitos solo llegarán, si lo que escribo tiene una pizca de coherencia y alguien lo lee dos veces. La escritura es un mundo complejo, donde las ambiciones se pagan con frustraciones, prefiero seguir siendo dueño de mis instantes.

¿Estás trabajando en algún proyecto nuevo?

Por supuesto, tengo dos poemarios «La Habana maltratada» y «Hacer el mal» en varias etapas del proceso editorial, un libro de relatos «Cuentos incompletos de Alex Leicester» pendiente del resultado de la evaluación del editor y una novela «La historia al revés» en revisión del manuscrito. Escribiendo todo lo que el cuerpo permita, sacándole lascas al tiempo.

¿Cuáles son las influencias que te llevaron a ser escritor? ¿Recomendarías algún libro o autor que te inspiró?

Como te comentaba, Charles Bukowski, me mostró el lado más oscuro y tendencioso de la poesía. Alejo Carpentier, Leonardo Padura o Don Winslow, todos muy distintos entre sí, terminaron por ordenar mi narrativa. Buscando la exquisitez de Carpentier, mezclándola con la sagacidad o el crucigrama social de Padura hasta la denuncia documental ficcionada del mejor Winslow. Sin dudas, son mis referentes más contemporáneos. Dostoyevski o Ken Follet, cerrarían mi círculo de los autores de cabecera.

Si quieres añadir algo más antes de finalizar la entrevista

Agradecer al poeta Daniel García -autor del poemario «Versos dormidos»- y a la escritora María Cespón, editora de la Revista Literaria «Voces errantes», la posibilidad de participar en el concurso. Siempre he dicho que el valor tangible es la participación del mismo, el premio es solo la gasolina necesaria para seguir en el empeño infatigable de escribir. Ojalá dejemos a nuestros hijos, un mundo editorial menos comercial y más existencial, pero eso sería tema de otra novela de fantasía o incluso, distópica. Gracias por participar con vosotros en este camino.

Gracias a ti, Alexis y muchas felicidades por ser el ganador del concurso/sorteo Versos dormidos.

Maria Cespón Lorenzo





El rincón de María Cespón Lorenzo

Mi pasión por escribir

Empecé a escribir cuando era una niña. Por entonces yo devoraba un libro cada dos días y me perdía en esos mundos en los que yo habitaba con mi imaginación. Así fue como crecí leyendo todas las historias de los Hollister y de los cinco. A medida que crecí fui leyendo libros para adolescentes, novelas, ensayos y hasta el día de hoy no he parado de leer; y es que leer nutre el alma, la creatividad y te ayuda a conocerte a ti misma.

Mi pasión por la escritura fue siempre más grande que la de la lectura y llenaba cuadernos enteros con mis pensamientos y con poesías. Sí, también fui una niña que llenaba diarios personales y que se presentó a muchos concursos de poesía. Casi siempre me llevaba el primer o segundo premio y mis profesores me alentaban a dedicarme a la escritura.

Lo cierto es que nunca dejé de escribir, aunque no fue hasta la adultez que empecé a tomar algunos cursos de escritura. A mis padres, como a muchos otros, no sienten empatía por los sueños ajenos si éstos no se ajustan a lo que ellos creen que "deberías" hacer o a lo que te "deberías" dedicar. Lo cierto es que no importó. Yo no he dejado nunca de escribir por el puro amor de escribir. Siempre he tenido infinidad de libretas he seguido llenando sus páginas hasta hoy que tengo 59 años.

De hecho, tengo que decirte que parte de mi rutina matutina es escribir en mi diario y, a lo largo del día, pese a que soy escritora y escribo todos los días para crear mis libros, también dedico tiempo a hacer ejercicios de escritura creativa por el puro placer de escribir a la vieja usanza; a mano. Sí, hay diferencias a nivel cerebral y emocional en escribir a mano que escribir con el portátil y yo trabajo con ambas cosas. De hecho, cuando escribes a mano, es más fácil dejarte llevar y sacar todo lo que llevas dentro. Créeme, escribir es algo muy terapéutico y sanador.

Como escritora y apasionada de la palabra escrita, soy una amante de las libretas y los bolígrafos; en realidad no me sirve cualquier cosa, tengo que sentir el deseo de que quiero llenar esas páginas en blanco. Siempre he sido bastante rebelde y, como no podía ser de otro modo, después de formarme en cursos de escritura y de haber, por un lado, aprendido técnicas y ejercicios útiles y por otro, haberme dado cuenta que eran cosas, que ya sabía porque son cosas que he aplicado siempre al escribir, también me di cuenta de que me gusta ser escritora, no el concepto que se ha creado sobre un escritor.

Me apasiona y amo escribir. De hecho, cuando estoy en el proceso de escritura de un nuevo libro, puedo pasarme 10 o 12 horas escribiendo y al final del día tengo la sensación de que el tiempo ha pasado muy deprisa y quisiera que el día tuviera más horas para seguir escribiendo. Me gusta obsesionarme con lo que estoy escribiendo y vivirlo, como si yo fuera la protagonista de esa novela o como si estuviera escribiéndolo para mí. De algún modo es así, porque para mí escribir ha sido la terapia más sanadora y la que me ha permitido crecer más como persona, en lo personal y en lo profesional.

Las creencias limitantes del mundo te gritan que no se puede vivir de ser escritor. A mí me hace mucha gracia cuando conozco a alguien y le digo que soy escritora. Su primera pregunta es: ¿Y puedes vivir de lo que escribes? Al principio era un poco frustrante, como lo era escuchar a mi madre, cada vez que alguien le preguntaba a que me dedicaba yo, oírla decir: Trabaja con el ordenador.

Como canalizadora, muchas personas hacen la pregunta de: ¿Cuál es mi misión de vida? Tenemos el falso concepto de que la misión de vida es algo que alguien nos asignó y que es complicado de llevar a cabo y tenemos la falsa percepción de que va siempre unida a nuestra profesión. Esto no es real. La misión de vida está intrínsecamente unida a tu esencia. La misión de vida es aquello que amas, que te apasiona y nace de tu ser más profundo. A veces se desarrolla como profesión y otras veces como algo que haces en tu tiempo libre y que no tiene nada que ver con la profesión con la que te ganas la vida.

Mi misión es comunicar a través de la palabra. Esto, desde mi mente humana, también me costó de procesar. Yo tengo la gran fortuna de dedicarme a esa misión que traía mi alma. Soy escritora y canalizadora y mi pasión por escribir se impuso a todo lo demás.

La misión que traemos es aquello que amas tanto, te apasiona tanto y te olvidas del mundo cuando lo estás haciendo, que, aunque nadie te pagara por ello, aunque nadie te leyera y nadie reconociera tu trabajo, tú, seguirías haciéndolo toda tu vida. Así que yo veo cuando sea una anciana adorable de 90 años, sentada en mi despacho escribiendo mis últimos libros.

Muchos líderes o gurús de estos modernos que hay hoy en día te invitan a perseguir la excelencia. Eso está muy bien, ya que siempre tienes que ofrecerle al mundo lo mejor de ti mismo, pero como todo, esto es subjetivo. Así que reflexiona en lo que es la excelencia para ti y después ofrece al mundo tu excelencia personal al mundo.

Si te dedicas a escribir como yo o, has soñado siempre con convertirte en escritor, lánzate. Olvídate de todo lo que te han contado del mundo de la escritura. Escribir es un gozo cuando lo amas y te apasiona y tienes que encontrar tu voz de escritor. En un mundo distorsionado lleno de reglas absurdas inventadas por los propios humanos, si te dejas convencer, nunca escribirás nada.

Vivimos en una época en la que gente que quiere ganar dinero está creando libros digitales con inteligencia artificial y no tienen ni idea de escribir ni tampoco les gusta. Mi consejo: No compres esa basura por muy atractiva que te parezca. Es basura sin alma que pretende hacerte un adicto a las compras compulsivas.

Un escritor pone su alma, sus vivencias, sus emociones, sus experiencias y su pasión cuando escribe. Escribe con propósito. Escribe, reescribe, corrige y hasta que no siente que el propósito con el que ha creado esa obra durante horas, días, meses o años, no la lanza al mundo para compartirla con muchas personas.

Este es el servicio de amor que brindamos al mundo: Nutrirlo con nuestros libros para hacerte crecer, soñar, reír, llorar, asustarte o estar en tensión. El entretenimiento que mueve tus emociones y te aporta cualquier cosa, es servicio.

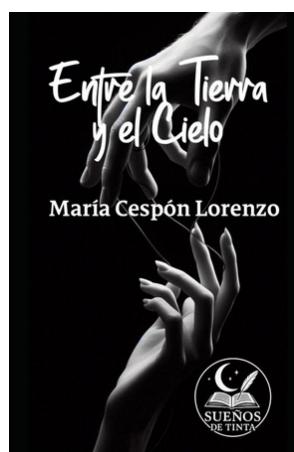
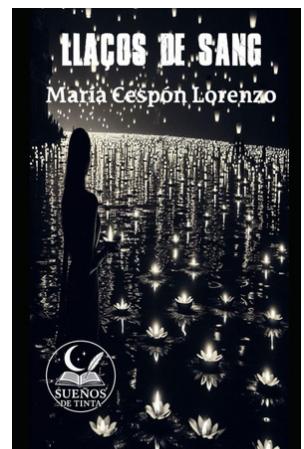
Yo escribiría igual, aunque nadie me leyera. Tengo mi propia voz y tengo claro que no escribo para todo el mundo porque cada persona tiene sus gustos. Escribo lo que quiero, sin seguir pautas establecidas, escribiendo siempre sobre aquello que me mueve y que enciende mi pasión. Me permito explorar diferentes géneros para descubrir nuevos potenciales en mi oficio, creo mundos por los que viajo y me permiten vivir las historias de mis protagonistas y sobre todo, comparto mi ser para que puedas crecer conmigo o a través de mis palabras.

Las palabras son hechizos que crean realidades. No sabemos hasta qué punto las palabras que expresamos tienen un poder infinito. Es tu propio Espíritu el que se expresa en libertad cuando escribes, cuando cantas, cuando pintas... Y es que el arte en cualquiera de sus formas es la expresión de tu esencia más profunda.

En un mundo que nos ha domesticado para tener trabajos que nos den dinero y ha obviado que lo importante es la pasión y el amor que le tienes a lo que haces, lo difícil, no es encontrar tu misión o ese servicio único que has venido a brindarle al mundo. Lo difícil es tener el valor de soltar los lastres, desaprender y darle una patada a las creencias que te limitan y lanzarte a por ello.

¡Deseo que tu encuentres tu pasión y le dediques tu vida!

Maria Cespón Lorenzo



<https://www.amazon.es/stores/Mar%C3%A1Da-Cesp%C3%B3n-Lorenzo/author/B0F4PSC3XP>

Crecer y expandirse está al alcance de todos



Durante 25 años de mi vida me he dedicado a guiar procesos de transformación a través de sesiones individuales, cursos formativos y talleres mientras lo combinaba con la escritura. Todo el mundo me conoce como Shanandai, que es mi nombre almíco. Llegó el momento en el que sentí que quería dedicarme solo a escribir, aunque de vez en cuando aún hago sesiones individuales, y decidí poner los cursos en libro.

Me apasioné por escribir novela y como siempre he sido bastante ecléctica escribo novelas de diferentes géneros. La cuestión es que me retiré de dar formaciones y talleres y los puse al alcance de cualquier persona que quiere crecer, sanar y evolucionar a su ritmo y en su tiempo.

Algunas personas me preguntan si son igual de efectivos que tomados en presencial u online. La realidad es que es exactamente lo mismo y que al hacerlo a tu ritmo no recibes un exceso de información que no puedes procesar.

Los cursos en libro tienen dos propósitos claros:

1. Que crezcas y te transformes tú
2. Qué puedas ayudar a otras personas a crecer y a transformarse

Estos propósitos hacen que los libros contengan la parte personal y la parte profesional y encuentres material digital que te ayude en el proceso. Al finalizar cada curso, en el mismo libro encontrarás el diploma correspondiente al curso.

Los cursos en libro tienen dos modalidades:

1. Cursos individuales completos
2. Recopilatorios que contienen varios cursos en su interior

Estos cursos no llevan consigo la obligación de dedicarte profesionalmente a ello. Son cursos cuyo principal objetivo eres tú y tu proceso de crecimiento y transformación, por lo que, si solo buscas crecer, son ideales para ello; luego el tiempo dirá si te sientes llamado a ejercer profesionalmente o no.

Después tienes mis libros que son puramente para crecer, sanar y transformarse...

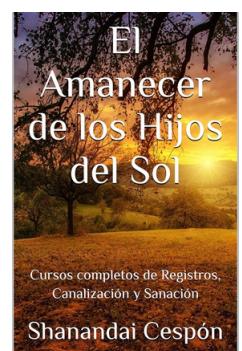
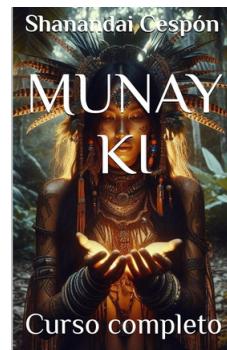
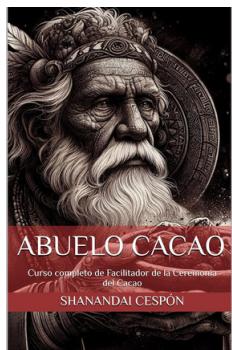
Comprender que el mayor propósito de tu vida eres tú y que mereces una vida plena libre de cargas emocionales, libre de heridas de la infancia, libre de creencias limitantes y programaciones obsoletas.

Comprender que mereces una vida llena de amor, de propósito, de abundancia y de sueños cumplidos... ¡Es vital!

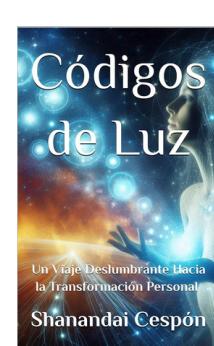
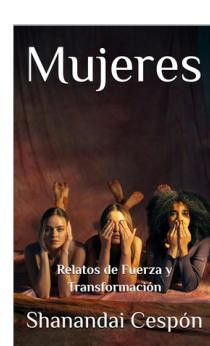
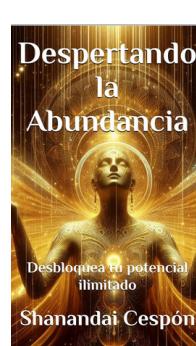
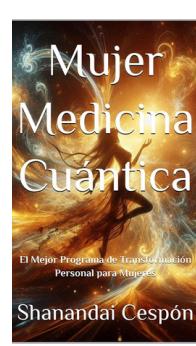
¿Por qué? Porque tú eres el soberano de tu vida y te puedes convertir en la versión más sublime de ti mismo.

Yo solo soy la que te brinda diversas herramientas para que tú retornes a ti mismo. ¡Retorna a la bella esencia que tú eres!

Maria Cespón Lorenzo



Creciendo



<https://www.amazon.es/stores/Shanandai-Cesp%C3%B3n/author/B00XWCTVIK>

Cuentos Medicina

Los niños que olvidaron que eran Luz



Cuentan los Ancianos ancestros, que cuando el Gran Espíritu creó al ser humano con las ondas de su corazón, decidió que, aunque ellos se olvidaran temporalmente de que eran luz, una estrella radiante en su coronilla los mantendría unidos a esa grandeza que les había dado vida.

Muchos lo olvidarían por completo, por muchas vidas que vivieran, sin embargo, otros, aun sin saberlo, mantendrían esa conexión intacta. Estos niños de luz vendrían a recordar a los otros niños que eran caminantes de mundos, puentes entre el cielo y la tierra y que todos portaban esa estrella que guía a la inmensidad del hogar.

Aquellos que lo recordaran, hablarían con todo lo que los rodea, sabiendo, que siempre, se estaban comunicando con el corazón de la divinidad y que todo tenía espíritu, vida y conciencia.

Las estrellitas despiertas irían despertando a las otras estrellas hasta que la superficie de la tierra se convirtiera en un universo vivo. Ellos escucharían palabras, verían imágenes que no son de este mundo y recibirían la sabiduría que proviene de lo profundo del alma.

Muchos de los que no recordaran su propia luz, se acercarían a aquellos que brillaban, para recordar que ellos, también eran bellas luces de esta inmensa joya azul. El Gran Espíritu sabía que muchos permanecerían en la oscuridad y en el olvido durante muchas vidas humanas, pero pensó: —Al final, todos recordaran que son estrellas de mi propia luz.

El Gran Espíritu, vistió el cielo de estrellas de luz intensa, que pudieran verse desde todos los rincones del mundo.

—Todos admirarán las estrellas y ellas les harán recordar que son estrellas brillantes e inmensas y que cada una de ellas, brilla con luz propia. Ellas les harán comprender que no hay elegidos, ni preferidos. Todas las estrellas de mi corazón son iguales, especiales y únicas al mismo tiempo. Todas contienen mi grandeza, mi esencia y mi amor, solo tendrán que ir recordando.

Y así la tierra empezó a llenarse de estrellas. Algunas brillan a medias por miedo a ser juzgadas o rechazadas. Otras han tenido que transitar caminos complicados para recordar que eran la luz de la divinidad y otorgarse el permiso a ellas mismas para volver a brillar. Otras aún están despertando, dejándose llevar por programaciones distorsionadas que les gritan que están locos o que van a ser juzgados por escuchar las voces silenciosas del amor.

Algunos prefieren pensar que es un don que tienen unos pocos. Otros se ocultan porque creen estar hablando con seres que son ajenos a ellos y se sienten privilegiados por hablar con personajes cuyas historias, han sido manipuladas por el hombre. Otras aún no han llegado a vislumbrar un atisbo de su luz porque están atrapadas en el dolor.

El Gran Espíritu pensó: —No puedo anular el ruido de sus mentes, eso es algo que le corresponde a cada estrella hacer y cuando se escuchen a sí mismas, con la fe ciega que nace del amor, recordarán lo que son en realidad. Todas recordarán que son luz y que en esencia son lo mismo.

Cuentan los ancestros ancianos, que las estrellas de la divinidad aún están despertando, y que cuando despierten, la humanidad y la tierra hablarán el mismo idioma, sabiendo que son la misma energía, la misma esencia y el mismo corazón.

Maria Cespón Lorenzo



Concurso/Sorteo de Cuentos Medicina



Los Cuentos Medicina nos invitan a volver al Camino del Corazón. Son cuentos cuyo propósito es la sanación desde una narrativa espiritual profunda que nos llevan a la introspección y hacen resonar en nuestro interior verdades que han permanecido dormidas.

Los Cuentos Medicina son caricia, son abrazo, son antídoto para el alma que sufrió y se perdió en el veneno que la hirió...

Los Cuentos Medicina simplemente son luz que te envuelve para recordarte que tú eres luz y que todo habita dentro de ti...



Del 1 al 14 de diciembre se abre el Concurso/Sorteo de mi novela Tuwa.

Para participar, escribirás un Cuento Medicina de tu autoría y me lo enviarás por e-mail a mariacesponlorenzo@gmail.com

Requisitos:

- Sigue mis cuentas en Instagram: @maria_novelista y @maria_escritora_
- Los cuentos se enviarán en formato Word
- Es importante hacer constar junto al cuento el nombre del autor o autora, su nombre de usuario en Instagram y que autorizas la publicación de éste en la revista digital Voces Errantes

Pueden participar personas de todos los países.

- Si el ganador reside en España recibirá el premio en tapa blanda
- Si el ganador reside fuera de España lo recibirá en formato Kindle

El Cuento Medicina será publicado en la revista digital Voces Errantes de enero de 2026

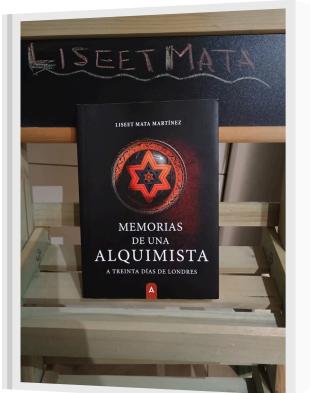
El 14 de diciembre cerraré la recepción de cuentos a las 20.00pm España.

Una vez elegido el ganador o ganadora contactaré por e-mail para enviarle el premio junto a una entrevista para la revista.

¡Suerte a todos los participantes!

Reseñas

por Alfonso Bolaños



<https://www.amazon.es/Memorias-una-alquimista-treinta-Londres/dp/8410374218>

Liseet Mata Martínez
MEMORIAS DE UNA ALQUIMISTA
2024
Aliar Ediciones

Eres una parte de la mente del cosmos (p. 267).

Cuando uno tiene que reseñar una novela, lo hace con el miedo de no querer incurrir en el espóiler, pero tampoco de ser tan ambiguo de dejar meras impresiones subjetivas. De todas formas, seré osado, y comenzaré dando dos claves de Memorias de una alquimista. La primera la da la propia Liseet al final del final, en Nota de la autora: Somos mucho más que cuerpo y mente. La segunda es de mi cosecha, y es la estrecha conexión que mantiene esta novela con su poemario El canto del Fénix. A mí, que he tenido la oportunidad de simultanejar ambas lecturas, me han resultado tan paralelas, tan armónicas la una con la otra, que no podía dejar de decirlo. Pero aquí, claro, estamos en la ficción narrativa.

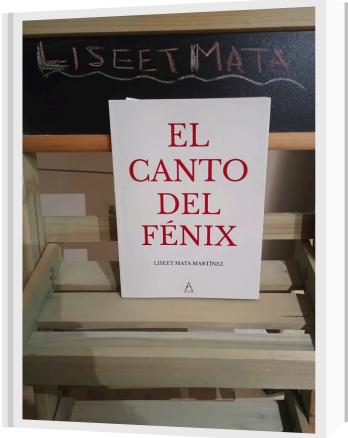
La protagonista es Laia, que se va desentrañando a sí misma sobre todo a través de diálogos con otros personajes, como su hija Emma o su hermana Margaret, por poner dos ejemplos. Y es que el diálogo parece el verdadero director de una orquesta que va entonando una sinfonía con el piano de instrumento principal. ¡Tendría tanto que decir y no puedo en una reseña, si no quiero desvelar secretos...! Solo diré que la estructura de esta novela nos podría parecer cronológica, lineal (desde un inicio hasta un final) por cómo se desarrollan los diálogos, al menos al principio, pero nada que ver. El concepto de tiempo, tanto en su estructuración como en la trama misma, es un factor que se rompe y se entremezcla. Eso lo vas a ir entendiendo a medida que lees. Al final es cuando ya descubres lo que realmente significaba el título.

En lo puramente narrativo, la historia es la historia de un despertar y de descubrimientos, que te mueven como lector a través de recuerdos, sueños, vivencias y experiencias, como un mecerse o un vaivén, de una Laia que no solo tiene que desatascarse de sus reparos y miedos para llegar a ser quien es, sino que además comparte ese proceso con aquellos con los que dialoga y la quieren escuchar, y que también necesitará de las palabras de otros, especialmente de John, para acabar conociendo de sí misma quién realmente es.

Pero, por supuesto, no es una novela “puramente narrativa”, aquí hay mucho más. Hay misterios, secretos, hermetismo en su recto sentido, canalizaciones del personaje y hacia ti, confluencia de la filosofía, la mente, y manifestaciones; música que no solo se oye con los oídos, poesía en el ser, alquimia, libros (A través de los libros puedes “esparcir la magia al mundo”), un dolor por una pérdida que va a alcanzar un significado inesperado, un comenzar de cero, unas identidades auténticas que se descubren solamente al final, un encuentro más que intuido y sabido, un verdadero origen, la voz interior, el instinto y la intuición, un sexto sentido, una visión y una misión: Claro, Laia, volver a tu verdadera esencia (p. 175). Y misterios, otra vez, como el de JJ. Y símbolos, como el piano o Kote (el gato), u otros más potentes que no puedo desvelar. Y debate: la novela es un debate pausado y profundo. Y resolver asuntos de un pasado inimaginable con peligros fuertes que acechan, y una preparación.

Yo voy a terminar con una escena que me ha encantado, y es la de Laia corriendo por las habitaciones de la casa como un impulso de reafirmación. Desde luego, no me esperaba que Memorias de una alquimista fuera como es cuando decidí empezar a leérmela. La voz de Liseet, como en sus poemas, vuelve con su cadencia narrativa plácida, vivaz, profunda y clara, y el contenido es el progreso hacia un descubrimiento final, que termina como es: un diálogo certero y emocionante.

A handwritten signature in black ink, appearing to read "Alfonso Bolaños".



<https://www.amazon.es/CANTO-F%C3%89NIX-Liseet-Mata-Martinez/dp/8419983500>

Liseet Mata Martínez
EL CANTO DEL FÉNIX
2023
Azur Grupo Editorial

Cuando las aguas del río se calman, no dejan de fluir pero se hacen más transparentes. Y al hacerse más transparentes, dejan ver lo que hay en el fondo, revelan lo que fluye con ellas, el movimiento de vida (incluso la que va contracorriente) y, además, si te calmas tú también, hacen de espejo donde mirarte a ti mismo: no como Narciso, sino como quien al fin se da cuenta de que también forma parte, de que igualmente fluye.

Así he sentido la lectura de los poemas de Liseet Mata en *El canto del Fénix*. Liseet tiene mucho que decir acerca de su renacimiento, de un proceso de transformación del que parece haber fotografiado cada escalón con sus palabras. Su voz poética lo hace de una forma directa, lúcida y sincera. Es un canto a una liberación y a la verdad presente después de una transformación. También contiene decretos que el lector puede hacer tuyos.

En sus versos, entona una canción y un discurso de vida que brota de un corazón iluminado y reflexivo, y nos muestra que lo vivencial y lo espiritual vivido es un camino ("Singularidad", "Creo"). Puede expresar, por ejemplo: ... te empeñas en definir la vida / como si esta fuera / una simple fórmula de probabilidad ... ("La meta") o No recordaba el sabor de la renuncia ("Experiencia subliminal"); se enfoca y nos enfoca.

Se enfoca en el presente: las proyecciones al pasado y al futuro son solo ecos desde un presente al que vuelven y que se honra como un preciado tesoro, como se expresa en su poema "Arenas movedizas". Son versos luminosos que tratan de un despertar y un resurgir nuevo ("Transformación"), de un darse cuenta al fin de la verdadera realidad ("Escondite"), de un rescate inesperado ("Preguntas retóricas"). No es un monólogo, aunque habla desde su interior. En "Un paso" se exalta el núcleo de un diálogo (amor, separación, distancia, anhelo, lo que perdura), en el centro del poemario se dirige ya a la dulce derrota, a la renuncia y la aceptación necesarias para el resurgir (como en "El torbellino"). En "Supuesta irrealidad" se dirige, sin culpas que sentir ni que volcar sobre el otro, a un interlocutor con el que una historia no podía ser: de nuevo, la aceptación, con su poder sanador, de que se luchó por aquello que no iba a darse porque dependía de dos (Te llevé lo más lejos que pude), aunque, siendo sincero, siempre me queda la duda de si habla con otro o con un yo pasado, o una parte del ser que cohabita con otra parte que desea brillar al fin. Y se prosigue a pesar de que hay momentos en que la brújula parece haberse estropeado ("Sin norte", "Sin brújula").

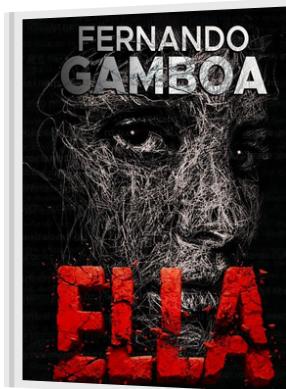
Nos deja versos que son auténticas joyas que parecen escondidas al principio y van cobrando brillantez cada vez más y más: Me he maravillado de cosas tan simples, / que la vida me ha recompensado / con la belleza inimaginable / que puedo ver a mi alrededor ("La Quinta Sinfonía"). A veces las emociones se entrelazan o se funden en sinestesias emocionales, como en "Alegría confusa". Y por mi propia sensibilidad, claro, la mía, encuentro que uno de mis poemas favoritos de El canto del Fénix, de los que más han conectado conmigo, es "Quiero": amor y deseo y significado vital en unos pocos versos.

Si he dicho que El canto del Fénix representa todo un camino, no me parece un camino en línea recta, del punto A al punto B. El final del poemario es un buen ejemplo de todo un recorrido, no en zigzag, porque no nos da la sensación de ser abrupto, sino de líneas curvas como en una espiral en ascenso o un fractal. Recuerdos y preguntas, como en "Rompecabezas inconcluso", también impregnán esta canción a la nueva vida. Y el último, "Mi versión", es un cierre de reconciliación con lo vivido, que jugó su papel para la existencia de un nuevo yo, de un Ave Fénix que, como hemos oído, canta, y su canto es sinfónico. La entona la voz singular de Liseet, de cadencia única.

A handwritten signature in black ink, appearing to read "Alfonso Bolaños".

Reseñas

por María Cespón Lorenzo



<https://www.amazon.es/Ella-Hasta-muerte-mentira-Nuria/dp/BOFWNHSBSY>

Fernando Gamboa

Ella: Hasta la muerte, todo es mentira (Nuria Badal)

2025

Tras "Piel" y "Redención" llega una nueva entrega de la serie Nuria Badal; "Ella"

Lo cierto es que una vez más no defrauda y nos atrapa en una novela trepidante, llena de acción, misterio e intensidad.

Nuria, un personaje intenso, diferente y lleno de matices humanos que la hacen una policía complicada pero certera. Gamboa nos sumerge en la historia desde el principio y cómo es habitual en él, nos guía a través de la historia sin darnos tiempo a respirar.

"Ella" es casi hipnótica, una vez la empiezas no puedes parar de leerla. Un final muy al estilo de Fernando Gamboa; cerrado pero abierto.

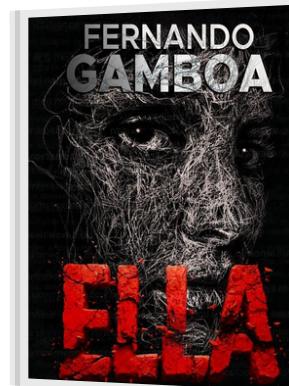
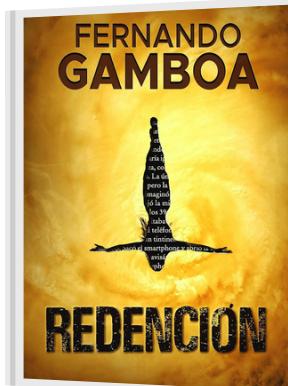
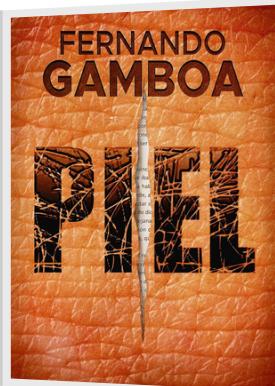
¿Habrá una cuarta entrega de Nuria Badal?

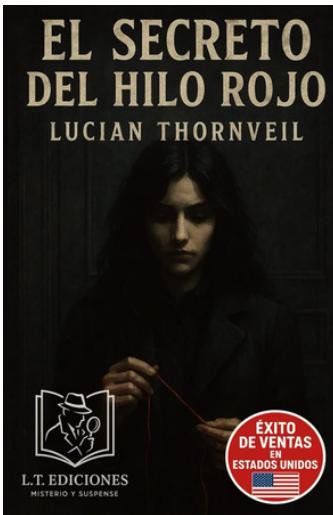
Esperemos que sí y que no se haga esperar demasiado.

Si quieres adquirir las novelas de Fernando Gamboa puedes visitar su web:

<https://gamboaeescritor.com/>

Maria Cespón Lorenzo





<https://www.amazon.es/El-Secreto-del-Hilo-Rojo/dp/BOFDQPH8K4>

Lucian Thornveil
El secreto del hilo rojo
2025

Empiezas a leer y el hilo rojo te atrapa y empieza a tejer a tu alrededor el suspense, el misterio y las ansias de seguirlo para ver hacia donde te lleva. Es una historia con muchos secretos, con muchos silencios que permiten al lector tejer su propia teoría de lo que te está contando la historia.

Sientes como este tejido te atrapa en la primera página, como si entraras en un remolino que te arrastra a seguir leyendo y no poder parar de pasar páginas.

Lucian tiene una forma de escribir que hace fácil que te atrapes. Sostiene la historia pendiente de un hilo. Realmente me parece complicado mantener esa trama con la genialidad con la que lo hace Thornveil.

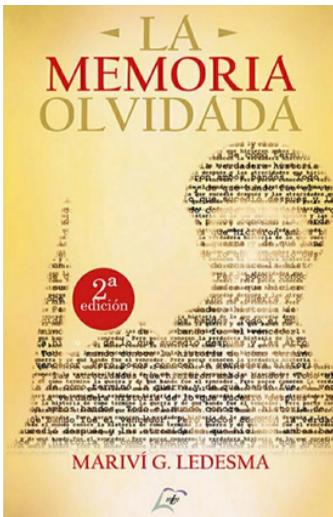
Totalmente recomendable. De fácil lectura. Yo me lo leí en tres noches. Quieres parar y sientes que tus manos no obedecen y siguen pasando páginas. Un thriller que parece sutil, pero es hechizante.

Los vínculos, aunque a menudo parecen invisibles, están latentes dentro de cada uno de nosotros. Bordados con los mismos hilos nos mantienen unidos a través del tiempo.

¿Podrás desenmarañar el hilo rojo?

Yo lo hice... ¡Ahora te toca a ti!

Maria Ceapón Lorenzo



<https://www.amazon.es/-/en/Mari%C3%AD-G-Ledesma/dp/8412523024>

Marivi G. Ledesma
La memoria olvidada
2022

La memoria olvidada de Marivi G. Ledesma, una novela cruda que nos narra la época de la postguerra española, en la que los Maquis se oponían al régimen franquista en post de unos ideales de libertad y democracia.

Marivi, desde una visión neutra, narra la historia de las personas sencillas que se vieron envueltas en estas luchas e incluso tuvieron que posicionarse por la imposición de las duras experiencias que vivieron.

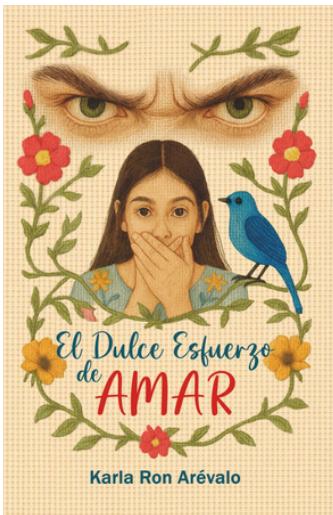
Una época en que la mujer era relegada a ser un cero a la izquierda y a asumir roles de sumisión y obediencia. Una época machista, donde los abusos, los engaños y la brutalidad se vivía como algo "normal"

Con un ritmo trepidante, Ledesma nos sumerge en la historia de dos mujeres, María y Carmela. Mujeres cuyo destino las llevó a vivir en un bando diferente experimentando la残酷 de un tiempo de dictadura.

Con un rigor histórico que raya la excelencia, Marivi G. Ledesma, nos acompaña en un viaje que al tiempo es un homenaje a nuestras bisabuelas y abuelas que fueron mujeres valientes que se mantuvieron en pie para ayudar a cambiar el curso de la historia.

Si te gustan las novelas históricas te la recomiendo.

Maria Ceapón Lorenzo



<https://www.amazon.es/El-Dulce-Esfuerzo-Amar-Venezuela/dp/BOFK5PF8P1>

Karla Ron Arévalo
El dulce esfuerzo de Amar
2025

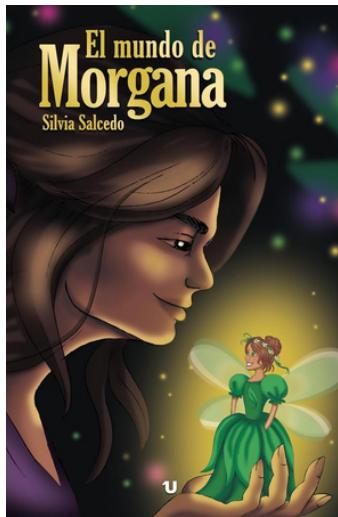
“El dulce esfuerzo de Amar” de Karla Ron Arévalo es una novela ambientada en la Venezuela de finales del siglo XX y toca temas interesantes como el abuso, el machismo, las tradiciones religiosas en la cultura venezolana y nos muestra esa transición política que sufrió Venezuela que hizo que muchas personas emigraran a otro países.

Con un antagonista complejo, mujeres fuertes y valientes y ese amor que nace de la pureza de la infancia y crece con sus protagonistas, es una novela que te envuelve sutilmente y te va atrapando en el bordado de su historia.

Su autora nos cuenta la historia desde el realismo mágico, combinando elementos fantásticos con la realidad cotidiana, fusionando con naturalidad ambos elementos. Un tributo a su abuela y a las historias familiares que mueve emociones y te muestra una Venezuela que cambió su futuro sin darse cuenta.

Te la recomiendo, a mí me gustó y me la leí en 3 días.

Maria Ceapón Lorenzo



<https://www.amazon.es/El-mundo-Morgana-Silvia-Salcedo/dp/8419963283>

Silvia Salcedo
El Mundo de Morgana
2024

El Mundo de Morgana de Silvia Salcedo es como una fabula espiritual que nos transmite un mensaje claro: Respetemos la Tierra y a todos los seres que en ella habitan. También es un libro que nos invita a recuperar la inocencia y la bondad de cuando éramos más jóvenes y a creer en nuestra magia y en nuestra luz interior.

Es una novela que te invita a leerla desde ese niño o niña interior que sigue vivo y ahora volver a vivir desde la magia y desde el amor. Te invita a creer en el mundo no visible para recordar que siempre estamos acompañados de espíritus benévolos de la Tierra y el Cielo que nos acompañan y nos guían.

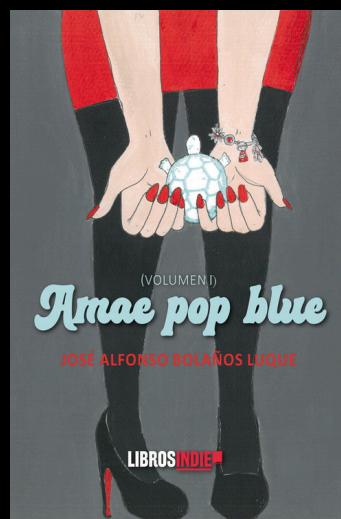
Salcedo, con su gran amor por la naturaleza, da gran relevancia a los linajes femeninos y a la creación que surge de la energía femenina, tanto en los personajes femeninos como masculinos. Es un libro escrito con mucha ternura que refleja la belleza del alma de su autora. De hecho, hay momentos que sientes que una hermosa niña te está contando esa fábula. Es un libro relajante que te sumerge en un mundo de fantasía donde todo es posible mientras te envuelve con perlas espirituales. Apto para lectores de todas las edades.

¡Simplemente, atrévete a creer en tu propia magia!

Maria Cepon Lorenzo

Recomendaciones Literarias

por María Cespón Lorenzo



Es una novela diferente: fresca, divertida, sensual y también de mucha profundidad.

Una novela que te sumerge en una sensación de cercanía en la que sientes que el propio autor te está narrando la historia en alguna terracita de Sevilla mientras te tomas algo con él.

Una narración que te lleva a resonar con alguno de los personajes y con partes de tu propia historia.

Historias en las que todos los personajes respiran y crecen y se van transformando en la mente del lector en personas muy cercanas y familiares.

¡Créeme, es una novela que vale la pena leer y sumergirse en su historia!

Alfonso tiene una forma de escribir clara, concisa y llena de toques mágicos de genialidad.

Profesor de literatura y poeta, te envuelve en la magia de su narrativa, de su poesía, de la música y de su esencia, invitándote a sumergirte en un viaje emocional apasionado.

Reseña de María Cespón Lorenzo

“Memorias de una Alquimista: A 30 días de Londres” es una novela espiritual con tonos de realismo mágico. En ella, Lisset, no solo nos cuenta el proceso personal con el que volvió a su magia interior, sino que nos comparte los conocimientos metafísicos que la llevaron a este despertar.

Lisset nos acompaña en este viaje para que podamos nutrir el alma y resonar con las palabras y la sabiduría de la alquimia interior. Esa es la verdadera alquimia, la que despierta en ti, guiándote por el camino de la transformación personal.

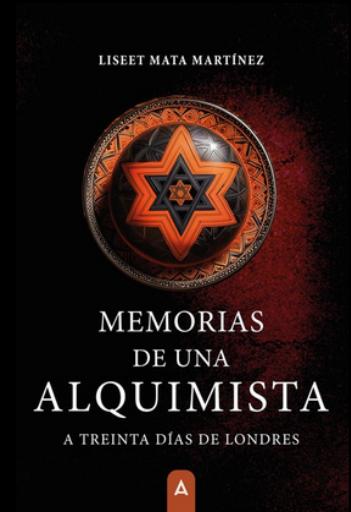
“Las palabras son hechizos que se manifiestan. Contienen vibración, intención y enfoque. El universo es mente y la mente expresa su hechizos a través de la palabra”

Laia, nuestra protagonista, nos comparte su proceso de volver a su verdadera esencia y nos invita a seguirla por los laberintos de nuestra propia humanidad. Los velos se caen y la verdad divina prevalece en la propia esencia.

Léela con la mente expandida y el corazón abierto. Es una novela que te habla de creación, de manifestación y de la magia que reside dentro de cada uno de nosotros. Es una novela para leer con calma y serenidad, dejando que los principios herméticos despierten en ese rincón de tu ser en el que escondiste tu propia luz, tu propia magia.

¿Te atreverás a despertar de nuevo a tu verdadera esencia? Yo te lo recomiendo.

Reseña de María Cespón Lorenzo



<https://www.amazon.es/Memorias-una-alquimista-treinta-Londres/dp/8410374218>

Recomendaciones Literarias

por María Cespón Lorenzo



Es un thriller de suspense que te atrapa y trata de un tema muy actual como son los juegos de rol; especialmente en la gente más joven.

La historia transcurre en un pequeño pueblo de Huelva. Una madre exigente y sobreprotectora, un chico que intenta demostrarse a sí mismo que no necesita que su madre lo proteja y la desaparición de éste en extrañas circunstancias.

Todo indica que ha podido suicidarse y que Rosa no conoce a su hijo tan bien como cree. Un caso que se cierra y una madre que hará lo imposible por descubrir la verdad y saber si su hijo está vivo.

En la búsqueda se encontrará con verdades dolorosas, pero, el amor de una madre, no tiene límites.

Pepa Holgado escribe de una manera sencilla pero envolvente. Apenas te das cuenta de que te vas atrapando en la historia y no puedes dejar de leer. Esta es una novela que te recomiendo no perderte.

<https://www.amazon.es/dp/841006216X>
Reseña de María Cespón Lorenzo

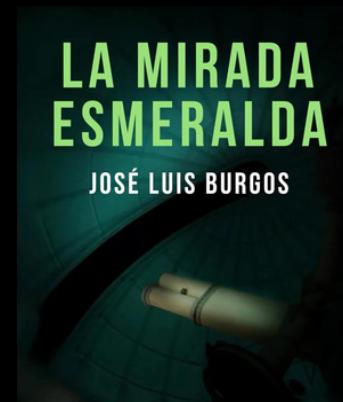
En una aldea remota y silenciada por el tiempo, la joven costurera Ruth lleva una vida tranquila entre telas, agujas y secretos no dichos. Pero todo cambia cuando recibe un vestido antiguo con una nota oculta, cosida con hilo rojo.

Lo que parece un simple encargo se convierte en el primer nudo de una verdad enterrada: la desaparición nunca resuelta de Teresa, una mujer del pueblo cuyo nombre aún causa ecos y silencios.

A medida que Ruth deshilvana el misterio, empieza a descubrir que su madre también tejío parte de esa historia... y que el pasado no se olvida: espera, en silencio, a ser desenterrado.

Un thriller psicológico cargado de atmósfera, en donde las costuras ocultan más de lo que revelan, y el hilo que conecta el pasado con el presente puede conducir al abismo.

<https://www.amazon.es/El-Secreto-del-Hilo-Rojo/dp/B0FDQPH8K4>



Madrid, otoño. Francisco Blume, arquitecto de rutinas, atraviesa una noche sin sueño. Un libro de Poe en sus manos. Una puerta entreabierta que inicia un descenso hacia el vacío interior.

Lo que podría ser un thriller convencional se transforma en una exploración literaria sobre la soledad, el deseo y la culpa. Una novela que revela lo invisible en lo cotidiano y la fragilidad detrás de cada mirada.

No es un simple misterio. Es un viaje íntimo, melancólico y envolvente, para lectores que buscan algo más que un enigma por resolver.

<https://www.amazon.es/MIRADA-ESMERALDA-JOS%C3%89-LUIS-BURGOS/dp/B0F2T3BTKL>



Recomendaciones Literarias

por María Cespón Lorenzo



Desde la primera página, *Lazos de Sangre* captura con intensidad: secretos familiares, alianzas inesperadas y el peso de las decisiones que moldean vidas.

María Cespón Lorenzo teje una historia en la que los vínculos de sangre no son solo biología, sino herencia de sombras, sueños y resistencias.

Los personajes se sienten reales, con contradicciones y heridas que laten con viveza. La autora equilibra hábilmente tensión emocional y tramas que giran hacia lo inesperado, permitiendo que el lector se implique en esa búsqueda implacable de identidad y verdad.

El ritmo es ágil, pero no pierde la profundidad: cada giro, cada revelación, parece inevitable. Y en el cierre, la sensación de haber asistido a un viaje de transformación permanece.

Recomendada para quienes buscan una novela que combine intriga, reflexión y sensibilidad. *Lazos de Sangre* demuestra que los lazos familiares pueden retar tanto como sostener, y que el pasado siempre tiene algo que decirnos.

<https://www.amazon.es/dp/B0F79WSJDX>

Reseña de Liseet Mata

Piel de cordero es el thriller con el que María Cespón Lorenzo decide, en sus propias palabras, salir por completo de su zona de confort y adentrarse en un territorio más oscuro, donde la mente se convierte en campo de batalla y la verdad es un rompecabezas lleno de trampas. Acostumbrada a escribir historias luminosas o centradas en el desarrollo personal, la autora asume aquí el desafío de mantener el misterio hasta el final, dosificando información y jugando deliberadamente con las expectativas del lector. Y lo hace con pulso firme.

La novela sigue a Judith, una arquitecta ambiciosa cuya vida parece sólida hasta que un episodio traumático la deja atrapada en una espiral de dudas y sospechas. A medida que surgen asesinatos vinculados a su pasado, su memoria se quiebra, la realidad se vuelve incierta y la pregunta central se vuelve inevitable: ¿puede confiar en los demás... o en ella misma?

Cespón compone un relato ágil y directo, sin artificios innecesarios. La atmósfera es inquietante, la tensión avanza en capas y cada capítulo invita a desconfiar incluso de lo evidente. La autora juega con la idea del “lobo con piel de cordero”: el mal acecha desde lo cotidiano, desde lo cercano, y la frontera entre víctima y verdugo se difumina con cada giro.

Con poco más de 200 páginas, la novela demuestra que el suspense no necesita extensión para resultar adictivo. Aquí, el misterio se cocina a fuego preciso: silencios, pistas sutiles y un manejo del ritmo que mantiene la intuición del lector siempre en jaque. El resultado es una historia intensa, emocional y perturbadora, que combina el interés por la psicología del personaje con un pulso narrativo pensado para sorprender.

Piel de cordero es un relato sobre el miedo, la memoria y las zonas oscuras que todos preferimos no mirar. Un thriller breve pero contundente, ideal para quienes buscan tensión, giros inesperados y personajes que se mueven en ese límite borroso donde nadie es del todo inocente.

Reseña de José Luis burgos



<https://www.amazon.es/dp/B0FD8NMD62>

Recomendaciones Literarias

por María Cespón Lorenzo

Nos hemos acostumbrado a leer a autores conocidos e ignoramos, que en todos aquellos escritores que todavía no están en esa categoría, bien porque son escritores independientes, de pequeña editorial, o simplemente porque están empezando, hay unos escritores maravillosos que nos deleitan con historias sorprendentes.

Sueños de Tinta cree y apoya a todos estos escritores porque nosotros mismos pertenecemos a este colectivo y creemos firmemente que lo importante son los libros, no la fama del escritor. Somos escritores por vocación, por pasión y por amor a la escritura.

¡Esta Navidad atrévete a explorar más allá de lo conocido y descubre nuevas voces!

DESCUBRE AUTORES NUEVOS EN

Navidad

The banner displays ten book covers:

- La Hija del Viento by María Cespón Lorenzo
- Tuwa by María Cespón Lorenzo
- Entre la Tierra y el Cielo by María Cespón Lorenzo
- MEMORIAS DE UNA ALQUIMISTA by Ernest Mata Martínez
- Amae pop blue by José Antonio Solórzano Llorente
- El Dulce Esfuerzo de AMAR by Karia Ron Arávalo
- El mundo de Morgana by Silvia Salcedo
- EL MUNDO ESPEJO ESPEJO MUNDO by David Sancho
- TELO CUENTO BAJITO by David Sancho
- LA CORAZONADA DE ROSA by Rita Gómez

Callout boxes at the bottom:

- EL MEJOR REGALO
- UN LIBRO...



DESCUBRE AUTORES
NUEVOS EN

Navidad



EL MEJOR
REGALO

UN LIBRO...



DESCUBRE AUTORES
NUEVOS EN

Navidad



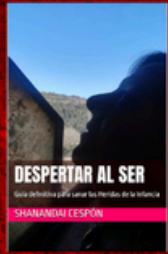
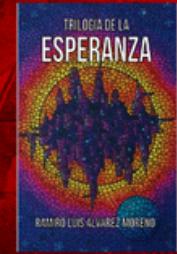
EL MEJOR
REGALO

UN LIBRO...

DESCUBRE AUTORES
NUEVOS EN



Navidad



EL MEJOR
REGALO

UN LIBRO...

¡No te lo puedes perder!

Maria Cespón Lorenzo

Eventos de Diciembre

por María Cespón Lorenzo



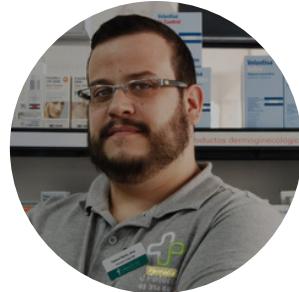
Tertulias de Tinta en directo por Instagram - maria_escritora_



Ramiro Álvarez
“El último viaje del Bufon loco”
3 de diciembre a las 21.00pm España



Alicia Namber
“Requiem de una mariposa dorada”
10 de diciembre a las 21.00pm España



Jesús Paterna Paterna
“La variable invisible”
17 de diciembre a las 21.00pm España

Pasiones Literarias - Debate de escritores en directo por Instagram - maria_escritora_



19 de diciembre a las 21.00pm España



Lucian Thornveil



Manoli Penalva Lorca



Karla Ron Arévalo



Si no puedes estar en los directos o te perdiste las transmisiones de noviembre, puedes verlas en diferido en mi canal de YouTube

<https://www.youtube.com/@shanandai6612>

De nuestros lectores

¿Quieres colaborar con Voces Errantes y mandarnos algún cuento, relato, poema o escrito?

Puedes hacerlo escribiendo a
mariacesponlorenzo@gmail.com



¿Quieres que te entreviste en directo en Tertulias de Tinta?
Envíame un DM a [@maria_novelista](https://www.twitter.com/@maria_novelista)



Voces Errantes os desea una Feliz Navidad
¡Nos reencontramos en 2026!

Maria Cespón Lorenzo